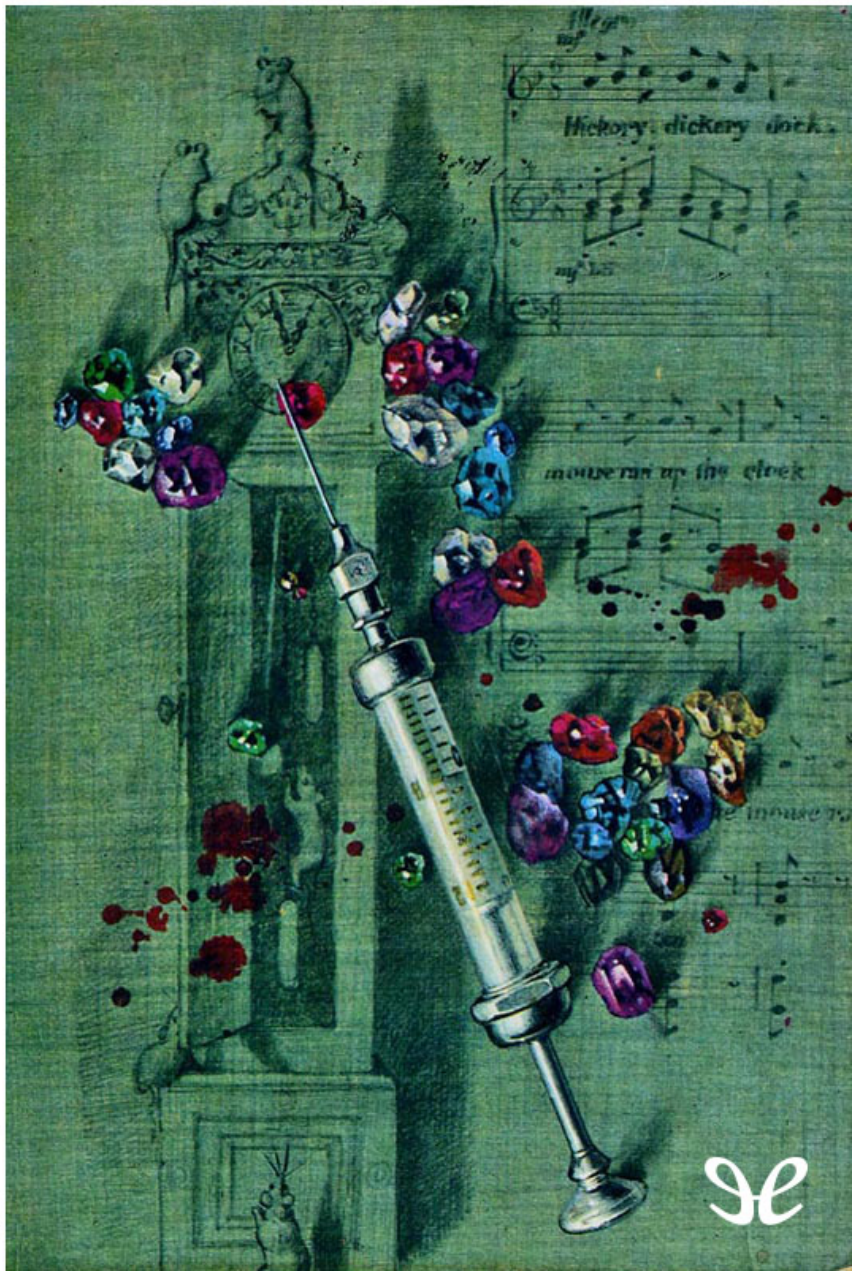
AGATHA CHRISTIE

ASESINATO EN LA CALLE HICKORY



Selecciones de Biblioteca Oro

La eficientísima secretaria de Hércules Poirot, Miss Lemon, llega excesivamente atrasada y comete algún error. El motivo de su nerviosismo tiene relación con un problema que atañe a su hermana, señora igualmente eficiente que lleva una pensión para estudiantes extranjeros situada en la calle Hickory. Hacía algunos meses que ocurrían hechos extraños y desagradables que la Sra. Hubbard no conseguía administrar adecuadamente: robos y actos de vandalismo inexplicables.

Poirot decide ayudar a la Sra. Hubbard, pero se siente inmediatamente confuso, en medio de tantas situaciones aparentemente independientes unas de otras. El problema se agrava cuando ocurre un asesinato.

Agatha Christie

Asesinato en la calle Hickory

Hércules Poirot - 32

ePUB r1.2
Titivillus 28.12.2014

Título original: *Hickory dickory dock*
Agatha Christie, 1955
Traducción: C. Peraire del Molino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AKIBOMBO: Estudiante negro.
ALÍ Achmed: Estudiante egipcio.
AUSTIN Celia: Trabaja en un dispensario.
BATESON Leonard: Joven pelirrojo muy corpulento, estudiante de Medicina.
COBB: Sargento de policía.
CHAPMAN Nigel: Estudiante de Historia, delgado y de carácter irascible.
ENDICOTT: Abogado.
FINCH Sally: Estudiante americana; pelirroja.
HALLE René: Estudiante francés.
HOBHOUSE Valerie: Joven morena, empleada en un salón de belleza.
HUBBARD: Hermana de la señorita Lemon.
GERONIMO: Criado italiano, esposo de la cocinera María.
JOHNSTON Elizabeth: Estudiante de las Antillas.
GEORGE: Mayordomo de Poirot.
LAL Chandra: Estudiante indio.
LANE Patricia: Estudiante de Arqueología.
LEMON Felicity: Secretaria de Hercules Poirot.
MACNABB Colin: Psiquiatra.
MARIA: Cocinera italiana.
MARICAUD Geneviéve: Estudiante francesa.
NICOLETIS: Dama griega, propietaria de una pensión para estudiantes.

POIROT Hercules: Detective belga.
RAM Gopal: Estudiante indio.
SHARPE: Inspector de policía.
TOMLINSON Jean: Una rubia, estudiante en el hospital de Santa Catalina.

Capítulo I

Hercules Poirot frunció el ceño.

—Señorita Lemon —dijo.

—¿Diga, señor Poirot?

—En esta carta hay tres equivocaciones.

En el tono de su voz había un acento de incredulidad, ya que la señorita Lemon, aquella mujer falta de atractivos, pero eficiente, jamás cometía errores. No estaba nunca enferma, cansada, contrariada ni incorrecta. Es decir, en el aspecto práctico no era una mujer… sino una máquina: la perfecta secretaria. Ella lo sabía todo y lo resolvía todo. Gobernaba la vida de Hercules Poirot de modo que también funcionara como una máquina. Orden y método fueron el santo y seña de Hercules Poirot durante muchos años. Con George, el perfecto mayordomo, la señorita Lemon, la perfecta secretaria, el orden y el método rigieron siempre su vida. Y ahora que los bollos para el té tenían forma cuadrada en vez de redonda, no podía quejarse de nada.

Y no obstante, aquella mañana la señorita Lemon había cometido tres errores al escribir a máquina una carta sencillísima y, lo que es más, ni siquiera se había dado cuenta de ello, ¡y los planetas seguían su curso!

Hercules Poirot agitó el documento infamante. No estaba disgustado, sino simplemente asombrado. Aquélla era una de esas cosas que no pueden ocurrir… ¡pero que había ocurrido!

La señorita Lemon cogió la carta y Poirot la vio enrojecer por primera vez en su vida con un rubor que tiñó su rostro hasta las raíces de sus cabellos grises e hirsutos.

—Dios mío —exclamó—. No sé cómo ha sido… vaya, sí que lo sé. Ha sido por culpa de lo de mi hermana.

—¿Su hermana?

Otra sorpresa. Poirot no había imaginado nunca que la señorita Lemon tuviera una hermana, o unos padres, o tan siquiera abuelos. La señorita Lemon era una máquina tan completa… un instrumento tan preciso… que se hacía difícil pensar que pudiera tener afectos, ansiedades o preocupaciones familiares. Era bien sabido que la señorita Lemon, fuera de las horas de trabajo, se entregaba en cuerpo y alma al perfeccionamiento de un nuevo sistema de archivo que iba a ser patentado a su nombre.

—¿Su hermana? —repitió por lo tanto Hercules Poirot con una nota de incredulidad en su voz.

La señorita Lemon asintió con gesto enérgico.

—Sí —repuso—. No creo que le haya hablado nunca de ella. Prácticamente ha pasado toda su vida en Singapur. Su esposo se dedicaba a la explotación del caucho.

Hercules Poirot asintió con aire comprensivo. Le parecía muy apropiado que la hermana de la señorita Lemon hubiera pasado toda su vida en Singapur. Para eso existían los lugares como Singapur. Las hermanas de las mujeres como la señorita Lemon se casaban con hombres de negocios de Singapur para que las señoritas Lemon pudieran dedicarse a atender los asuntos de sus jefes con cartas para hacer a máquina (y, desde luego, a inventar sistemas de archivo en sus ratos libres).

—Comprendo —dijo—. Siga usted.

Y la señorita Lemon continuó:

—Se quedó viuda hará unos cuatro años. No tiene hijos, y yo conseguí encontrarle un pisito pequeño, de alquiler razonable… (Claro que sólo una señorita Lemon podía conseguir semejante cosa).

—Cuenta con una posición razonable… aunque ahora el dinero no valga lo que antes, pero sus gustos no son caros y tiene lo suficiente para vivir cómodamente si tiene cuidado.

La señorita Lemon hizo una pausa antes de continuar:

—Pero la verdad es que se encontraba sola. Nunca ha vivido en Inglaterra y no teniendo viejas amistades disponía de mucho tiempo para aburrirse. De modo que hará unos seis meses me comunicó que pensaba aceptar un empleo.

—¿Un empleo?

—Sí, de directora creo que le llaman, o patrona de una Residencia de Estudiantes. La propietaria era una mujer griega, y deseaba que alguien regentase la Residencia en su lugar. Cuidar de la despensa y de que todo marchara sobre ruedas. Es una casa antigua…, está en la calle Hickory, no sé si la conocerá usted.

Y desde luego Poirot lo ignoraba.

—Antes era un barrio distinguido y las casas están bien construidas. Allí mi hermana podría disponer de un buen dormitorio, saloncito y un pequeño cuarto de baño con una cocinita para ella sola…

La señorita Lemon hizo otra pausa, y Poirot la miró para alentarla, ya que hasta el momento aquello no parecía precisamente una tragedia.

—Yo no estaba muy segura, de si sería conveniente que aceptara, pero al fin comprendí los argumentos de mi hermana. Nunca ha sido mujer para estarse todo el día con los brazos cruzados, es muy práctica y sabe dirigir… y, desde luego, no tenía que arriesgar dinero ni nada por el estilo. Era puramente un empleo retribuido…, el sueldo no era muy elevado, pero ella no lo necesitaba, y no exigía gran trabajo físico. Siempre le han agradado las personas jóvenes, y habiendo vivido tanto tiempo en el Este comprende las diferencias de raza y las susceptibilidades de la gente. Porque los estudiantes de esta Residencia son de todas las nacionalidades; la mayoría inglesa, pero creo que hay también algunos negros.

—Es natural —repuso Hercules Poirot.

—Hoy en día, la mitad de las enfermeras de nuestros hospitales son negras —continuó la señorita Lemon— y tengo entendido que resultan mucho más agradables y atentas que las inglesas. Pero me estoy apartando de la cuestión. Estuve discutiendo el asunto con mi hermana y al fin aceptó. Ninguna de las dos apreciamos mucho a la propietaria, la señora Nicoletis, mujer de temperamento incierto, unas veces encantadora, y otras, lamento decirlo, todo lo contrario… y además con poco sentido práctico. De haber sido una mujer competente no hubiera necesitado ayuda. Mi hermana no se deja impresionar por las intemperancias y extravagancias de nadie.

Sabe llevarse bien con cualquiera y no soporta las tonterías.

Poirot asintió, y por la descripción de la señorita Lemon iba formando en su mente una imagen de la hermana de su secretaria… una señorita Lemon dulcificada por el matrimonio y el clima de Singapur, pero al mismo tiempo una mujer con el mismo sentido común y entereza.

—¿Su hermana aceptó el empleo? —le preguntó.

—Sí. Se trasladó, al número veintiséis de la calle Hickory hará unos seis meses, y en conjunto le agradó su trabajo, encontrándolo interesante.

Hercules Poirot seguía escuchando. Hasta entonces las aventuras de la hermana de la señorita Lemon resultaban insustanciales.

—Pero desde hace algún tiempo está muy atormentada. Terriblemente atormentada.

—¿Por qué?

—Pues verá usted, señor Poirot, no le gustan las cosas que están ocurriendo.

—¿Hay estudiantes de ambos sexos? —preguntó Poirot con delicadeza.

—¡Oh, no, señor Poirot, no me refiero a eso! Uno siempre está preparado para esta clase de contratiempos, casi son de esperar. No, ¿sabe usted?… han estado desapareciendo cosas.

—¿Desapareciendo?

—Sí. Y unas cosas tan extrañas… y de una manera tan poco natural.

—Al decir que han estado desapareciendo cosas, ¿se refiere a que fueron robadas?

—Sí.

—¿Avisaron a la policía?

—No. Todavía no. Mi hermana espera que no sea necesario. Aprecia a esos jóvenes… es decir, a algunos de ellos, y a fin de no agravar la cuestión, preferiría arreglar las cosas por sí misma.

—Sí —dijo Poirot, pensativo—; lo comprendo. Pero eso no explica, si me permite decirlo, su propia inquietud, que yo he tomado por un reflejo de la preocupación de su hermana.

—Me desagrada esta situación, señor Poirot. No me gusta nada. Me es imposible sustraerme a la idea de que está ocurriendo algo

que no comprendo. Los hechos no parecen tener explicación lógica…

Poirot asintió con aire pensativo.

El punto flaco de la señorita Lemon habla sido siempre su imaginación. Carecía de ella por completo. En los interrogatorios sobre hechos concretos era invencible, pero en las conjeturas se veía perdida.

—¿Se trata de hurtos insignificantes? ¿Obra de un cleptómano tal vez?

—No lo creo. Leí algo sobre ese tema en la Enciclopedia Británica, y en un libro de medicina —dijo la sensata señorita Lemon—. Pero no quedé convencida.

Hercules Poirot guardó silencio durante todo un minuto y medio.

¿Deseaba explicarse la razón de las preocupaciones de la hermana de la señorita Lemon e imaginarse las pasiones y disgustos que puedan tener por escenario una pensión políglota? Era muy molesto que la señorita Lemon cometiera errores en sus cartas, y se dijo que si se entrometía en aquel asunto sería por aquella razón. No quiso admitir que había estado preocupadísimo últimamente, y que la misma trivialidad del caso era lo que le atraía.

—El perejil se hunde, en la mantequilla en un día caluroso —murmuró para sí.

—¿Perejil? ¿Mantequilla? —La señorita Lemon le miró extrañada.

—Es una cita de uno de nuestros clásicos —dijo—. Usted sin duda alguna conocerá las aventuras, las hazañas de Sherlock Holmes.

—¿Se refiere a la calle Baker y todo eso? —replicó la señorita Lemon—. ¡Los hombres mayores son tan tontos! Pero así son todos. Igual que las locomotoras de juguete con que siguen jugando. No puedo decir que haya tenido tiempo de leer ninguna de esas historias. Cuando tengo tiempo para leer, lo cual no ocurre a menudo, prefiero otra clase de libros.

Hercules Poirot inclinó la cabeza graciosamente.

—¿Qué le parecería señorita Lemon, si invitara a su hermana a tomar alguna cosa… tal vez el té de la tarde? Quizá yo pudiera

prestarle alguna ayuda.

—Es usted muy amable, señor Poirot. Muy amable. Mi hermana tiene todas las tardes libres.

—Entonces, mañana… si puede usted arreglarlo.

Y a su debido tiempo el fiel George recibió instrucciones para preparar una merienda de bocadillos simétricos, bollitos cuadrados y con mucha mantequilla, y otros complementos de un espléndido té inglés.

Capítulo II

La hermana de la señorita Lemon, cuyo nombre era señora Hubbard, tenía un marcado parecido con ella. Era más rolliza, de tez amarilla, e iba peinada con coquetería, siendo menos brusca en sus ademanes. Pero los ojos que le contemplaban desde aquel rostro redondo y amable tenían la misma astuta mirada que los de la señorita Lemon detrás de los lentes de pinza.

—Es usted muy amable, señor Poirot —le decía en aquel momento—. Muy amable. Creo que he comido más de lo que debiera… bueno, tal vez otro bocadillo… ¿Té? Bueno. Sólo media taza. Es un té delicioso.

—Primero —dijo Poirot— terminemos de merendar… y luego hablaremos.

Y sonriendo amistosamente se retorció el bigote mientras la señora Hubbard respondía:

—¿Sabe que resulta usted exactamente igual a como le había imaginado por la descripción de Felicity?

Al cabo de un momento de extrañeza, Poirot comprendió que Felicity era el nombre de la severa señorita Lemon, y respondió que no hubiera esperado menos, dada la eficiencia de su secretaria.

—Desde luego —dijo la señora Hubbard, cogiendo otro bocadillo—. Felicity nunca se ha molestado por los demás. Yo sí. Y por eso estoy angustiada.

—¿Puede explicarme exactamente qué es lo que le preocupa?

—Sí. Sería muy natural que se llevaran dinero… pequeñas sumas… un poco aquí, otro de allí… Y si se trata de joyas lo encontraría lógico; no es que quiera justificarlo…, pero sería lógico, un signo de cleptomanía o mala fe. Pero voy a leerle una lista de las cosas que fueron robadas, y que he anotado en un papel.

La señora Hubbard abrió su bolso, del que extrajo una pequeña libreta de notas. Leyó la lista:

Un zapato de noche (de un par recién estrenado).
Una pulsera (de bisutería).
Un anillo con un brillante (que fue encontrado en un plato de sopa).
Polvos compactos.
Un lápiz para labios.
Un estetoscopio.
Unos pendientes.
Un encendedor.
Unos pantalones viejos de franela.
Bombillas eléctricas.
Una caja de bombones.
Una bufanda de seda (que se encontró hecha pedazos).
Una mochila (ídem).
Ácido bórico.
Sales de baño.
Un libro de cocina.

Hercules Poirot exhaló un profundo suspiro.

—Curioso —dijo—, y muy… muy atrayente.

Y como absorto en sus pensamientos miró el rostro severo y ceñudo de la señorita Lemon y luego el amable y preocupado de la señora Hubbard.

—La felicito —dijo con calor, dirigiéndose a esta última.

—Pero, ¿por qué, señor Poirot?

—La felicito por tener un problema bonito y único.

—Bueno, para usted tal vez tenga sentido, señor Poirot, pero…

—Para mí no lo tiene en absoluto. Y sólo me recuerda un juego al que me obligaron a jugar unos amigos jóvenes durante las vacaciones de Navidad. Creo que se llamaba La Dama de los Tres Cuentos. Cada persona, por turno, decía la siguiente frase: «Fui a París y compré…», agregando algún artículo. La siguiente lo repetía añadiendo otro, y el objeto del juego era recordar los artículos en el orden que eran enumerados. Algunos de ellos debo confesar que

eran ridículos. Una pastilla de jabón, un elefante blanco, una mesa con patas de madera, un ánade americano…, la dificultad en recordarlos residía, claro está, en la diversidad de objetos y en que éstos no tuvieran relación alguna entre sí. Y cuando se habían mencionado una docena resultaba casi imposible enumerarlos en el orden debido. Cada equivocación se castigaba con un cuerno de papel y el participante debía continuar el recitado la vez siguiente diciendo: «Yo, una dama con un cuerno, fui a París», etcétera. Cuando se tenían tres cuernos se perdía el juego y el último que quedaba era el ganador.

—Estoy segura que debió ganar usted, señor Poirot —dijo la señorita Lemon con la acostumbrada devoción de una empleada leal.

Poirot se sintió halagado.

—Pues sí, gané yo —repuso—; y con los más diversos objetos que puede usted imaginar, y gracias a un truco ingenuo, que es éste: uno se dice mentalmente «Con una pastilla de jabón lavé a un gran elefante blanco de mármol blanco que estaba sobre una mesita con patas de madera…», etcétera, etcétera.

La señora Hubbard dijo con respeto:

—Tal vez pueda hacer lo mismo con esa lista de cosas.

—Sin duda alguna. Una señora con un zapato en el pie derecho se coloca la pulsera en el brazo izquierdo. Luego se pone polvos y se pinta los labios, y al bajar a cenar se le cae el anillo en la sopa, etcétera… De este modo podría recordar toda su lista; pero no es eso lo que buscamos. ¿Por qué fue robada una colección de objetos tan diversos? ¿Se esconde algún propósito detrás de todo esto? ¿Alguna idea fija? Primeramente tenemos que proceder al análisis. Lo primero que hay que hacer es estudiar la relación de objetos con sumo cuidado.

Se hizo un silencio mientras Poirot se aplicaba al estudio. La señora Hubbard le observó con la atención de un niño que contempla a un malabarista esperando ver aparecer un conejo o cintas de colores. La señorita Lemon, sin impresionarse, se dispuso a considerar las características de su sistema de archivo.

Cuando al fin habló Poirot, la señora Hubbard pegó un respingo.

—Lo primero que me sorprende es esto —dijo el detective—. De

todas las cosas desaparecidas, la mayoría son de escaso valor (el de algunas es casi nulo) con la excepción de dos… un estetoscopio y un anillo con un brillante. Dejando el estetoscopio aparte, de momento quisiera concentrarme en particular en el anillo. Usted dice que era de valor… ¿De cuánto?

—Pues… no sabría decirlo exactamente. Era un solitario con un pequeño grupo de diamantitos en la parte de arriba y en la de abajo. Había sido el anillo de prometida de la madre de la señorita Lane, según tengo entendido. Tuvo un gran disgusto cuando desapareció, y todos nos alegramos cuando fue encontrado aquella misma noche en el plato de sopa de la señorita Hobhouse. Todos pensamos que se trataba de una broma de mal gusto.

—Y eso puede haber sido. Pero yo considero que el robo del anillo y su devolución son significativos. Si desaparece un lápiz para los labios, una polvera, o un libro… no es motivo suficiente para llamar a la policía. Pero si se trata de un anillo de brillantes, es distinto. Cabe la posibilidad de que se dé parte a la policía y por eso lo devolvieron.

—Pero, ¿por qué cogerlo para devolverlo luego? —preguntó la señorita Lemon.

—Por el momento dejaremos las preguntas —replicó Poirot—. Ahora estoy ocupado en clasificar estos robos, y he empezado por el anillo. ¿Quién es esa señorita Lane a quien le fue robado?

—¿Patricia Lane? Es una joven muy simpática que estudia para diplomarse, o como lo llamen, en Historia, Arqueología o algo por el estilo.

—¿Goza de buena posición?

—Oh, no. Tiene algo de dinero, pero siempre vigila sus gastos. El anillo, como ya le he dicho, pertenecía a su madre. Tenía una o dos joyas bonitas, pero no se hace muchos vestidos nuevos y últimamente ha dejado de fumar.

—¿Cómo es? Descríbamela a su modo.

—Pues creo que es mestiza. De aspecto limpio y pulcro, tranquila y educada, pero no tiene un temperamento animado. Es lo que podríamos llamar una… bueno, una chica muy formal.

—Y la sortija apareció en el plato de la señorita Hobhouse. ¿Quién es la señorita Hobhouse?

—¿Valerie Hobhouse? Es una muchacha morena e inteligente que tiene una manera de hablar muy sarcástica. Trabaja en un salón de belleza. En «Sabrina Fair»… supongo que lo habría oído nombrar.

—Y esas dos jóvenes, ¿son amigas?

La señora Hubbard reflexionó unos instantes.

—Yo creo que sí. No tienen mucho que ver la una con la otra. Patricia se lleva bien con todo el mundo, sin ser precisamente simpática ni nada de eso. Valerie Hobhouse tiene enemigos por su lengua… pero va tirando, no sé si me comprende.

—Creo que sí —replicó Poirot.

De modo que Patricia Lane era agradable, pero aburrida, y Valerie Hobhouse tenía personalidad. Hizo un resumen de la lista de robos.

—Lo que me choca es las distintas categorías que representan. Hay pequeños hurtos que podrían tentar a una joven vanidosa y falta de dinero: el lápiz para los labios, las joyas de bisutería, los polvos compactos… sales de baño… y tal vez la caja de bombones. Luego tenemos el estetoscopio, un robo más propio de un hombre que sabría dónde venderlo o empeñarlo. ¿De quién era?

—Del señor Bateson. Un joven corpulento y simpático.

—¿Estudiante de medicina?

—Sí.

—¿Se enfadó mucho?

—Se puso lívido, señor Poirot. Tiene uno de esos temperamentos inflamables… que de momento dicen cualquier cosa, pero se les pasa pronto. No es de los que soportan con calma que nadie toque sus cosas.

—¿Y otros sí?

—Pues sí; el señor Gopal Ram, uno de nuestros estudiantes indios, sonríe suceda lo que suceda. Alza la mano diciendo que las posesiones materiales no tienen importancia…

—¿Le han robado alguna cosa a él?

—No.

—¡Ah! ¿A quién pertenecían los pantalones de franela?

—Al señor Macnabb. Eran muy viejos y cualquiera los hubiera dado ya a un trapero, pero el señor Macnabb tiene gran apego a sus

trajes viejos y nunca tira nada.

—De modo que llegamos a las cosas que no parecen dignas de ser robadas…: pantalones viejos de franela, bombillas eléctricas, ácido bórico, sales de baño y un libro de cocina. Pueden ser importantes, pero lo más probable es que no lo sean. El ácido bórico tal vez fue cogido por error, alguien pudo haber quitado una bombilla pensando volverla a poner y se olvidó de hacerlo… y el libro de cocina pudo cogerlo alguien «prestado» y luego no devolverlo. Alguna mujer de la limpieza pudo llevarse los pantalones de franela.

—Las que empleamos son de confianza. Estoy segura de que ninguna hubiera hecho una cosa así.

—De acuerdo. Luego está el zapato de noche, nuevo, según tengo entendido… ¿A quién pertenecía?

—A Sally Finch. Es una muchacha americana que vino a estudiar aquí gracias a una beca que ganó en Fullgriht, no hace mucho.

—¿Está usted segura de que el zapato no se le perdió? No puedo imaginar para qué pueda nadie querer un zapato desparejado.

—No se extravió, señor Poirot. Lo buscamos por todas partes. La señorita Finch iba a una fiesta vestida «de etiqueta», como dice ella… en traje de noche diríamos nosotros… y los zapatos le eran de vital importancia… eran los únicos que tenía para semejante ocasión.

—Y se disgustó… Sí, sí, me pregunto… tal vez eso tenga algo que ver…

Guardó silencio por espacio de unos minutos y luego continuó:

—Y aún quedan otras dos cosas…: una mochila, hecha pedazos y una bufanda de seda en el mismo estado. Aquí tenemos algo que no denota vanidad, ni provecho… sino una venganza deliberada. ¿De quién era la mochila?

—Casi todos los estudiantes la tienen… todos van a menudo de excursión, ya sabe. Y la mayoría de mochilas son iguales, y compradas en el mismo sitio; de modo que resulta difícil distinguirlas; pero parece casi seguro que ésta pertenecía a Leonard Bateson o a Colin Macnabb.

—Y la bufanda que también apareció hecha tiras, ¿de quién era?

—De Valerie Hobhouse. Se la regalaron por Navidad. Era de

color verde esmeralda y de muy buena clase.

—De la señorita Hobhouse… ya.

Poirot cerró los ojos. Lo que veía mentalmente era ni más ni menos que un calidoscopio. Trozos de bufandas y mochilas, libros de cocina, lápiz para labios, sales de baño y nombres y caricaturas de extraños estudiantes. Todo sin conexión ni forma. Incidentes sin ilación y personas girando en el espacio. Pero Poirot sabía muy bien que en alguna parte y de algún modo debía formarse un dibujo ordenado. O tal vez varios. Cada vez que uno mueve un calidoscopio obtiene un dibujo distinto… y uno de ellos sería el acertado. Lo difícil era por dónde empezar.

Abrió los ojos.

—Es un asunto que requiere reflexión. De veras. Mucha reflexión.

—Oh, estoy segura de ello, señor Poirot —asintió la señora Hubbard muy seria—. Y no quisiera molestarle…

—No me molesta. Estoy extrañado. Pero mientras reflexiono podemos empezar por el lado práctico. Por el zapato… sí, podemos empezar por ahí, señorita Lemon.

—¿Diga, señor Poirot? —La señorita Lemon dejó a un lado sus sistemas de archivo y fue automáticamente en busca de una libreta de notas y un lápiz.

—Quizá la señora Hubbard pueda recuperar el zapato desaparecido. Pregunte en el puesto de policía de la calle Baker, en la estación de objetos perdidos. ¿Cuándo desapareció…?

La señora Hubbard reflexionó unos instantes.

—Pues, no puedo recordarlo exactamente, señor Poirot. Tal vez hará unos dos meses. No puedo precisarlo. Pero quizá Sally recuerde la fecha de la fiesta.

—Sí. Bueno… —se volvió de nuevo a la señorita Lemon.

—No es necesario que precise. Diga que olvidó el zapato en un tren «Inner Circle»… que es lo más probable…, pero que también pudo ser en cualquier otro tren. O tal vez en un autobús. ¿Cuántos hay en los alrededores de la calle Hickory?

—Sólo dos, señor Poirot.

—Bien. Si no obtiene ningún resultado en la calle Baker, pruebe en Scotland Yard y diga que se lo dejó olvidado en un taxi.

—Lambeth —le corrigió la señorita Lemon.

Poirot alzó la mano.

—Usted siempre sabe estas cosas.

—¿Pero por qué cree usted…? —comenzó a decir la señora Hubbard, mas Poirot la interrumpió.

—Primero veamos qué resultados obtenemos. Entonces, si son negativos o positivos, usted y yo, señora Hubbard, volveremos a cambiar impresiones, y me dirá todas esas cosas que es necesario que yo sepa.

—Creo que ya le he dicho todo lo que sé.

—No, no. No estoy de acuerdo. Aquí tenemos reunidos a varios jóvenes de distintos temperamentos y sexos. A ama a B, pero B quiere a C, D y E se odian tal vez por causa de A. Es eso lo que necesito saber. El estado anímico de cada uno. Sus peleas, celos, amistades, odios y resentimientos.

—Estoy segura —explicó la señora Hubbard, molesta— que no sé nada de eso. Yo no me meto en nada. Me limito a dirigir la pensión, la despensa y nada más.

—Pero a usted le interesan las personas. Le agradan los jóvenes, y aceptó este trabajo, no porque le interesara económicamente, sino porque la ponía en contacto con problemas humanos. Debe de haber algunos estudiantes que le sean simpáticos y otros que no le agraden tanto, o tal vez nada. Debe decírmelo… sí. ¡Tiene que decírmelo! Usted está preocupada… y no por lo que ha ocurrido… puesto que podría haber dado parte a la policía.

—Le aseguro que a la señora Nicoletis no le agradaría ver a la policía en su casa.

Poirot continuó, sin hacer caso de la interrupción.

—No, usted está preocupada por alguien… que usted cree puede haber sido responsable o por lo menos estar mezclado en esto. Y, por consiguiente, alguien a quien usted aprecia.

—Es cierto, señor Poirot.

—Sí, lo es. Y creo que hace bien en preocuparse. Porque lo de la bufanda hecha trizas no es agradable. Ni lo de la mochila. En cuanto al resto, parece infantil… y no obstante… no estoy seguro. No. ¡No tengo la menor certeza!

Capítulo III

La señora Hubbard subió apresuradamente la escalera e introdujo el llavín en la cerradura de la puerta. En cuanto hubo abierto, un joven pelirrojo subió corriendo tras ella.

—Hola, Ma —le dijo, ya que era así como Len Bateson solía dirigirse a ella. Era un individuo simpático con acento londinense, libre de todo complejo de inferioridad—. ¿Ha estado callejeando?

—He salido a tomar el té, señor Bateson. No me entretenga ahora. Ya hablaremos.

—Hoy he disecado un cadáver magnífico —explicó Len—. ¡Despachurrado!

—No digas esas cosas tan horribles, muchacho. ¡Un cadáver magnífico! ¡Sólo de pensarlo me da náuseas!

Len Bateson rió de buena gana.

—Pues mire que a Celia… —dijo—. Fui al dispensario y le dije: «He venido a hablarte de un cadáver», y se puso tan blanca como la cera y creí que iba a desmayarse; ¿qué le parece eso, Mamá Hubbard?

—Que no me extraña. ¡Qué ocurrencia! Celia pensaría probablemente que se trataba de un cadáver auténtico.

—¿Qué quiere decir… auténtico? ¿Cómo se cree que son los nuestros? ¿Sintéticos?

Un joven delgado de cabellos largos y descuidados salió de una de las habitaciones de la derecha y dijo en tono irascible:

—¡Oh, son ustedes! Creí que al menos había un *pelotón* de hombres. La voz es de un solo hombre, pero el volumen de las de diez reunidos.

—Espero no haberte alterado los nervios…

—No más que de costumbre —dijo Nigel Chapman volviendo a

entrar en la habitación.

—Nuestra flor delicada —dijo Len.

—Vamos, no se peleen —exclamó la señora Hubbard—. Buen humor, eso es lo que me gusta, y un poquito de buena voluntad.

El hombretón le miró con afecto.

—No me importa nuestro Nigel, Ma —replicó.

Una joven que en aquellos momentos bajaba la escalera, anunció:

—Señora Hubbard, la señora Nicoletis está en su habitación y dijo que deseaba verla en cuanto llegara.

La señora Hubbard se dispuso a subir la escalera con un suspiro, y la joven alta y morena que le diera el recado se apresuró a dejarle paso.

Len Bateson, quitándose la gabardina, le preguntó:

—¿Qué ocurre, Valerie? ¿Quejas de nuestro comportamiento que van a ir a parar a oídos de Mamá Hubbard a su debido tiempo?

La joven acabó de bajar la cabeza.

—Esta casa cada día se parece más a un manicomio —dijo por encima de su hombro, al entrar en la habitación de la derecha. Se movía con la gracia indolente de las maniquíes profesionales.

El número veintiséis de la calle Hickory correspondía en realidad a dos casas, la veinticuatro y la veintiséis unidas. Las dos plantas bajas fueron unificadas, de modo que había un gran salón de visitas y un comedor enorme en dicha planta, así como dos salitas de espera y un pequeño despacho en la parte de atrás en la casa. Dos escaleras distintas conducían a los pisos superiores, que permanecían separados. Las señoritas ocupaban los dormitorios de la parte derecha de la casa y los muchachos la correspondiente al número veinticuatro.

La señora Hubbard subió la escalera desabrochándose el cuello de su chaqueta, y suspirando de nuevo tomó la dirección del dormitorio de la señora Nicoletis.

«Otro de sus arrebatos, supongo», musitó para sus adentros.

Y luego de golpear suavemente con los nudillos la puerta, entró.

En el saloncito de la señora Nicoletis la temperatura era muy elevada. La gran estufa eléctrica tenía todas las resistencias encendidas y la ventana estaba herméticamente cerrada. La señora

Nicoletis fumaba en el sofá, rodeada de almohadones de seda y terciopelo bastante raídos. Era una mujer corpulenta y morena, aún bien parecida, de boca que denotaba gran temperamento y unos enormes ojos castaños.

—¡Ah! Es usted —exclamó la señora Nicoletis con aire acusador.

La señora Hubbard, haciendo honor a su sangre Lemon, no se inmutó.

—Sí, soy yo —replicó ásperamente—. Me dijeron que deseaba usted verme con urgencia.

—Sí, desde luego. Es monstruoso. Ni más ni menos; monstruoso.

—¿Qué es lo monstruoso?

—¡Estas facturas! ¡Sus cuentas! —y la señora Nicoletis exhibió un montón de papeles sacándolos de debajo de uno de los almohadones con la gracia de un malabarista profesional—. ¿Con qué estamos alimentando a esos miserables estudiantes? ¿Con *foie gras* y codornices? ¿Es que esto es el Ritz? ¿Quiénes se han creído que son esos estudiantes?

—Pues gente joven con buen apetito —repuso la señora Hubbard—. Reciben un buen almuerzo y una cena abundante… comida sencilla, pero alimenticia, que resulta sumamente económica.

—¿Económica? ¿Se atreve a decirme eso cuando me estoy arruinando?

—Usted saca un beneficio considerable, señora Nicoletis, de esta pensión. Y para los estudiantes, el precio resulta bastante elevado.

—¿Pero acaso no tengo la casa siempre llena? ¿Cuándo hay una vacante que no haya sido solicitada tres veces por anticipado? ¿No me envía estudiantes el Consulado británico, la Universidad de Londres… y el Liceo Francés? ¿Y no es absolutamente cierto que hay siempre tres Solicitudes para cada plaza?

—Eso es en gran parte porque aquí la comida es apetitosa y abundante. La gente joven debe alimentarse debidamente.

—¡Bah! Esos gastos son escandalosos. Esa cocinera italiana y su marido le roban a usted la comida.

—Oh, no, señora Nicoletis. Le aseguro que ningún extranjero puede *engañarme*.

—Entonces es usted… quien me roba a mí.

—Puedo permitirle que me diga cosas como ésa —dijo en el tono que una acusada hubiera empleado para defenderse contra un cargo truculento—. Pero no es elegante hacerlo y cualquier día le traerá complicaciones.

—¡Ah! —la señora Nicoletis arrojó al aire las facturas con gesto dramático. La señora Hubbard se inclinó para recogerlas—. Me saca usted de mis casillas —gritó la dueña de la Residencia.

—Permítame decirle que eso la perjudica —replicó la señora Hubbard—. No debe tomarse las cosas así. Los arrebatos son perjudiciales para la presión sanguínea.

—¿Admite usted que estos totales son más elevados que los de la semana pasada?

—Claro que lo son. En los Almacenes Lampson ha habido muy buenas rebajas y me he aprovechado de ellas. La semana que viene los totales resultarán más bajos que el promedio.

La señora Nicoletis la miró ceñuda.

—Usted siempre encuentra una explicación satisfactoria.

—Ahí tiene —la señora Hubbard depositó las facturas ordenadas encima de la mesa—. ¿Algo más?

—Esa joven americana, Sally Finch, habla de marcharse… y no quiero que se vaya. Es una alumna de Fullbright y atraerá a otros estudiantes de allí. No debe marcharse.

—¿Y por qué razón quiere marcharse?

La señora Nicoletis alzó sus hombros monumentales.

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? No dijo la verdad. Puedo asegurarlo. Siempre lo adivino.

La señora Hubbard asintió pensativa.

—Sally no me ha dicho nada —dijo.

—¿Hablará usted con ella?

—Sí, desde luego.

—Y si es por estos estudiantes de color, esos indios, y esos negros… pueden marcharse todos, ¿comprende? La diferencia étnica tiene gran importancia para los americanos… y a mí son los americanos los que me interesan… y en cuanto a los estudiantes de color… ¡que se larguen!

Hizo un gesto dramático.

—No ocurrirá mientras yo continúe de encargada —repuso la

señora Hubbard, en tono frío—. Y de todas formas está usted equivocada. No existe esa clase de diferencias entre los estudiantes y desde luego Sally no es así. Ella y el señor Akibombo comen juntos muy a menudo y no hay otro más negro que él.

—Entonces será por los comunistas… Ya sabe lo que los americanos opinan de los comunistas. Y Nigel Chapman… es comunista.

—Lo dudo.

—Sí, sí. Debiera haber oído lo que decía la otra noche.

—Nigel es capaz de decir cualquier cosa por molestar a la gente. Es muy pesado en este sentido.

—Usted les conoce muy bien… ¡Querida señora Hubbard, es usted maravillosa! Me repito una y otra vez… ¿qué haría yo sin la señora Hubbard? Descanso en usted por completo. ¡Es usted una mujer maravillosa, maravillosa! Se hace imprescindible.

—Después del rapapolvo, el jabón —murmuró la señora Hubbard.

—¿Qué?

—No se alarme; haré lo que pueda.

Y salió de la habitación cortando en seco un largo discurso de agradecimiento, mientras murmuraba para sí:

—¡Haciéndome perder el tiempo… es una mujer enloquecedora! —y echando a correr por el pasillo penetró en su salita particular.

Pero allí no habría de tener paz. Una muchacha se puso en pie al entrar la señora Hubbard y dijo:

—Quisiera hablar con usted unos minutos, si me lo permite.

—Desde luego, Elizabeth.

La señora Hubbard quedó muy sorprendida. Elizabeth Johnston era una joven de las Antillas que estudiaba leyes. Era muy trabajadora, ambiciosa y reservada. Siempre le había parecido muy equilibrada y competente, considerándola como una de las mejores estudiantes de la Residencia.

Su aspecto en aquellos momentos era normal, pero la señora Hubbard supo captar el ligero temblor de su voz a pesar de que sus facciones morenas permanecieron impasibles.

—¿Ocurre algo?

—Sí. ¿Quiere acompañarme a mi habitación, por favor?

—Espere un momento. —La señora Hubbard se quitó el abrigo y los guantes y luego siguió a la joven hasta el piso superior, donde tenía la habitación. Abrió la puerta y se dirigió a una mesita cerca de la ventana.

—Aquí tiene mis apuntes —le dije—. Esto representa varios meses de duro esfuerzo… ¿Ve usted lo que me han hecho?

La señora Hubbard contuvo el aliento.

Habían derramado tinta sobre la mesa y los papeles estaban empapados. La señora Hubbard los tocó con la punta del dedo. Todavía estaban húmedos.

Aun sabiendo que la pregunta era una tontería, la hizo.

—¿No se le habrá vertido a usted la tinta?

—No. Lo hicieron mientras yo estaba fuera.

—¿Usted cree que la señora Biggs…?

La señora Biggs era la encargada de la limpieza de los dormitorios de aquel piso.

—No fue la señora Biggs. Esta tinta no es ni siquiera mía. La tengo en el estante de encima de mi cama. No la ha tocado nadie. Esto lo hizo alguien que trajo la tinta y la vertió adrede.

—¡Qué cosa tan malvada… tan cruel!

—Sí, ha sido una mala acción.

La muchacha habló tranquilamente, pero la señora Hubbard no cometió el error de no comprender sus sentimientos.

—Bueno, Elizabeth, apenas sé qué decirle. Estoy sorprendida, asombrada, y haré lo posible por descubrir al autor de una maldad semejante. ¿Tiene usted alguna idea de quién puede haber sido?

La joven replicó:

—La tinta es verde… ya lo ve usted.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—No es muy corriente emplear tinta verde. Y yo sé quién la usa: Nigel Chapman.

—¿Nigel? ¿Usted cree que Nigel haría una cosa tan mezquina?

—No debiera haberlo pensado… no. Pero él escribe sus cartas y sus apuntes con tinta verde.

—Tendré que hacer muchas preguntas. Siento mucho, Elizabeth, que en esta casa haya ocurrido una cosa así y sólo puedo decirle que haré cuanto pueda para que todo quede aclarado.

—Gracias, señora Hubbard. Ya han ocurrido… otras cosas, ¿no es cierto?

—Sí, es… sí.

La señora Hubbard salió de la habitación y se dirigió hacia la escalera, pero se detuvo de pronto y en vez de bajar, fue hasta el extremo del pasillo y llamó a la puerta de la señorita Sally Finch, quien desde dentro la invitó a entrar.

El dormitorio era agradable y Sally Finch, una alegre pelirroja, muy simpática.

Estaba escribiendo y la miró sonriente. Le ofreció una caja de bombones abierta y dijo con voz clara:

—Bombones de casa. Coma algunos.

—Gracias, Sally, pero ahora no. Estoy muy disgustada. —Respiró—. ¿Se ha enterado de lo que le ha ocurrido a Elizabeth Johnston?

—¿Qué le ha sucedido a la Negra Bess?

El apodo era un apelativo cariñoso que había sido aceptado por la propia interesada.

La señora Hubbard le refirió lo ocurrido y Sally dio muestras de furor compasivo.

—Esto es una mezquindad. No creí que nadie fuera capaz de hacer una cosa así a nuestra Bess. Todos la apreciamos. Es tranquila y no se mete en nada, ni se la ve mucho, pero estoy segura de que nadie la odia.

—Es lo que yo hubiera dicho.

—Bueno… esto concuerda con las otras cosas. Por eso…

—¿Por eso, qué? —preguntó la señora Hubbard cuando la joven se detuvo bruscamente.

Sally repuso despacio:

—Por eso voy a marcharme. ¿No se lo ha dicho la señora Nicoletis?

—Sí. Y está muy angustiada. Al parecer no cree que le haya dicho usted la verdadera razón.

—Desde luego que no lo hice. No quise que se disgustase. Ya sabe usted cómo es. Pero ése es el verdadero motivo. No me agrada lo que está ocurriendo aquí. Fue muy extraña la pérdida de mi zapato, y luego lo de la bufanda de Valerie y la mochila de Len…

no es como si desapareciesen cosas… al fin y al cabo eso puede ocurrir siempre… no es agradable, pero sí normal… pero esto otro, no. —Hizo una breve pausa sonriendo y luego hizo una mueca—. Akibombo está asustado. Siempre se muestra muy superior y civilizado… pero existe todavía mucha superstición en el África Occidental y él la lleva en la sangre.

—¡Bah! —exclamó la señora Hubbard, enojada—. No aguanto las supersticiones. Son cosas de seres vulgares que se ponen en ridículo. Eso es todo.

La boca de Sally se curvó en una sonrisa gatuna.

—Usted ha acentuado lo de vulgar —dijo—. Pero yo tengo el presentimiento de que en esta casa hay una persona que no es nada vulgar.

La señora Hubbard bajó la escalera y entró en el salón de visita que los estudiantes tenían en la planta baja y en el que se hallaban cuatro personas. Valerie Hobhouse, tumbada en un sofá con sus elegantes y finos pies colocados sobre uno de los brazos; Nigel Chapman, sentado ante una mesa con un gran libro abierto; Patricia Lane, apoyada contra la repisa de la chimenea, y una joven con impermeable que acababa de llegar y se estaba quitando un gorrito de lana cuando entró la señora Hubbard. Era una jovencita gordezuela y rubia, de ojos castaños muy separados y cuya boca estaba casi siempre entreabierta, dando la impresión de que su poseedora vivía en un perpetuo asombro.

Valerie, quitándose el cigarrillo de la boca, dijo con voz lánguida:

—Hola, Ma. ¡Ya le ha administrado algún calmante a esa vieja endemoniada, nuestra respetable propietaria!

Patricia Lane preguntó:

—¿Es que quería guerra?

—¡Y de qué modo! —rió Valerie.

—Ha ocurrido algo muy desagradable —anunció la señora Hubbard—. Nigel, quiero que usted me ayude.

—¿Yo, señora? —Nigel la miró cerrando su libro, y su rostro delgado y malicioso se iluminó de pronto con una sonrisa dulce y picaresca—. ¿Qué es lo que le he hecho?

—Espero que nada —replicó la señora Hubbard—. Pero han

derramado tinta deliberadamente y con toda mala intención sobre los apuntes de Elizabeth Johnston, y esa tinta es verde. Usted escribe con tinta de ese mismo color, Nigel.

Él la contempló mientras su sonrisa iba desapareciendo.

—Sí, yo utilizo tinta verde.

—Es horrible —dijo Patricia—. Me gustaría que no la emplearas, Nigel. Siempre he dicho que te afectaba considerablemente.

—Me gusta que me afecte —dijo Nigel—. Sería mejor aún la tinta violeta. Trataré de conseguirla. Pero, ¿habla usted en serio, Ma? Me refiero al sabotaje.

—Sí, hablo en serio. ¿Lo hizo usted, Nigel?

—No, claro que no. Me gusta molestar a la gente, como ya sabe usted, pero nunca haría una cosa tan sucia como ésa… y menos a la Negra Bess, que no se mete en nada y podría servir de ejemplo a algunas personas que no menciono. ¿Dónde está mi tinta? Ayer noche recuerdo que llené mi pluma, y suelo guardarla en ese estante de ahí —y levantándose atravesó la habitación—. Tiene usted razón. Está casi vacía, y debiera estar prácticamente llena.

La jovencita del impermeable contuvo el aliento.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Oh, Dios mío!, no me gusta…

Nigel se volvió hacia ella con aire acusador.

—¿Tienes alguna coartada, Celia?

—Yo no he sido. De verdad. Además he estado todo el día en el hospital. No pude…

—Vamos, Nigel —intervino la señorita Hubbard. No moleste a Celia.

Patria Lane dijo irritada.

—No veo por qué Nigel ha de ser sospechoso sólo porque haya utilizado su tinta…

—Tienes razón, querida —dijo Valerie felinamente—, defiéndele… y defiéndete.

—Pero es tan injusto…

—De verdad que no tengo nada que ver con esto —protestó Celia con energía.

—Nadie dice que lo hicieras tú, pequeña —replicó Valerie, impaciente—. De todas formas —sus ojos se fijaron en los de la señora Hubbard—, todo esto ya pasa de ser una broma, y habrá que

hacer algo.

—Sí, hay que hacer algo —dijo la señora Hubbard.

Capítulo IV

—Aquí tiene, señor Poirot.

La señorita Lemon depositó un pequeño paquete pardo ante el detective. Él le quitó el papel y contempló un plateado zapato de noche.

—Estaba en la calle Baker, como usted dijo.

—Eso nos ha evitado molestias —replicó Poirot—. Y también confirma mis ideas.

—Cierto —dijo la señorita Lemon, que no era nada curiosa por naturaleza. Pero, sin embargo, era muy susceptible a los derechos y exigencias de los afectos personales.

—Si no le causa demasiada molestia, señor Poirot, me permito notificarle que he recibido una carta de mi hermana. Ha habido algunos acontecimientos.

—¿Puedo leerla?

Ella se la entregó y el detective, después de haberla leído, dijo a la señorita Lemon que llamara a su hermana por teléfono; y cuando aquélla le indicó que había conseguido la comunicación, Poirot se puso al aparato.

—¿Señora Hubbard?

—Oh, sí, señor Poirot. Ha sido usted muy amable al llamarme tan pronto. En realidad estaba muy…

Poirot la interrumpió:

—¿Desde dónde me habla?

—Pues… desde la calle Hickory, desde luego. Oh, ya sé lo que quiere decir. Estoy en mi saloncito particular.

—¿Hay alguna otra línea?

—Es ésta. El teléfono principal está abajo, en el recibidor.

—¿Hay alguien en la casa que pueda escuchar?

—Todos los estudiantes están fuera a esta hora, y la cocinera ha salido a comprar. Geronimo, su marido, entiende apenas el inglés. Hay una mujer limpiando, pero es sorda y estoy segura de que no va a entretenerse en escuchar lo que hablamos.

—Muy bien; entonces, puedo hablar con libertad. ¿Por casualidad dan ustedes conferencias, o pasan películas por las noches? ¿O alguna otra clase de entretenimientos?

—Tenemos alguna conferencia de vez en cuando. La señorita Baltrout, la exploradora, vino no hace mucho con sus vistas de paisajes en color. Y recibimos una llamada de las Misiones del Lejano Oriente, aunque me temo que la mayoría de estudiantes salieron aquella noche.

—Ah. Entonces esta noche anuncie que Hercules Poirot, el jefe de su hermana, atendiendo a sus ruegos, acudirá para exponerles algunos de sus casos más interesantes.

—Es usted muy amable. Pero, ¿usted cree…?

—No es cuestión de creer o no creer… ¡Estoy seguro!

Aquella noche, los estudiantes, al entrar en el salón, encontraron una nota en la pizarra de anuncios que estaba detrás de la puerta.

> *Monsieur Hercules Poirot, el célebre detective particular, ha tenido la gentileza de acceder a dar una charla esta noche sobre la teoría y práctica de detectivismo efectivo, en la que presentará algunos casos de criminales famosos.*

Los estudiantes, a medida que iban regresando, hacían sus comentarios.

«¿Quién es ese detective?». «Nunca le oí nombrar».

«¡Oh!, yo sí».

«Hubo un hombre condenado a muerte por el asesinato de una mujer de las que van a limpiar a las casas y este detective le libertó en el último momento, descubriendo al verdadero culpable». «Yo no lo recuerdo». «Creo que será divertido». «A mí no es que me atraiga eso, pero no niego que debe resultar interesante poder interrogar a un hombre que ha estado relacionado tan de cerca con delincuentes».

La cena fue servida a las siete y media y casi todos los

estudiantes estaban ya sentados cuando la señora Hubbard bajó de un saloncito, donde se le había servido una copa de jerez al distinguido invitado, seguida de un hombrecillo de corta estatura, sospechosos cabellos negros, y un bigote de proporciones extraordinarias que retorcía con aire satisfecho.

—Éstos son algunos de nuestros estudiantes, señor Poirot. Les presento al señor Poirot, que va a tener la gentileza de hablar para ustedes después de la cena.

Se cambiaron saludos y Poirot se sentó al lado de la señora Hubbard, absorbiéndose en la tarea de no manchar su bigote con la excelente *minestrone* que fue servida por un activo criado italiano, portador de una enorme sopera, que depositó encima de una mesita auxiliar.

Luego siguió un plato caliente de spaghetti, y albóndigas, y fue entonces cuando una joven sentada a la derecha de Poirot le dirigió la palabra tímidamente.

—¿De veras trabaja para usted la hermana de la señora Hubbard?

Poirot se volvió hacia ella.

—Pues sí. La señorita Lemon es mi secretaria desde hace muchos años. Es la mujer más servicial que conozco, y algunas veces la temo.

—Oh, ya. Me preguntaba…

—¿Qué es lo que se preguntaba, mademoiselle?

Y le sonrió con aire paternal en tanto que mentalmente iba tomando notas.

«*Bonita, preocupada, de mentalidad no muy rápida, asustadiza*…».

—¿Puedo saber su nombre y lo que estudia? —le preguntó.

—Me llamo Celia Austin, y no estudio. Trabajo en el dispensario del Hospital de Santa Catalina.

—Ah, ¿y resulta interesante su trabajo?

—Pues… no sé… tal vez sí. —Parecía poco convencida.

—¿Y de los de aquí? ¿Podría decirme algo de ellos? Tenía entendido que ésta era una Residencia para Estudiantes Extranjeros; pero la mayoría parecen ingleses.

—Algunos de los extranjeros no están ahora aquí. El señor Chandra Lal y el señor Gopal Ram… son indios… y la señorita

Reinjeer, alemana… y el señor Achmed Alí, que es de nacionalidad egipcia y a quien le agrada extraordinariamente la política.

—Y éstos, ¿quiénes son? Háble me de ellos.

—Pues, sentado a la izquierda de la señorita Hubbard está Nigel Chapman. Un estudiante de Historia Medieval e Italiana en la Universidad de Londres. Luego sigue Patricia Lane, que está a su lado y lleva lentes. Piensa diplomarse en Arqueología. El pelirrojo es Len Bateson, futuro médico, y la joven morena es Valerie Hobhouse, que trabaja en un salón de belleza. A su lado se sienta Colin Macnabb… que está haciendo, un cursillo de psicología para doctorarse.

Hubo un ligero cambio de su voz al describir a Colin. Poirot la observó viendo que se había sonrojado, y se dijo para sus adentros:

«Vaya… está enamorada y no sabe disimularlo».

También observó que el joven Macnabb no la miraba nunca desde el otro lado de la mesa, y parecía muy enfrascado en la conversación que sostenía con una risueña jovencita pelirroja sentada junto a él.

—Es Sally Finch, Americana… vino aquí gracias una beca que ganó en Fullbright. Luego sigue Geneviéve Maricaud, que estudia inglés, igual que René Halle, que está a su lado. Esa rubia menuda es Jean Tomlinson… también trabaja en Santa Catalina. Es fisioterapeuta. El negro es Akibombo… vino del África Occidental y es muy simpático. Luego sigue Elizabeth Johnston, es de Jamaica y estudia leyes, y junto a nosotros y a mi derecha hay dos estudiantes turcos que llegaron hace una semana. Apenas saben nada de inglés.

—Gracias. ¿Y se llevan bien entre ustedes, o tienen desavenencias?

La ligereza de su tono restó importancia a sus palabras.

—Oh, en realidad estamos demasiado ocupados para pelearnos —repuso Celia—, aunque…

—¿Aunque qué, señorita Austin?

—Pues que… Nigel… el que está al lado de la señora Hubbard, disfruta pinchando a la gente y haciéndoles enfadar. Y Len Bateson se enfada. Algunas veces se pone furioso, pero en realidad es muy simpático.

—¿Y Colin Macnabb… se enfada también?

—Oh, no. Colin se limita a enarcar las cejas e incluso le divierte.

—Ya. ¿Y las señoritas, se pelean?

—Oh, no, nos llevamos muy bien. Geneviéve se ofende algunas veces. Creo que los franceses son muy susceptibles… oh, quiero decir… Perdone… Celia era la viva imagen de la confusión.

—Yo soy belga —replicó Poirot con aire solemne, y continuó antes de que Celia recobrara el dominio de sí misma—: ¿Qué quiso decir, señorita Austin, cuando inquirió: «Me preguntaba»? ¿Qué es lo que se preguntaba usted?

—Oh… nada… nada de particular… sólo que hemos tenido algunas bromas tontas, últimamente… y pensé que la señora Hubbard… Pero en realidad es una tontería. No quise decir nada.

Poirot no insistió, y volviéndose hacia la señora Hubbard se enfrascó en una conversación en la que también tomó parte Nigel Chapman diciendo que el crimen era una forma del arte creativo… y que los enemigos de la sociedad eran los policías que ingresaban en el cuerpo sólo a causa de su secreto sadismo. A Poirot le divirtió observar que la joven de los lentes, de unos treinta y cinco años, que estaba a su lado trataba desesperadamente de explicar sus comentarios a medida que él los iba haciendo. Nigel, sin embargo, no le hizo el menor caso.

La señora Hubbard les miraba con benevolencia.

—Todos los jóvenes de hoy en día no piensan más que en política o en psicología —dijo—. En mi juventud éramos mucho más alegres. Bailábamos. Si enrollaran la alfombra de salón tendrían una buena pista, y podrían bailar con la música de la radio, pero nunca lo hacen.

Celia rió, diciendo cono algo de intención:

—Pero tú solías bailar, Nigel. Yo misma he bailado contigo una vez, aunque no espero que en este momento lo recuerdes.

—¿Qué tú has bailado conmigo? ——dijo Nigel con incredulidad —. ¿Dónde?

—En Cambridge… por Pascua.

—¡Oh, Pascua! —Nigel alejó de un manotazo las tonterías de su juventud—. Hay que pasar esa fase de la adolescencia, pero, gracias a Dios, eso termina pronto.

Nigel no tendría mucho más de veinticinco años y Poirot tuvo

que esconder una sonrisa detrás de su distinguido bigote.

Patricia Lane dijo con ansiedad:

—Comprenda, señora Hubbard; ¡hay tanto que estudiar! Entre las conferencias y los apuntes no queda tiempo para nada que no tenga valor real.

—Bueno, querida, sólo se es joven una vez —replicó la señora Hubbard.

Un pastel de chocolate siguió a los spaghetti y luego pasaron todos al salón, donde fue servido el café. Poirot se dispuso a hablar. Los dos turcos se excusaron cortésmente y los demás se sentaron en actitud expectante.

Poirot se puso en pie y habló con su aplomo acostumbrado. El sonido de su propia voz le resultaba siempre agradable, y por espacio de tres cuartos de hora estuvo disertando en tono brillante y divertido, recalcando las experiencias propias de un modo un tanto exagerado, pero agradable. Si quiso insinuar que era una especie de… charlatán… no se notó demasiado.

—Así que, como les digo —terminó—, me acuerdo de un fabricante de jabones que conocí en Lieja, que envenenaba poco a poco a su esposa para poder casarse con su rubia secretaria. Se lo insinué muy por encima, pero en el acto conseguí que reaccionara, y me entregó el dinero robado que yo acababa de recuperar para él. Se puso muy pálido y vi el terror reflejado en su rostro. «Entregaré este dinero a los pobres», le dije. «Haga, usted lo que quiera con él». Y entonces le anuncié muy significativamente: «Le aconsejo que ande con mucho cuidado, *monsieur*». Asintió en silencio y al salir vi que se enjugaba la frente. Se había llevado un gran susto y yo… le había salvado la vida. Porque aunque esté trastornado por su rubia secretaria, ya no intentará envenenar a su esposa estúpida y antipática. Prevenir es mejor que curar; y nosotros deseamos prevenir los crímenes… y no esperar a que hayan sido cometidos.

E inclinándose extendió las manos.

—Bueno, ya les he aburrido bastante.

Los estudiantes aplaudieron con entusiasmo; Poirot se inclinó, y cuando ya iba a sentarse, Colin Macnabb, quitándose la pipa de entre los dientes, exclamó:

—¡Y ahora, tal vez quiera explicarnos para qué ha venido aquí

en realidad!

Hubo un silencio expectante y luego Patricia dijo en tono de reproche:

—Colin.

—Bueno, todos nos lo figuramos, ¿no es cierto? —Miró en derredor suyo—. El señor Poirot nos ha dado una charla muy amena, pero no es a eso a lo que ha venido, sino a trabajar. ¿Usted cree realmente que no nos hemos dado cuenta, señor Poirot?

—Habla por ti mismo, Colin —dijo Sally.

—Pero es cierto, ¿no? —replicó el aludido.

Y de nuevo Poirot extendió sus manos en un gracioso gesto comprensivo.

—Admito que mi amable anfitriona me ha confiado ciertos sucesos que la han… preocupado —dijo.

Len Bateson se puso en pie con rostro sombrío y truculento.

—Oiga —exclamó—, ¿qué es todo esto? ¿Es que nos lo atribuye a nosotros?

—¿Ahora te das cuenta, Bateson? —preguntó Nigel en tono amable.

Celia, asustada, contuvo el aliento y dijo:

—¡Entonces tenía razón!

La señora Hubbard habló refiriéndose al particular, con decisión y autoridad.

—Yo le pedí al señor Poirot que nos diera una charla, pero también quería pedirle consejo acerca de algunas cosas que han ocurrido últimamente. Había que hacer algo y me pareció que la otra alternativa era… la policía.

Entonces se armó un gran alboroto. Geneviéve empezó a hablar acaloradamente en francés. «Era una vergüenza, un desastre, avisar a la policía». Y otras voces se unieron a la suya para apoyarla o contradecirla. Al fin la voz de Leonard Bateson se elevó por encima de las otras autoritariamente:

—Oigamos lo que dice el señor Poirot acerca de nuestro problema.

La señora Hubbard explicó:

—He contado al señor Poirot todo lo ocurrido. Si desea hacer alguna pregunta estoy segura de que ninguno de ustedes tendrá

inconveniente en contestarla.

Poirot se inclinó cortésmente.

—Gracias. —Y con el aire de un malabarista sacó un par de zapatos de noche que entregó a Sally Finch.

—¿Son suyos… mademoiselle?

—Pues… sí… ¿los dos? ¿De dónde ha salido el que había desaparecido?

—Pues del Departamento de Objetos Perdidos del puesto de policía de la calle Baker.

—¿Pero qué le hizo pensar que pudiera estar allí, *monsieur* Poirot?

—Un simple proceso deductivo. Alguien coge un zapato de su habitación, mademoiselle. ¿Por qué? No será para ponérselo, ni para venderlo. Y puesto que la casa será registrada por todos para tratar de encontrarlo, el zapato debe salir de la casa o ser destruido. Pero no es tan sencillo destruir un zapato. Lo más fácil es tomar un tren o un autobús en las horas de más aglomeración y arrojarlo envuelto en un papel debajo de un asiento. Eso es lo que supuse y que resultó ser cierto… de modo que supe que pisaba terreno firme… el zapato fue robado, como dijo un poeta, «para fastidiar, porque sabe que eso molesta».

Valerie lanzó una breve carcajada.

—Esto te señala a ti con dedo infalible, querido Nigel.

—Tonterías —dijo Sally—. Nigel no cogió mi zapato.

—Claro que no —intervino Patricia enojada—. Es una idea absurda.

—Yo no la consideraría absurda —repuso Nigel—. Aunque yo no hice nada de eso… como no dudo que diremos todos.

Fue como si Poirot hubiera estado esperando aquellas precisas palabras. Sus ojos se posaron pensativos en el rostro enrojecido de Len Bateson y luego fueron observando a cada uno de los estudiantes.

—Mi posición es delicada —dijo al fin con un gesto—. Allí soy un huésped más. He venido atendiendo a una invitación de la señora Hubbard… a pasar una agradable velada, y eso es todo. Claro que además he devuelto un par de zapatos de noche a mademoiselle. En cuanto a lo demás… —hizo una pausa—.

¿*Monsieur*… Bateson?, sí, Bateson… me ha pedido que diera mi opinión acerca de este… problema. Pero sería una impertinencia por mi parte el hablar, a menos de ser invitado no por una sola persona, sino por todos ustedes.

Akibombo sacudió su negra y rizada cabeza en un gesto de vigoroso asentimiento.

—Ése es un procedimiento correcto, sí —dijo—. El verdadero procedimiento democrático es someter el caso a la votación de todos los presentes.

La voz dé Sally se alzó impaciente.

—Oh, no vale la pena —dijo—. Esto es una especie de reunión amistosa. Oigamos lo que nos aconseja el señor Poirot, sin más complicaciones.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, Sally —replicó Nigel.

Poirot inclinó la cabeza.

—Muy bien —anunció—. Puesto que todos ustedes me lo piden, les diré que mi consejo es bien sencillo. La señora Hubbard… o mejor dicho, la señora Nicoletis… debiera llamar inmediatamente a la policía. No hay tiempo que perder.

Capítulo V

No cabe duda de que la declaración de Poirot fue inesperada. No originó protestas ni comentarios, pero sí fue seguida de un silencio repentino y molesto.

Aprovechando aquella parálisis momentánea, la señora Hubbard llevó al detective arriba a su saloncito particular, después de despedirse de todos con un correcto «Buenas noches».

La señora Hubbard encendió la luz, y tras cerrar la puerta rogó a *monsieur* Poirot que ocupara una butaca junto a la chimenea. Su rostro afable expresaba duda y ansiedad. Le ofreció un cigarrillo, que Poirot rehusó explicando que prefería los suyos, que a su vez le ofreció, mas ella le dijo distraída: «No fumo, señor Poirot».

Y luego, al sentarse frente a él, exclamó tras un momento de vacilación:

—Me parece que tiene usted razón, señor Poirot. Tal vez debiéramos avisar a la policía… especialmente después de lo de la tinta. Pero hubiese preferido que no lo dijera… de ese modo.

—Ah —repuso Poirot encendiendo uno de sus diminutos cigarrillos y contemplando las volutas de humo—. ¿Usted cree que debiera haber disimulado?

—Pues es consolador ser sincero y franco por encima de todas las cosas… Pero me parece que hubiera sido mejor mantenerlo en secreto, y avisar a un agente, a quien se lo hubiésemos explicado todo privadamente. Lo que quiero decir es que… quienquiera que haya estado haciendo esas estupideces… pues… ya está advertido.

—Tal vez sí.

—Yo diría que de seguro —replicó la señora Hubbard con cierta brusquedad—. ¡No hay tal vez que valga! Si ha sido uno de los criados o de los estudiantes que no estaban aquí, esta noche, la

noticia llegará seguramente a sus oídos. Es lo que ocurre siempre.

—Cierto. Es lo que ocurre siempre.

—Y además está la señora Nicoletis. En realidad no sé qué actitud tomar. Con ella nunca se sabe…

—Será interesante descubrirlo.

—Desde luego no podemos hablar con la policía hasta el momento que ella nos autorice… Oh, ¿qué ocurre ahora?

Sonaron tres enérgicos golpes en la puerta, que fueron repetidos antes que la señora Hubbard dijera: «Adelante» en tono irritado. Al abrirse la puerta fue Colin Macnabb quien entró con la pipa entre los dientes y el entrecejo fruncido.

Quitándose la pipa de la boca, y cerrando la puerta a sus espaldas, dijo:

—Ustedes me perdonarán, pero estaba impaciente por hablar con el señor Poirot.

—¿Conmigo? —Poirot volvió la cabeza con aire inocente y sorprendido.

—Sí, con usted. —Colin habló ceñudo, y acercándose una silla bastante incómoda se sentó frente a Hercules Poirot.

—Esta noche nos ha dado usted una charla interesante —dijo con aire indulgente—. No niego que es usted un hombre de larga y variada experiencia, pero si me lo permite le diré que sus métodos y sus ideas están pasados de moda.

—Por favor, Colin —dijo la señora Hubbard, enrojeciendo—. Es usted muy poco amable.

—No es mi intención ofenderle, pero tengo que aclarar las cosas. Crimen y castigo, *monsieur* Poirot… hasta ahí se extiende su horizonte…

—Me parece una consecuencia natural —replicó el detective.

—Usted toma el punto de vista estrecho de la ley… y lo que es más, de la ley anticuada. Hoy en día, incluso la ley ha de adaptarse a las teorías más nuevas y modernas de las causas del crimen. Son las causas lo importante, *monsieur* Poirot.

—En eso —exclamó Poirot— y empleando una de sus modernas frases, no puedo estar más de acuerdo con usted.

—Entonces tendrá que considerar la causa de lo que ha estado ocurriendo en esta casa… y averiguar por qué fueron hechas estas

cosas.

—Sigo estando de acuerdo con usted… sí, eso es lo más importante.

—Porque siempre existe una razón, que puede ser para el interesado una buena razón.

Al llegar a este punto, la señora Hubbard, incapaz de contenerse, exclamó en tono crispado:

—¡Tonterías!

—Ahí es donde se equivoca —dijo Colin volviéndose ligeramente hacia ella—. Hay que tener en cuenta el fondo psicológico.

—¡Qué disparate! —replicó la señora Hubbard—. ¡No aguanto esta clase de tonterías!

—Eso es porque no sabe usted nada de psicología, —dijo Colin en tono grave antes de volver de nuevo sus ojos hacia Poirot—. A mí me interesan estas cosas. En la actualidad estoy siguiendo un cursillo de psiquiatría y psicología, y nos encontramos con los casos más asombrosos y complicados, y lo que quiero hacer resaltar, *monsieur* Poirot, es que no debe considerar al criminal como una consecuencia del pecado criminal, o una malvada violencia de las leyes de un país. Tiene que comprender la raíz del mal para curar a un joven delincuente. Estas ideas eran desconocidas en sus tiempos y no me cabe duda de que le resultarán difíciles de aceptar…

—Un robo es un robo —intervino la señora Hubbard obstinadamente.

Colin frunció el ceño con impaciencia.

—Mis ideas serán sin duda anticuadas —dijo Poirot humildemente—, pero estoy dispuesto a escucharle, señor Macnabb.

—Eso está muy bien dicho, señor Poirot. Ahora trataré de explicarle este asunto con claridad, empleando términos sencillos.

—Gracias —replicó *monsieur* Poirot con la misma humildad.

—Empezaré por el par de zapatos que usted trajo esta noche y devolvió a Sally Finch. Como usted recordará, sólo robaron uno. Sólo uno.

—Recuerdo que me sorprendió ese detalle —dijo Hercules Poirot.

Colin Macnabb se inclinó hacia delante y sus facciones duras,

aunque incorrectas, se iluminaron por el interés.

—Ah, pero usted no vio su significado. Es uno de los ejemplos bonitos y satisfactorios que uno puede desear. Nos hallamos ante un definido complejo de Cenicienta. Tal vez conozca usted el cuento de Cenicienta.

—De origen francés… *mas oui*.

—Cenicienta, la sirvienta sin sueldo, se queda sentada junto al hogar mientras sus hermanastras, con sus mejores galas, van al baile que da el Príncipe. Un Hada Madrina envía también a Cenicienta a la fiesta y, al dar la medianoche, su vestido se convierte en harapos… ella escapa apresuradamente, perdiendo uno de sus zapatos. De modo que aquí tenemos una mentalidad que se compara a sí misma con Cenicienta, sin caer en ello, por descontado… Tenemos un complejo de inferioridad, de fracaso, de envidia. La muchacha roba un zapato. ¿Por qué?

—¿Una muchacha?

—Pues naturalmente. Eso está clarísimo para la inteligencia menos despejada —contestó Colin con aire reprobador.

—¡Por favor, Colin! —exclamó la señora Hubbard.

—Siga usted, se lo ruego —dijo Poirot cortésmente.

—Probablemente ella no sabe por qué lo hace… pero el deseo íntimo es evidente. Quiere ser la Princesa, ser reconocida por el Príncipe y reclamada por él. Otro factor significativo: el zapato robado pertenece a una joven atractiva que va a asistir a un baile.

La pipa de Colin se había apagado hacía rato y la blandía con creciente entusiasmo.

—Y ahora consideremos algunos de, los otros sucesos. La desaparición de una serie de cosas bonitas… todas ellas relacionadas con el atractivo femenino. Polvos compactos, lápiz para labios, pendientes, una pulsera, una sortija… que tiene un doble significado. La chica quiere llamar la atención. Desea, si cabe, ser castigada… Ninguna de estas cosas constituye lo que llamaríamos un robo criminal. No es el valor del objeto lo que interesa. Igual que hacen las mujeres acomodadas cuando roban cosas en los almacenes.

—Tonterías —dijo la señora Hubbard en tono belicoso—. Algunas personas no son honradas; eso es lo que ocurre.

—No obstante, entre los objetos robados había un brillante de cierto valor —apostilló Poirot, haciendo caso omiso de la intervención de la señora Hubbard.

—Que fue devuelto.

—Y sin duda alguna, señor Macnabb, no me dirá usted que un estetoscopio pueda tener relación con el atractivo femenino…

—Tiene un profundo significado. Las mujeres que consideran deficiente el atractivo pueden encontrar una compensación en el estudio de una carrera.

—¿Y el libro de cocina?

—Un símbolo de la agradable vida hogareña… el esposo y la familia.

—¿Y el ácido bórico?

Colin replicó, irritado:

—Mi querido *monsieur* Poirot. ¡Nadie robaría ácido bórico! ¿Para qué?

—Eso es lo que yo me he preguntado. Debo confesar, señor Macnabb, que parece usted tener respuesta para todo. Explíqueme entonces el significado de la desaparición de unos pantalones viejos de franela… que, según tengo entendido, eran suyos.

Por primera vez Colin pareció desconcertado. Y luego de enrojecer aclaró su garganta.

—Podría explicarlo… pero sería bastante complicado, y tal vez… sí… bastante violento.

—Oh, le ruego respetuosamente, disimule usted si me ruborizo…

E inclinándose hacia delante, Poirot dio una palmada en la rodilla del joven.

—Y la tinta vertida sobre los apuntes de otra estudiante, la bufanda de seda hecha jirones ¿No le preocupan todas esas cosas?

La complaciente seguridad de Colin sufrió un cambio repentino.

—Sí —replicó—. Créame que sí. Eso es serio. Debe ser sometida a tratamiento… inmediatamente. Pero a un tratamiento médico. No es un caso para la policía. La pobrecilla ni siquiera sabe lo que está ocurriendo. Está confundida. Si yo fuera…

Poirot le interrumpió.

—¿Entonces sabe usted quién es?

—Pues tengo mis sospechas.

Poirot murmuró con el aire de quien está resumiendo:

—Una joven que no tiene éxito entre el otro sexo. Una joven tímida y afectuosa. Una muchacha cuyo cerebro tiene reacciones lentas… que se siente fracasada y sola. Una chica…

Llamaron a la puerta y Poirot se interrumpió. Volvieron a llamar.

—Adelante —dijo la señora Hubbard.

Se abrió la puerta para dar paso a Celia Austin.

—¡Ah! —exclamó Poirot con una inclinación de cabeza—. Exactamente. La señorita Celia Austin.

Celia miró a Colin con ojos angustiosos.

—No sabía que estuvieras aquí —dijo conteniendo el aliento—. Venía… Venía…

Aspiró el aire con fuerza y corrió hacia la señora Hubbard.

—Por favor, no avise a la policía. He sido yo la que ha cogido esas cosas. No sé por qué. No puedo imaginarlo. Yo no quería. Es sólo… que sentía un impulso extraño. —Se volvió hacia Colin—. De modo que ya sabes cómo soy… y supongo que no volverás a dirigirme más la palabra. Sé que es horrible…

—Oh, nada de eso —exclamó Colin con voz cálida y amistosa—. Estás un poco confundida, nada más. Es sólo una especie de enfermedad que has tenido, por no ver las cosas con claridad. Si confías en mí, Celia, pronto te pondrás bien. Te lo aseguro.

—Oh, Colin… ¿de veras?

Celia le miró con adoración imposible de disimular.

—¡He estado tan inquieta!

Él la cogió de la mano con aire ligeramente doctoral.

—Bueno, ya no necesitas preocuparte más. —Y poniéndose en pie, apoyó la mano de Celia en su brazo y miró con aire severo a la señora Hubbard.

—Espero que ahora no se hablará más de dar parte a la policía —dijo—. No se ha robado nada de verdadero valor y Celia lo devolverá.

—No puedo devolver la pulsera ni los polvos compactos —confesó Celia, inquieta—. Los tiré por una alcantarilla. Pero compraré otros nuevos.

—¿Y el estetoscopio? —preguntó Poirot—. ¿Dónde lo dejó?

Celia enrojeció.

—Yo no lo cogí, ¿para qué iba a querer un estetoscopio? —Su rubor se acentuó—. Ni tampoco fui yo quien vertió la tinta sobre los apuntes de Elizabeth. Yo nunca hubiera hecho una… cosa tan malvada.

—No obstante, usted hizo pedazos la bufanda de la señorita Hobhouse, mademoiselle.

—Eso fue distinto. Quiero decir… que a Valerie no le importaba.

—¿Y la mochila?

—Oh, yo no la hice pedazos. Eso fue un rapto de furor.

Poirot cogió la lista que había copiado de la libreta de notas de la señora Hubbard.

—Dígame —le apremió—, y esta vez procure decir la verdad. ¿De la desaparición de qué cosas es o no usted responsable?

Celia miró la lista de objetos desaparecidos y su respuesta no se hizo esperar.

—No sé nada de la mochila, ni de las bombillas, ni del ácido bórico, ni de las sales de baño, y en cuanto al anillo fue sólo una equivocación. Cuando me di cuenta de que era bueno lo devolví.

—Ya.

—Porque yo no quería robar. Sólo…

—¿Sólo qué?

En los ojos de Celia apareció visiblemente una expresión cansada.

—No lo sé… la verdad. Estoy confundida.

Colin intervino con ademán imperioso.

—Le agradeceré que no la interrogue. Le prometo que no habrá reincidencia en este asunto, y desde ahora me hago responsable de ella.

—¡Oh, Colin, qué bueno eres conmigo!

—Me gustaría que me contaras muchas cosas de ti, Celia. De tu infancia, por ejemplo. ¿Se llevaban bien padre y tu madre?

—Oh, no, era horrible… en casa…

—Exacto. Y…

La señora Hubbard, intervino con voz autoritaria.

—¡Basta! Celia, celebro que haya confesado. Ha causado usted

muchas preocupaciones e inquietudes, debiera avergonzarse de sí misma. Pero le diré una cosa. Que acepto su palabra de que no vertió deliberadamente la tinta sobre los apuntes de Elizabeth. No la creo capaz de una cosa así. Ahora váyanse los dos. Usted y Colin. Ya les he visto bastante por esta noche.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, la señorita Hubbard exhaló un profundo suspiro.

—Bueno —dijo—. ¿Qué le parece esto?

A Poirot le brillaron los ojos al decir:

—Creo que hemos asistido a una escena de amor al estilo moderno.

La señora Hubbard lanzó una exclamación desaprobadora.

—¡*Autred temps, autres moeurs*! —murmuró Poirot—. En mis tiempos los jóvenes prestaban a las muchachas libros teológicos o discutían acerca del *Pájaro Azul*, de Maeterlink. Todo eran sentimientos e ideales elevados. Hoy en día son las vidas desequilibradas y los complejos los que unen a un hombre y una mujer.

—Eso son tonterías… —dijo la señora Hubbard.

Poirot discrepó.

—No, todo no son tonterías. Los principios fundamentales son bastante sensatos… pero cuando se es un joven investigador, impaciente como Colin no se ve nada, más que complejos y la desdichada vida del hogar de la víctima.

—El padre de Celia murió cuando ella tenía cuatro años —explicó la señora Hubbard—. Pero tuvo una niñez muy agradable, con una madre simpática, aunque algo estúpida.

—¡Ah, pero es lo bastante lista para no decírselo al joven Macnabb! Le dirá todo lo que él desea oír. Está tan enamorada…

—¿Cree usted todo esto, señor Poirot?

—No creo que Celia tenga complejo de Cenicienta ni que robe las cosas sin darse cuenta, pero sí que corrió el riesgo de apoderarse de cosillas sin importancia con objeto de atraer la atención del vehemente Colin Macnabb, en cuya empresa ha salido vencedora. De haber continuado siendo una muchacha vulgar y tímida nunca le hubiera mirado siquiera. En mi opinión —dijo Poirot—, una chica tiene derecho a poner en práctica recursos desesperados para pescar

a un hombre.

—Yo no hubiera dicho que tuviera inteligencia para tramar todo eso —replicó la señora Hubbard.

Poirot no contestó, limitándose a fruncir el entrecejo mientras la señora Hubbard continuaba:

—¡De modo que todo ha sido agua de borrajas! Le ruego me disculpe, *monsieur* Poirot, por haberle hecho perder el tiempo en un asunto tan trivial. De todas formas: «Todo está bien, si acaba bien».

—No, no. —Poirot sacudió la cabeza—. No creo que hayamos terminado todavía.

—Hemos aclarado lo más trivial, pero hay cosas que todavía no tienen explicación y yo tengo la impresión de que aquí hay algo serio… realmente serio.

El rostro de la señora Hubbard volvió a ensombrecerse.

—Oh, señor Poirot, ¿lo cree usted de veras?

—Ésa es mi impresión… Me pregunto, madame, si podría hablar con la señorita Patricia Lane. Me gustaría examinar el anillo que le fue robado.

—Desde luego, señor Poirot. Iré abajo y se la enviaré. Quiero hablar con Len Bateson de cierto asunto.

Patricia Lane acudió poco después con actitud interrogante.

—Siento molestarla, señorita Lane.

—Oh, no tiene importancia. No estaba ocupada. La señora Hubbard me dijo que deseaba usted ver de cerca mi sortija.

Y quitándosela de su dedo se la entregó.

—Es un brillante bastante grande, pero desde luego la montura es anticuada. Fue el anillo de prometida de mi madre.

Poirot, que lo estaba examinando, asintió.

—¿Vive aún su madre?

—No. Mis padres murieron.

—¡Qué pena!

—Sí. Los dos eran muy buenos, pero no sé por qué nunca estuve lo unida a ellos que debiera. Una lamenta después estas cosas. Mi padre hubiera deseado una hija hermosa y frívola, a la que le gustaran los trajes y las fiestas de sociedad. Tuvo una gran decepción cuando yo decidí estudiar arqueología.

—¿Siempre fue usted tan seria?

—Creo que sí. La vida es tan corta que una debe hacer algo que merezca la pena.

Poirot la contempló pensativo. Patricia Lane debía de haber cumplido los treinta, y fuera de un ligero toque de carmín en sus labios, aplicado con descuido, no iba maquillada. Sus cabellos color ratón estaban peinados hacia atrás sin el menor artificio y sus ojos azules y agradables miraban seriamente a través de los cristales.

«No tiene el menor atractivo, *bon Dieu* —se dijo el detective con pesar para sus adentros—. ¡Y sus ropas! ¿Qué es lo que dicen? Como si las hubieran arrastrado por encima de las zarzas. *Ma foi*, eso es a mi parecer lo que expresan exactamente».

Poirot la desaprobaba. El acento bien educado de Patricia le pareció insoportable.

«Es inteligente y culta —se dijo—, y cada año se irá volviendo más cargante. Antiguamente… —Su memoria volvió por un momento a recordar a la condesa Vera Rossakoff—. ¡Qué exótico esplendor tenía… aun en la decadencia! Estas muchachas de hoy en día… Pero eso es porque me estoy haciendo viejo. Incluso esta joven excelente puede parecer una auténtica Venus a algún hombre. Aunque lo dudo».

Patricia estaba diciendo:

—Estoy realmente sorprendida por lo que le ha ocurrido a Bess… a la señorita Johnston. El haber utilizado tinta verde parece un intento deliberado de culpar a Nigel, pero le aseguro, señor Poirot, que Nigel no haría nunca una cosa así tan abominable.

—Ah —Poirot la miró con más interés. Había enrojecido y parecía hablar con vehemencia.

—No es fácil comprender a Nigel —decía con el mismo interés —. Ha tenido una niñez muy difícil.

—¡*Mon Dieu*, otra más!

—¿Cómo dice?

—Nada. Decía usted…

—Que Nigel ha tenido dificultades, y siempre tuvo la tendencia a rebelarse contra cualquier autoridad. Es muy inteligente… de una mentalidad brillante, pero debo admitir que algunas veces su comportamiento no resulta acertado. Es despectivo… ¿comprende? Y demasiado rencoroso para explicarse o defenderse. Aunque todos

los de esta casa pensásemos que él vertió la tinta, no lo negaría, limitándose a decir: «Que piensen lo que quieran». Y esa actitud es una tontería.

—Desde luego puede ser mal interpretada.

—Creo que es una especie de orgullo, ya que siempre ha sido un incomprendido.

—¿Hace muchos años que le conoce?

—No, sólo hará cosa de un año. Nos conocimos en un viaje por los castillos del Loira. Cogió una gripe que degeneró en pulmonía y yo fui su enfermera durante toda la enfermedad. Es muy delicado, y no cuida lo más mínimo su salud. En ciertos aspectos, a pesar de ser tan independiente, necesita que le cuiden como a un chiquillo. En realidad necesita alguien que se encargue de él.

Poirot suspiró. De pronto se sintió muy cansado del amor… Primero Celia con sus miradas de adoración. Y ahora allí estaba Patricia con la vehemencia de una *madonna*. Admitía que debía haber amor y que la juventud tiene que conocerse y aparejarse, pero él, Poirot, había pasado ya aquella fase, a Dios gracias. Se puso en pie.

—¿Me permite que retenga su anillo, señorita? Se lo devolveré mañana sin falta.

—Desde luego, si es ése su deseo —repuso Patricia bastante sorprendida.

—Es usted muy amable. Y por favor, mademoiselle, tenga cuidado.

—¿Cuidado? ¿Cuidado por qué?

—Ojalá lo supiera —repuso Hercules Poirot.

Capítulo VI

El día siguiente resultó exasperante para la señora Hubbard en todos los aspectos, a pesar de haberse despertado con una considerable sensación de alivio. La duda inquietante de los últimos acontecimientos había sido aclarada por fin, siendo la responsable una jovencita tonta que quiso comportarse según el estilo moderno (que la señora Hubbard no soportaba), y de ahora en adelante volvería a reinar el orden.

Cuando bajaba a desayunar llena de esta seguridad reconfortante, la señora Hubbard vio amenazada su reciente paz. Los estudiantes escogieron aquella mañana para mostrarse especialmente cargantes, cada uno a su manera.

El señor Chandra Lal, que se había enterado del sabotaje de los apuntes de Elizabeth, estaba muy excitado.

—Es la opresión —exclamó—. La opresión deliberada de las razas nativas. Reserva y prejuicios, prejuicios raciales. Aquí tenemos un ejemplo clarísimo.

—Vamos, señor Chandra Lal —replicó la señora Hubbard tajantemente—. No tiene usted derecho, a decir eso. Nadie sabe quién lo hizo ni por qué.

—Oh, pero, señora Hubbard, creí que Celia había ido a verla para confesarlo todo —dijo Jean Tomlinson—. Yo lo consideré magnífico por su parte, y debemos ser todos muy amables con ella.

—¿Es que tienes que ser siempre tan cobista, Jean? —preguntó Valerie Hobhouse enfadada.

—Creo que no haces bien en decir eso.

—Vamos —intervino Nigel estremeciéndose—. ¡Qué término tan revolucionario!

—No veo por qué. El grupo de Oxford lo emplea y…

—¡Oh!, por amor de Dios, ¿es que hemos de oír hablar del grupo de Oxford hasta en la hora del desayuno?

—¿Qué ocurre, Ma? ¿Dice que fue Celia la que tomó esas cosas? ¿Es por eso que no baja a desayunar?

—Por favor, yo no comprendo absolutamente nada —dijo Akibombo.

Y nadie se lo aclaró, puesto que todos estaban demasiado ocupados en hacer sus propias preguntas y comentarios.

—Pobrecilla —continuó Len Bateson—. ¿Es que andaba algo apurada de dinero?

—¿Sabe? A mí no me sorprende mucho —dijo Sally despacio—. Siempre tuve la impresión…

—¿Te atreves a decir que fue Celia la que vertió tinta en mis apuntes? —Elizabeth Johnston le miraba con asombro—. Me parece absurdo e increíble.

—Celia no manchó de tinta sus trabajos, señor —intervino la señora Hubbard—. Y quisiera que dejaran de discutir sobre esto. Mi intención era explicárselo todo tranquilamente más tarde, pero…

—Pero Jean estaba escuchando. Por casualidad iba a…

—Vamos, Bess —exclamó Nigel—. Tú sabes muy bien quién volcó el tintero. Yo, el malo de Nigel, cogí mi tinta verde y la vertí sobre los apuntes.

—No es cierto. ¡Está mintiendo! ¡Oh, Nigel! ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

—Trato de ser noble y protegerte, Pat. ¿Quién cogió mi tinta ayer mañana? Fuiste tú.

—Por favor, no entiendo nada —asintió Akibombo.

—Ni quieras entenderlo —le dijo Sally—. Yo en tu lugar no me metería en eso.

Chandra Lal se puso en pie.

—¿No pregunta usted por qué existen los Mau Mau, o por qué Egipto se ha ofendido por lo del Canal de Suez?

—¡Al diablo! —estalló Nigel, dejando violentamente su taza encima del plato—. Primero el grupo de Oxford, y ahora política. ¡A la hora del desayuno! ¡Me marcho!

Y apartando su silla con energía abandonó la estancia.

—Sopla un viento muy frío. Ponte el abrigo —le gritó Patricia

corriendo tras él.

—Cock, cock, cock —le remedó Valerie, burlona—. No tardará en echar plumas.

Geneviéve, la joven francesa, cuyo inglés no era todavía lo bastante bueno como para comprender las frases rápidas, había estado escuchando las explicaciones que musitaba a su oído su amigo René, y ahora empezó a hablar en francés a toda prisa mientras su voz se iba elevando de tono.

—¿*Comment donc*? ¿*C'est cette petite qui m'a volé mon compact*? ¡*Ah, par exemple*! *J'irais a la police. Je ne supporterais pas une pareille*…

Colin Macnabb, que llevaba algún tiempo intentando hacerse oír sin conseguirlo, abandonó su actitud comedida y descargando el puño con fuerza sobre la mesa impuso silencio a todos. El tarro de mermelada cayó al suelo y se hizo añicos.

—Callaos todos y dejadme hablar. ¡Nunca vi tanta ignorancia y falta de caridad! ¿Es que ninguno de vosotros tiene la menor noción de psicología? Os aseguro que esa chica no tiene la culpa. Ha sufrido una serie de crisis emocionales y necesita ser tratada con la mayor simpatía y cuidado… o de lo contrario puede quedar perjudicada para toda la vida. Os lo advierto… lo que ella necesita es mucha comprensión.

—Pero al fin y al cabo —replicó Jean con voz clara—, aunque estoy de acuerdo contigo en lo de ser amable con ella no podemos olvidar ciertas cosas, ¿no te parece? Me refiero a los robos.

—Robos —repitió Colin—. ¡Si eso no fue robar! ¡Bah! Me ponéis fuera de mí…

—Es un caso interesante, ¿verdad, Colin? —dijo Valerie con una sonrisa.

—Para quien le interesan los procesos mentales, sí.

—Claro que a mí no me quitó nada… —empezó a decir Jean—, pero creo que…

—No, a ti no te quitó nada —replicó Colin volviéndose hacia ella con el entrecejo fruncido—. Y si tuvieras la más ligera idea de lo que eso significa, no estarías tan satisfecha.

—La verdad, no comprendo…

—Oh, vamos, Jean —intervino Len Bateson—. Dejémonos de

discusiones. Voy a llegar tarde y tú también. Anda, vente conmigo.

—Decidle a Celia que se anime —dijo él por encima del hombro.

—Yo quisiera hacer una protesta formal —dijo Chandra Lal—. Me quitaron el ácido bórico que tan necesario es para mis ojos fatigados por el estudio.

—Usted también va a llegar tarde, señor Chandra Lal —le dijo la señora Hubbard con decisión.

—Mi profesor no suele ser muy puntual —repuso Chandra Lal dirigiéndose, no obstante, hacia la puerta—. Y también se muestra irritado y poco razonable cuando le hago preguntas inquisidoras.

—*Mais il faut qu'elle me la rende, cette compacte* —dijo Geneviéve.

—Tienes que hablar inglés, Geneviéve… nunca aprenderás si vuelves al francés cada vez que te excitas. La cena del domingo entra en la presente semana y todavía no me la has pagado.

—¡Ah!, ahora no tengo aquí el bolso. Esta noche… *Viens*, René, *nous serons en retard*.

—Por favor —dijo Akibombo mirando a su alrededor con aire suplicante—. No entiendo nada.

—Vamos, Akibombo —le dijo Sally—. Yo te contaré todo lo que ocurre camino del Instituto.

Y tras dirigir una mirada de aliento a la señora Hubbard arrastró a Akibombo fuera de la habitación.

—Dios mío —exclamó la señora Hubbard suspirando profundamente—. ¿Por qué aceptaría este empleo?

Valerie, que era la única que quedaba, le sonrió con afecto.

—No se preocupe, Ma —le dijo—. ¡Lo bueno es que se haya descubierto todo! Todo el mundo empezaba a ponerse nervioso.

—Debo confesar que me ha sorprendido.

—¿El que haya sido Celia?

—Sí. ¿A usted no?

Valerie repuso con expresión ausente:

—En realidad debiera haberlo supuesto.

—¿Es que lo imaginaba?

—Pues una o dos cosas me hicieron cavilar. De todas formas ahora tiene situado a Colin en el lugar que ella quería.

—Sí, pero no puedo dejar de pensar que hizo mal.

—No puede conquistarse a un hombre con un revólver —rió

Valerie—. Pero fingirse cleptómana, ¿no es un buen truco? No se preocupe, Ma. Y, por amor de Dios, que Celia devuelva los polvos compactos a Geneviéve, o de otro modo no volveremos a tener paz durante las comidas.

La señora Hubbard exhaló un profundo suspiro.

—Nigel ha roto su plato y el tarro de mermelada.

—Vaya una mañana infernal, ¿verdad? —dijo Valerie antes de salir, y la señora Hubbard la oyó decir alegremente en el recibidor:

—Buenos días, Celia. No hay moros en la costa. Todos lo saben y todo se olvidará… por orden de la pía Jean. Y en cuanto a Colin, ha estado rugiendo como un león para defenderte.

Celia entró en el comedor con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Buenos días, señora Hubbard.

—Baja usted muy tarde, Celia. Buenos días. El café está frío y no le han dejado mucho que comer.

—No quise encontrarme con los demás.

—Eso me figuré, pero ha de verles pronto o tarde.

—Oh, sí. Lo sé. Pero pensé que sería más fácil… por la noche. Y desde luego no puedo quedarme aquí. Me marcharé a fines de semana.

La señora Hubbard frunció el ceño.

—No creo que sea necesario. Debe esperar que estén un tanto molestos… es natural… pero en conjunto son todos generosos y saben perdonar. Claro que tendrá que reparar cuanto antes lo hecho.

Celia la interrumpió, apremiante:

—Oh, sí. Aquí tengo mi talonario de cheques. Es una de las cosas que quería decirle. —Y le mostró un sobre que llevaba en la mano y que contenía el talonario—. Le había puesto unas letras por si no la encontraba al bajar para decirle cuánto lo sentía, y mi intención era llenar un cheque para que usted lo arreglara todo, pero mi pluma no tenía tinta.

—Tendremos que hacer una lista.

—La hice ya… hasta donde es posible. Pero no sé si comprar las cosas o darles el dinero.

—Lo pensaré. Es difícil decidirlo así de pronto.

—Oh, pero déjeme que le entregue un cheque ahora. Me sentiré

mucho mejor.

Estaba a punto de responder: «¿De veras? ¿Y por qué va a sentirse mejor?», mas la señora Hubbard reflexionó que lo mejor era resolverlo por aquel medio, puesto que los estudiantes andaban siempre cortos de dinero. Y así también se aplacaría Geneviéve, quien de otro modo podría traer complicaciones con la señora Nicoletis. (Y ya tenían bastante tal como estaban las cosas).

—Muy bien —dijo repasando la lista de objetos—. Es un trabajo bastante difícil calcular exactamente lo que costará.

Celia replicó:

—Le daré un cheque por la cantidad aproximada que usted diga, y luego me devuelve lo que sobre, o yo añadiré lo que haga falta.

—Muy bien. —La señora Hubbard mencionó una cifra que ella consideró daría amplio margen a los gastos y Celia no puso el menor reparo, disponiéndose a abrir el talonario de cheques.

—¡Oh! mi pluma está vacía. —Se acercó a los estantes donde había algunos objetos pertenecientes a los estudiantes—. ¡Aquí no hay más tinta que la de Nigel! Esa horrible tinta verde. ¡Oh!, la utilizaré. A Nigel no le importará. Tengo que acordarme de comprar una botella hoy cuando salga.

Y una vez hubo llenado su pluma volvió para firmar el cheque, y al entregárselo a la señora Hubbard miró su reloj de pulsera.

—Llegaré tarde. Será mejor que no me entretenga desayunando.

—Debe tomar algo, Celia… aunque sólo sea un poco de pan con mantequilla… no es bueno salir con el estómago vacío. Sí, ¿qué ocurre?

Geronimo, el criado italiano, había entrado en el comedor haciendo extraños gestos con sus manos mientras su rostro adquiría una expresión muy cómica.

—La patrona acaba de llegar y desea verla. —Y agregó con un gesto final—: Está furiosa.

—Enseguida voy.

La señora Nicoletis se paseaba muy nerviosa de un lado a otro de su habitación.

La señora Hubbard salió de la estancia en tanto que Celia se apresuraba a cortar un pedazo de pan.

—¿Qué es lo que he oído? —exclamó—. ¿Que ha avisado usted

a la policía… sin decirme palabra? ¿Quién se ha creído que es? ¡Cielos! ¿Quién se ha creído que es?

—Yo no he avisado a la policía.

—Miente.

—Vamos, señora Nicoletis, no puede hablarme así.

—¡Oh, no! ¡Por supuesto que no! Soy yo la que está equivocada, usted no. Siempre soy yo. Todo lo que usted hace es perfecto. La policía en mi casa, tan respetable…

—No sería la primera vez —dijo la señora Hubbard recordando algunos incidentes desagradables—. Recuerde aquel estudiante antillano a quien buscaban por vivir a expensas de una mujer, y el joven agitador que se alojó aquí con nombre falso… y…

—¡Ah! ¿Es que me lo va a echar en cara? ¿Es culpa mía que la gente mienta y falsifique sus documentos y que la policía requiera nuestra ayuda en los casos de asesinato? ¡Y encima me lo reprocha usted, con lo que yo he sufrido!

—Nada de eso, sólo le hago ver que no sería precisamente una novedad que nos visitase la policía. Pero el caso es que nadie «ha avisado a la policía». Dio la casualidad de que un detective particular de gran renombre cenó aquí anoche invitado por mí y dio una charla sobre criminología a los estudiantes.

—¡Como si hubiera alguna necesidad de hablar de criminología a nuestros estudiantes! Ellos ya saben bastante. ¡Lo suficiente para robar, destruir y sabotear! ¡Y nadie ha hecho nada aún nada!

—Yo sí he hecho algo.

—Si, ha contado a ese amigo suyo todos nuestros problemas íntimos. Eso es un abuso de confianza y lo considero intolerable.

—Nada de eso. Yo soy la responsable de lo que ocurre en esta casa, y celebro comunicarle que el asunto está ya aclarado. Una de nuestras estudiantes ha confesado y ella ha sido la causante de la mayoría de lo ocurrido.

—¡Valiente sinvergüenza! —dijo la señorita Nicoletis—. Échela a la calle.

—Está dispuesta a marcharse por su propia voluntad y a repararlo todo.

—¿Y de qué servirá? Mi hermosa Residencia para Estudiantes tendrá mala fama, y nadie vendrá aquí. —La señorita Nicoletis se

sentó en el sofá, deshecha en lágrimas—. Nadie se preocupa de mis sentimientos —sollozó—. ¡Es abominable el modo como me tratan! ¡Nadie me hace caso! ¡Siempre me dejan de lado! Si me muriera mañana, ¿a quién le importaría?

La señorita Hubbard, dejando la pregunta sin respuesta, salió de la habitación.

—Dios me dé paciencia —se dijo para sus adentros dirigiéndose hacia la cocina para interrogar a María.

Ésta se mostró adusta y poco comunicativa. La palabra «policía» flotaba en el ambiente sin que la pronunciara nadie.

—Es a mí a quien acusarán. A mí y a Geronimo… el *povero*. ¿Qué justicia puede una esperar en un país extranjero? No, no pude preparar el *risotto* como usted quería —dijo contenta, con aire inteligente— enviaron otra clase de arroz. En vez de eso haré *spaghetti*.

—Ya lo tomamos anoche.

—No importa. En mi país lo tomamos cada día. La pasta es buena siempre.

—Sí, pero ahora está en Inglaterra.

—Muy bien, haré estofado. Estofado inglés. No le gustará, pero se lo haré… pálido… pálido… con las cebollas hervidas con demasiada agua en vez de guisadas con aceite… y huesos recubiertos de carne pálida…

María habló en tono tan amenazador que la señora Hubbard creyó estar oyéndola relatar un crimen.

—¡Oh!, haga lo que quiera —le dijo antes de salir de la cocina.

A las seis de la tarde la señora Hubbard volvió a recuperar la seguridad en sí misma. Había dejado una nota en todas las habitaciones de los estudiantes pidiéndoles que fueran a verla antes de cenar, y cuando se presentaron les explicó lo que Celia le había rogado, que ella lo arreglara todo, y le pareció que reaccionaron favorablemente. Incluso Geneviéve, aplacada por el generoso valor que daban a sus polvos compactos, dijo contenta con aire inteligente:

—Ya se sabe que a veces se pasan crisis nerviosas. Celia es rica y no necesita robar. No, no debe estar bien de la cabeza. En eso tiene razón el señor Macnabb.

Len Bateson se llevó aparte a la señora Hubbard cuando ella bajaba al oír la llamada para la cena.

—Esperaré a Celia en el recibidor para acompañarla a la mesa —dijo—. Así le resultará menos violento.

—Es usted muy amable, Len.

—No tiene importancia, Ma.

A su debido tiempo, mientras se estaba sirviendo la sopa, se oyó la voz de Len que decía en el recibidor:

—Vamos, Celia. Todos los amigos están aquí.

Nigel musitó, dirigiéndose a su plato de sopa:

—¡Hoy ya ha hecho su buena obra! —Pero aparte de esto dominó su lengua y alzó la mano para saludar a Celia cuando entró Len, que había pasado el brazo por encima de sus hombros.

Se inició una conversación general que versó sobre varios tópicos y todos procuraron incluir a Celia. Como era inevitable, esta manifestación de buena voluntad terminó en un silencio violento, y fue entonces cuando Akibombo, volviéndose hacia Celia con el rostro resplandeciente e inclinándose sobre la mesa, dijo:

—Me han explicado todo lo que no comprendía. Es usted muy lista robando cosas. Nadie la ha descubierto durante tanto tiempo. Es muy lista, muy lista.

En este momento Sally Finch exclamó conteniendo la respiración:

—Akibombo, tú serás mi muerte —y le dio tal ataque de risa que tuvo que salir al recibidor. Las risas resonaron de un modo espontáneo y natural.

Colin Macnabb llegó más tarde. Parecía reservado e incluso menos comunicativo que de costumbre. Al término de la cena se puso en pie, diciendo entre dientes:

—Tengo que salir esta noche. Pero primero quiero decirles a todos que Celia y yo… esperamos casarnos el año próximo, cuando haya terminado mi carrera.

Y convertido en la imagen misma del rubor y la vergüenza recibió las felicitaciones y bromas de sus amigos, logrando escapar al fin completamente aturdido. Celia, al otro lado de la mesa, permanecía ruborizada, pero tranquila.

—Otro buen chico que se pasa al otro bando —suspiró Len

Bateson.

—¡Cuánto me alegro Celia! —dijo Patricia—. Espero que seas muy feliz.

—Ahora todo es perfecto —dijo Nigel—. Mañana traeremos *chianti* para beber a su salud. ¿Por qué está tan seria nuestra querida Jean? ¿Es que no apruebas el matrimonio, Jean?

—Claro que sí, Nigel.

—Siempre he pensado que era mucho mejor que el amor libre, ¿no te parece? Sobre todo para los niños; así sus pasaportes tienen mejor aspecto.

—Pero la madre no debe ser demasiado joven —dijo Geneviéve —. Lo dijeron una vez en la clase de filosofía.

—Vamos, querida —dijo Nigel—. No querrás insinuar que Celia sea menor de edad ni nada por el estilo, ¿verdad? Es libre, blanca y tiene ya cumplidos veintiún años.

—Eso —intervino Chandra Lal— es un comentario ofensivo.

—No, no, señor Chandra Lal. Es sólo una especie de… frase hecha. No significa nada.

—No lo comprendo —dijo Akibombo—. Si una cosa no significa nada, ¿por qué decirla?

Elizabeth Johnston exclamó de pronto, alzando un poco la voz:

—A veces se dicen cosas que no parecen tener ningún significado, pero lo tienen y mucho. No, no me refiero a su cita americana. Estoy hablando de otra cosa —miró un instante alrededor de la mesa. Me refiero a lo que ocurrió ayer.

Valerie preguntó en tono seco:

—¿Qué es ello, Bess?

—¡Oh!, por favor —intervino Celia—. Yo creo… muy de veras… que mañana se habrá aclarado todo. De verdad. Lo de la tinta en tus apuntes y la destrucción de la mochila. Y si… si esa persona confiesa, como yo he hecho, entonces todo quedará aclarado.

Habló con calor, enrojeciendo, y un par de rostros se volvieron hacia ella, mirándola con curiosidad.

Valerie lanzó una carcajada breve.

—Y todos viviremos felices hasta el fin de nuestras vidas.

Luego se levantaron para pasar al salón, y hubo cierta competencia para servir el café a Celia. Conectaron la radio y

algunos estudiantes se marcharon para acudir a alguna cita o a trabajar, y al fin todos los inquilinos de los números veinticuatro y veintiséis de la calle de Hickory se acostaron.

Había sido un día largo y agotador, reflexionó la señora Hubbard mientras se introducía entre las sábanas con un suspiro de alivio.

—Pero, a Dios gracias —dijo para sus adentros—, ahora ya ha terminado.

Capítulo VII

La señorita Lemon rara vez llegaba tarde, por no decir que nunca. La niebla, las tormentas, las epidemias de gripe, interrupciones en los transportes… ninguna de esas cosas parecían afectar a aquella notable mujer. Pero aquella mañana la señorita Lemon llegó sin aliento a las diez y cinco en vez de hacerlo a la primera campanada de esta hora, deshaciéndose, en disculpas y muy contrariada.

—Lo siento muchísimo, *monsieur* Poirot… no sabe cuánto lo lamento. Iba a salir del piso cuando me telefoneó mi hermana.

—Ah, supongo que estará bien de salud y mucho más animada, ¿no?

—Pues, con franqueza, no. —Poirot la miró intrigado—. En realidad está muy afligida. Una de las estudiantes se ha suicidado.

Poirot se la quedó mirando de hito en hito en tanto que murmuraba algo entre dientes.

—¿Cómo dice, señor Poirot?

—¿Cuál es el nombre de esa estudiante?

—Celia Austin.

—¿Cómo?

—Creen que tomó morfina.

—¿Pudo ser un accidente?

—Oh, no. Al parecer dejó una nota.

Poirot dijo en voz baja:

—No era esto lo que yo esperaba, no era eso… y no obstante, es cierto que esperaba que ocurriese algo.

Al alzar los ojos, encontró a la señorita Lemon con el bloc y el lápiz en la mano, y suspirando le dijo:

—No, esta mañana despachará usted sola el correo. Archívelo y

conteste a lo que pueda. Yo voy a ir a la calle Hickory.

Geronimo abrió la puerta a Poirot, y al reconocerle como el invitado de dos noches atrás, empezó a hablarle en un susurro como de conspirador.

—Ah, *signor*, es usted. Tenemos buen jaleo… de los gordos. La *signorina* fue encontrada muerta esta mañana en su cama. Primero vino el doctor y meneó la cabeza. Luego un inspector de policía que está arriba con la *signorina* y la patrona. ¿Por qué habría de querer matarse, la *poverina*? Si anoche estaba tan contenta y acababa de anunciar su compromiso…

—¿Compromiso?

—Sí, sí. Con el señorito Colin… ya sabe… el alto moreno, que siempre fuma en pipa.

—Ya sé.

Geronimo abrió la puerta del salón e introdujo en él a Poirot redoblando su aire de conspirador.

—Espere aquí. Cuando se marche la policía le diré a la *signora* que está aquí. ¿Le parece bien?

Poirot respondió que sí y Geronimo fue a anunciarle. Una vez solo, el detective, que no tenía escrúpulos, hizo un examen de la estancia y dedicó una atención especial a todo lo que pertenecía a los estudiantes, obteniendo un mediano resultado, ya que éstos guardaban casi todas sus cosas y papeles en los dormitorios.

Arriba, la señora Hubbard se hallaba sentada ante el inspector Sharpe, quien la interrogaba con voz suave. Era un hombretón corpulento de modales amables, cuando quería.

—Es muy desagradable y penoso para usted, me hago cargo —decía con aire consolador—. Pero comprenda que tendrá que abrirse una investigación, como ya le ha dicho el doctor Coles, para poner las cosas en claro. Ahora bien, ¿dice usted que esa joven estaba triste y destemplada últimamente?

—Sí.

—¿Asuntos amorosos?

—Exactamente, no —vacilaba al contestar la señora Hubbard.

—Será mejor que me lo cuente todo —le dijo el inspector Sharpe con aire persuasivo—. ¿Existía alguna razón o ella lo creyó así, para quitarse la vida? ¿Cabe la posibilidad de que la hubiera engañado

algún hombre?

—No se trata de eso. Si he vacilado, inspector Sharpe, ha sido sencillamente porque esa joven había hecho algunas tonterías y yo esperaba que no fuera necesario sacarlas a relucir.

El inspector Sharpe carraspeó.

—Nosotros sabemos obrar con discreción, y el forense es un hombre de gran experiencia, pero tenemos que saberlo todo.

—Sí —claro. He sido una tonta. Lo cierto es que durante algún tiempo, estos últimos tres meses o más, han ido desapareciendo cosas… pequeñas cosas… nada realmente importante.

—¿Chucherías, quiere usted decir, ropa interior, medias de nylon y demás? ¿Dinero también?

—No, dinero, no, que yo sepa.

Ah. ¿Y esa joven era la responsable?

—Sí.

—¿La sorprendieron?

—No. La noche antepasada… pues… vino a cenar un amigo mío. El señor Hercules Poirot… no sé si le conocerá de nombre.

El inspector Sharpe alzó los ojos de su cuaderno de notas, puesto que sí le conocía.

—¿*Monsieur* Hercules Poirot? —dijo—. ¿Sí? Eso es muy interesante.

—Nos dio una breve charla después de cenar y surgió el tema de esos pequeños hurtos y, ante todo, me aconsejó que acudiera a la policía.

—¿Eso dijo?

—Poco después, Celia subió a mi habitación y confesó. Estaba muy afligida.

—¿Se habló de castigarla?

—No. Iba a indemnizarles por las pérdidas, y todos se avinieron de buen grado.

—¿Es que andaba apurada de dinero?

—No. Tenía un empleo bien retribuido en el Dispensario del Hospital de Santa Catalina y algún dinero suyo, según creo. Estaba en mejores condiciones que la mayoría de nuestros estudiantes.

—De modo que no tenía necesidad de robar… pero lo hizo —resumió el inspector, tomando nota.

—Supongo que sería cleptómana —dijo la señora Hubbard.

—Así es como suele llamarse. Yo me refiero únicamente a las personas que no necesitan apoderarse de las cosas, pero las roban.

—Me preguntó si no será usted un poco injusto con ella. Comprenda, había un joven…

—¿Y la despreció?

—¡Oh, no! Todo lo contrario. Habló calurosamente en su defensa y, a decir verdad, anoche, después de la cena, nos anunció que se habían prometido.

El inspector Sharpe alzó las cejas con sorpresa.

—¿Y luego se acuesta y se toma la morfina? Parece bastante extraño, ¿no?

—Lo es. No puedo comprenderlo. —La señora Hubbard arrugó el rostro con pesar.

—Y no obstante los hechos son bastante claros.

Sharpe cogió el pedazo de papel que había sobre la mesa cuidadosamente doblado. «Querida señora Hubbard» —leyó—; «realmente lo siento mucho, pero esto es lo mejor que puedo hacer».

—No hay firma, ¿pero no tiene usted la menor duda de que es su letra?

—No.

La señora Hubbard habló con cierta vacilación y frunció el ceño al mirar aquel pedazo de papel cortado de cualquier manera. ¿Por qué tendría la sensación de que había algo raro en él?

—Hay una huella dactilar que desde luego es suya —dijo el inspector—. La morfina, estaba en una botella con la etiqueta del Hospital de Santa Catalina y usted me dice que ella trabajaba en el Dispensario de ese Hospital. Seguramente tendría acceso al armario de las drogas y allí es donde debió cogerla. Debió traerla ayer con la intención de suicidarse.

—No puedo creerlo. No sé por qué no me parece natural. Anoche estaba contenta.

—Entonces hemos de suponer que experimentó una reacción al ir a acostarse. Tal vez haya algo más en su pasado de lo que usted sabe, y temiese que saliera a relucir. Usted cree que estaba muy enamorada de ese muchacho… A propósito, ¿cómo se llama?

—Colin Macnabb. Está haciendo un cursillo de psicología en Santa Catalina, para doctorarse.

—¿Un médico? ¡Hum! ¿Y en el Hospital de Santa Catalina?

—Celia estaba muy enamorada de él, más que él de ella, creo yo. Es un muchacho muy reconcentrado.

—Entonces posiblemente sea ésta la explicación. Ella no se creyó digna de él, o debió ocultarle algo de su vida. Era bastante joven, ¿verdad?

—Veintitrés años.

—A esa edad se es idealista y se toman muy en serio los asuntos del corazón. Sí, me temo que fuera eso. ¡Qué lástima! —se puso en pie.

—Los hechos tendrán que ser puestos en claro, pero haremos cuanto podamos para limar asperezas. Gracias, señora Hubbard. Ahora tengo toda la información que precisaba. La madre de la muchacha falleció hace dos años y su única pariente es una anciana tía que vive en Yorkshire. Nos pondremos en contacto con ella.

Y recogió el fragmento de papel escrito por Celia.

—Hay algo raro en esto —dijo la señora Hubbard de pronto.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—No lo sé… pero siento que debiera saberlo —la señora Hubbard se llevó las manos a los ojos—. Me siento tan estúpida esta mañana —dijo a modo de disculpa.

—Ha sido una dura prueba para usted, lo comprendo —dijo el inspector con simpatía—. No creo que necesitemos molestarla más con ninguna otra pregunta por el momento, señora Hubbard.

Cuando el inspector Sharpe abrió la puerta, tropezó con Geronimo, que estaba apoyado al otro lado.

—¡Hola! —exclamó el inspector Sharpe divertido—. ¿Escuchando detrás de las puertas, eh?

—No, no —replicó Geronimo con aire de virtuosa indignación—. ¡Yo no escucho nunca… nunca! Venía a traer un recado.

—Ya. ¿Qué recado?

—Pues que abajo hay un caballero que desea ver a la *signora* Hubbard —repuso Geronimo muy serio.

—Muy bien. Pase, hijo, y dígaselo.

Y se hizo a un lado para dejar paso a Geronimo y continuó

andando por el pasillo, pero luego, dando media vuelta, regresó de puntillas a tiempo de averiguar si el criado había dicho la verdad.

—El caballero que vino a cenar la otra noche —decía Geronimo —, el de los bigotes, está abajo y quiere verla.

—¿Eh? ¿Qué? —la señora Hubbard pareció salir de su abstracción—. Oh, muchas gracias, Geronimo. Bajaré enseguida.

—Un caballero con bigote, ¿eh? —dijo Sharpe para sus adentros con una sonrisa—. Apuesto a que sé quién es.

Y bajó la escalera, penetrando en el salón.

—Hola, *monsieur* Poirot —saludó—. Hace muchísimo tiempo que no nos veíamos.

Poirot, que estaba de rodillas, se incorporó sin la menor violencia después de examinar el último estante del mueble situado junto a la chimenea.

—¡Ajá! —exclamó—. Pero vaya… si es el inspector Sharpe… Antes no estaba usted en este distrito…

—Me trasladaron hace dos años. ¿Recuerda el asunto de Crays Hill?

—Ah, sí. Pero de eso ha pasado mucho tiempo, y usted sigue siendo un hombre joven, inspector.

—Vamos tirando, vamos tirando.

—Yo soy ya un viejo. ¡Cielos! —suspiró Poirot.

—Pero todavía activo, ¿verdad, *monsieur* Poirot? Activo en ciertos aspectos, podríamos decir.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que me gustaría saber por qué vino usted a cenar la otra noche para dar una charla a los estudiantes sobre criminología.

Poirot sonrió.

—Pero si la explicación es bien sencilla. La señora Hubbard es hermana de mi valiosa secretaria, la señorita Lemon. De modo que cuando me pidió…

—Cuando le pidió que echara un vistazo a lo que estaba ocurriendo aquí, usted se apresuró a venir. Eso es lo que pasó, ¿no es así?

—Ha acertado usted.

—Pero ¿por qué? Eso es lo que deseo saber. ¿Qué es lo que

había aquí para usted?

—¿Quiere decir… que pudiera interesarme?

—Eso es a lo que me refiero. Aquí había una jovencita estúpida que había estado robando algunos objetos sin importancia. Hechos que suceden todos los días. Y me parece poca cosa para usted, *monsieur* Poirot ¿verdad?

Poirot meneó la cabeza.

—No es tan sencillo como parece.

—¿Por qué no? ¿Acaso hay algo más?

El detective tomó asiento y con el ceño fruncido fue sacudiendo el polvo de sus pantalones.

—Ojalá lo supiera —fue su sencilla respuesta.

Sharpe frunció el entrecejo.

—No comprendo —dijo.

—Ni yo tampoco. Las cosas que fueron robadas… —meneó la cabeza— no tienen relación alguna… carece de sentido. Es como encontrar una pista de huellas en las que todas fueran de distinto pie. Está, y muy clara, la de quien usted ha llamado jovencita estúpida… pero hay más. Han ocurrido otras cosas que alguien ha querido incluir en el haber de Celia Austin… pero que no cuadran con ella. Eran tonterías aparentemente sin fin determinado, pero también existen pruebas de malicia, y Celia no era maliciosa.

—¿Era cleptómana?

—Lo dudo mucho.

—¿Entonces, simplemente una ladronzuela vulgar?

—No en el sentido que usted quiere darle. En mi opinión, todos sus hurtos de objetos insignificantes tuvieron como objeto el atraer la atención de, cierto joven.

—¿Colin Macnabb?

—Sí. Estaba terriblemente enamorada de Colin Macnabb, y Colin no se fijaba en ella; y en vez de mostrarse bonita, atrayente y comportarse como es debido, se dispuso a convertirse en un interesante caso criminal. El resultado fue un éxito, rotundo. Colin Macnabb cayó en el acto en sus redes, ¡y de qué manera!

—Entonces debe ser tonto de remate.

—Nada de eso. Es un psicólogo inteligente.

—¡Oh! —gimió el inspector Sharpe—. ¡Un psicólogo! Ahora lo

comprendo —y una ligera sonrisa apareció en su rostro—. Muy inteligente fue la chica.

—Demasiado.

Y Poirot repitió:

—Sí, demasiado.

El inspector Sharpe se puso en guardia.

—¿Qué quiere decir con eso, *monsieur* Poirot?

—Que me he preguntado… y sigo preguntándome… si la idea no fue sugerida por otra persona.

—¿Por qué razón?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Altruismo? ¿Algún otro motivo? Estamos en la más profunda oscuridad y quisiera poder salir de ella.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo darle ese consejo?

—No… a menos que… pero no.

—Sea como fuere —replicó Sharpe—, no acabo de comprenderlo. Si sólo se fingía cleptómana y tuvo éxito, ¿por qué diablos iba luego a suicidarse?

—La respuesta es que no debiera haberse suicidado.

Los dos hombres se miraron, y Hercules Poirot murmuró:

—¿Está seguro de que se suicidó?

—Está tan claro como la luz del día, *monsieur* Poirot. No hay razón para pensar otra cosa y…

Se abrió la puerta para dar paso a la señora Hubbard, que llegaba ruborizada y triunfante, con la barbilla erguida.

—Ya lo tengo —exclamó satisfecha—. Buenos días, señor Poirot. Ya lo tengo, inspector Sharpe. Se me ha ocurrido de repente el porqué me parecía extraña la nota del suicidio. Quiero decir que no es posible que la hubiera escrito Celia.

—¿Por qué no, señora Hubbard?

—Porque está escrita con tinta azul corriente, y Celia llenó su pluma con tinta verde… de esa botella que está ahí —la señora Hubbard señaló el estante—. Fue ayer por la mañana a la hora del desayuno.

Un inspector Sharpe completamente distinto al que abandonara bruscamente a la señora Hubbard después de su declaración, exclamó en el acto:

—Es bien cierto. Lo he comprobado. La única pluma que había

en la habitación de esa chica y que estaba junto a la cama, está llena de tinta verde. Ahora bien, esa tinta verde… es pues…

La señora Hubbard alzó la botella casi vacía, y luego le puso al corriente de un modo claro y conciso de la escena representada en la mesa del desayuno.

—Estoy segura —concluyó, que ese pedazo de papel fue arrancado de la carta que me escribiera ayer, y que ni siquiera abrí.

—¿Qué hizo usted con ella? ¿Lo recuerda?

La señora Hubbard meneó la cabeza.

—La dejé aquí sola y fui a atender a las cosas de la casa. Creo que ella debió dejarla por allí, y luego se olvidaría de recogerla.

—Y alguien la encontró… la abrió… alguien…

Se interrumpió.

—¿Se da usted cuenta de lo que esto significa? —dijo—. No me ha gustado nunca ese pedazo de papel. Había muchas libretas en su habitación… y era mucho más natural escribir la nota en una de sus hojas. Esto significa que alguien vio la posibilidad de utilizar la frase inicial de la carta dirigida a usted para insinuar algo muy distinto. Para sugerir la idea del suicidio…

Hizo una pausa y luego agregó lentamente:

—Esto significa…

—Que la asesinaron —concluyó Hercules Poirot.

Capítulo VIII

Aunque personalmente despreciaba el té de las cinco por considerarlo un impedimento para poder apreciar la comida suprema del día, o sea, la cena, Poirot empezaba a acostumbrarse a tomarlo.

El insustituible George había sacado en esta ocasión tazas grandes, una tetera con té indio auténtico y cargado, y además de los bollitos cuadrados con mantequilla, pan y mermelada, una gran fuente con un rico pastel de ciruelas.

Todo ello para deleite del inspector Sharpe, se recostó contento en su butaca sorbiendo su taza de té.

—¿No le importa que me haya presentado en su casa de este modo, *monsieur* Poirot? Tengo una hora hasta que empiecen a regresar los estudiantes. Debo interrogarles a todos… y, con franqueza, no es cosa que me atraiga. Usted conoció a algunos de ellos, la otra noche, y me pregunto si podría ayudarme un poco, por lo menos con los extranjeros.

—¿Usted me considera buen juez de los extranjeros? Pero, *mon cher*, no hay ningún belga entre ellos.

—No, belgas no… Oh, ya comprendo lo que quiere decir. Quiere usted decir que es belga, y que por lo tanto las demás nacionalidades le resultan extranjeras como a mí. Pero eso no es del todo cierto. Probablemente usted conocerá mejor que yo los tipos continentales… aunque desconozca a los indios y antillanos, y a los otros de esas latitudes.

—Quien mejor puede ayudarle es la señora Hubbard, que ha vivido varios meses al lado de esos jóvenes y es buena conocedora de la naturaleza humana.

—Sí, es una mujer muy competente, y confío en ella. También

habré de ver a la propietaria de la residencia. Esta mañana no estaba. Tengo entendido que posee varias pensiones, así como diversos clubes para estudiantes. Parece ser que no goza de gran simpatía.

Poirot nada dijo por espacio de unos segundos y luego preguntó:

—¿Ha estado en Santa Catalina?

—Sí. El jefe de la Sección de Farmacia se ha mostrado muy amable y deseoso de cooperar. Le sorprendió y afligió mucho la noticia.

—¿Qué dijo de la chica?

—Había trabajado allí por espacio de un año y todos la apreciaban. La describió como una joven bastante lenta, pero consciente —hizo una pausa y agregó—: la morfina salió de allí.

—¿Sí? Esto es interesante… y algo raro.

—Era tartrato de morfina y se guardaba en el armario de venenos del Dispensario… en el estante superior… entre otras drogas de uso poco frecuente. Desde luego se usa más el Clorhidrato de morfina que el tartrato. Según parece, en esto de las drogas también hay modas, y los médicos la siguen, al recetar, igual que un rebaño de corderos. Él no me lo dijo, pero yo lo pensé. Hay algunas drogas en el estante superior que gozaron de popularidad, pero hoy no se recetan.

—¿De modo que la ausencia de un frasquito conteniendo morfina en polvo no se hubiera notado inmediatamente?

—Eso es. Sólo se hace el inventario de existencias a intervalos regulares, y nadie recuerda que se recetara tartrato de morfina desde hace mucho tiempo. La desaparición de la botella no se hubiera notado hasta que la necesitaran… o hasta que se hiciera el inventario. Las tres encargadas tienen la llave del armario de venenos y del de drogas peligrosas. Los armarios se abren a medida que es necesario, y en los días de mucho trabajo (que prácticamente son todos) se abren a cada momento, y por ello se dejan abiertos hasta el término de la jornada.

—¿Quiénes tienen acceso a él, además de Celia?

—Las otras dos encargadas del Dispensario, pero no tienen relación alguna con la calle Hickory. Una lleva allí cuatro años, y la otra vino unas semanas atrás, de un hospital de Devon. Buenos

informes. Hay también tres farmacéuticas que llevan muchos años en Santa Catalina. Éstas son las personas que tienen acceso normal al armario. Luego está una mujer de edad que friega los suelos, de nueve a diez de la mañana, y que pudo apoderarse de la botella mientras andaban atareadas con los pacientes externos, o arreglando las bandejas de las salas, pero lleva muchos años trabajando en el Hospital y no parece sospechosa. El ayudante que coloca las etiquetas también entra y sale cuando quiere y hubiera podido coger el frasco en cualquier oportunidad… pero ninguna de estas sugerencias resulta probable.

—¿Entra algún extraño en el Dispensario?

—Muchísimos, de una manera u otra. Pasan por el Dispensario para ir a la oficina del jefe de Farmacia, por ejemplo… y los viajantes de laboratorios, para dirigirse a los departamentos de preparación. Y, además, naturalmente, algunos amigos visitan a las encargadas… no es lo más corriente, pero ocurre de vez en cuando.

—Eso ya está mejor. ¿Quién visitó últimamente a Celia Austin?

Sharpe consultó su bloc de notas.

—Una muchacha llamada Patricia Lane fue a verla el martes de la semana pasada. Quería que Celia se reuniera con ella después del trabajo, para ir al cine.

—Patricia Lane —repitió Poirot pensativo.

—Estuvo sólo unos cinco minutos y no se acercó al armario de los venenos, permanecieron junto a los pacientes mientras hablaba con Celia y otra muchacha. También recuerdan a una joven de color… que fue hará un par de semanas… una señorita muy seria, según dicen, que se interesó por el trabajo, estuvo haciendo preguntas y tomando notas. Hablaba inglés a la perfección.

—Esa debe ser Elizabeth Johnston. Conque se interesó, ¿verdad?

—Era una tarde destinada a la clínica Welfare. Mostró interés por conocer la organización de estas cosas y también lo que recetaban en las enfermedades tales como la diarrea infantil y afecciones cutáneas.

Poirot asintió.

—¿Alguien más?

—No, nadie que recuerde.

—¿Los médicos acuden al Dispensario?

Sharpe sonrió.

—Continuamente. Oficial y extraoficialmente. Unas veces para pedir una fórmula particular, o para ver lo que hay en reserva.

—¿Para ver lo que hay en reserva?

—Sí, ya he pensado en eso. Algunas veces piden consejo… acerca de un sustituto para algún preparado que irrita la piel del enfermo o altera su digestión. Otras veces sólo van allí para charlar un rato… en los momentos libres. Muchos de los jóvenes acuden en busca de una aspirina cuando tienen «resaca» y alguna que otra vez a *flirtear* un rato con alguna de las muchachas si se les presenta ocasión. La naturaleza humana es la misma en todas partes. Ya lo sabe usted todo. No hay grandes esperanzas…

Poirot dijo:

—Y si mal no recuerdo, algunos de los estudiantes de los que viven en la calle Hickory tienen también relación con Santa Catalina… un muchachote pelirrojo… Bates… Bateman…

—Leonard Bateson. Sí. Y Colin Macnabb está cursando allí su doctorado. Hay también una joven, Jean Tomlinson, que trabaja en el departamento de fisioterapia.

—¿Y todas esas personas van a menudo al Dispensario?

—Sí, y lo que es más, nadie recuerda cuándo fueron, ya que están acostumbrados a verles continuamente. A propósito, Jean Tomlinson es muy amiga de la Primera Encargada.

—No es sencillo —murmuró Poirot.

—¡Qué va! Ya ve usted, cualquiera de los que trabajan allí podría haber echado un vistazo al armario de los venenos y decir: «¿Por qué diablos tenéis aquí tanto arsénico?», o cualquier otra cosa. «¿No sabéis que ya no se usa?». Y nadie lo hubiera recordado siquiera.

Sharpe hizo una pausa y luego agregó:

—Lo que suponemos es que alguien administró la morfina a Celia Austin y luego puso el frasco vacío y el fragmento de la carta en su dormitorio, para que pareciera un suicidio. Pero, ¿por qué, *monsieur* Poirot? ¿Por qué?

Poirot se removió inquieto.

—Eso fue sólo una idea mía. Me pareció que no era lo bastante inteligente como para que se le hubiera ocurrido a ella.

—¿Entonces a quién?

—Que yo sepa, sólo hay tres estudiantes capaces de haber ideado una cosa así. Leonard Bateson reúne los conocimientos necesarios, y conoce el entusiasmo de Colin por las «personalidades desequilibradas». Tal vez le sugirió algo de ello a Celia, en broma, y ella lo tomaría en serio. Pero no puedo imaginarle fomentando una cosa así mes tras mes a menos que tuviera algún otro motivo, o sea muy distinto de lo que parece. (Esto es algo que hay que tener siempre en cuenta). Nigel Chapman posee una mentalidad falsa y ligeramente maliciosa. Lo consideraría divertido y no tiene escrúpulos. Es una especie de *enfant terrible* crecidito. La tercera persona que me viene a la memoria es esa joven llamada Valerie Hobhouse. Tiene inteligencia, es moderna externa e interiormente, y es probable que haya leído lo bastante sobre psicología como para poder juzgar la reacción de Colin. Si apreciaba a Celia, tal vez considerase natural divertirse a costa de Colin.

—Leonard Bateson, Nigel Chapman y Valerie Hobhouse. —Sharpe fue anotando los nombres—. Gracias por la ayuda. Lo recordaré cuando les interrogue. ¿Y qué me dice de los indios? Uno de ellos también estudia medicina.

—Su mente está enteramente ocupada con la política y la manía persecutoria —dijo Poirot—. No creo que estuviera lo bastante interesado como para sugerir la idea de la cleptomanía a Celia Austin, ni que ella hubiera aceptado semejante consejo viniendo de él.

—¿Es toda la ayuda que puede prestarme, *monsieur* Poirot? —preguntó Sharpe poniéndose en pie y cerrando su bloc de notas.

—Me temo que sí. Pero me considero personalmente interesado… si usted no se opone, amigo mío…

—En absoluto. ¿Por qué iba a tener inconveniente?

—Haré lo que pueda como aficionado, y creo que sólo tengo una línea de acción.

—¿Y cuál es?

Poirot suspiró.

—Conversar, amigo mío. ¡Conversación y más conversación! Todos los asesinos con que he tropezado han disfrutado hablando. En mi opinión ningún hombre exageradamente silencioso comete

un crimen… y si lo hace, será sencillo, violento y clarísimo. Pero el asesino sutil… inteligente… está tan satisfecho de sí mismo que más pronto o más tarde dice algo que le compromete. Hable con esa gente, *mon cher*, y no se limite a un simple interrogatorio. Anímeles que le den su opinión, pídales ayuda, haga que le confíen sus corazonadas… pero, ¡*bon Dieu*! Yo no he de enseñarle su trabajo. Recuerdo muy bien sus habilidades.

Sharpe sonrió con simpatía.

—Sí —dijo—. Siempre he encontrado una gran ayuda en la… bueno… llamémosle amabilidad.

Los dos hombres sonrieron de común acuerdo.

Sharpe se dispuso a marchar.

—Supongo que cada uno de ellos es un posible asesino —dijo despacio.

—Eso creo yo —respondió Poirot sin darle importancia—. Leonard Bateson, por ejemplo, tiene genio, y pudo perder el control. Valerie Hobhouse es inteligente y capaz de haberlo planeado a conciencia. Nigel Chapman es un tipo infantil que adolece de falta de proporción. Hay una francesita que pudiera haber asesinado por dinero. Patricia Lane pertenece al tipo maternal, y las mujeres así suelen ser despiadadas. La americana, Sally Finch, es alegre y simpática, pero podría fingir mucho mejor que la mayoría. Jean Tomlinson está llena de dulzura y honradez, pero hemos conocido muchos criminales que asistían a la escuela dominical con toda devoción. La india, Elizabeth Johnston, tiene sin duda el mejor cerebro de toda la Residencia, y ha subordinado sus emociones a su cerebro… lo cual es peligroso. Hay un joven africano, encantador, cuyos motivos para asesinar nunca podremos descubrir. Tenemos a un Colin Macnabb, psicólogo. ¿Cuántos psicólogos hay a los que podríamos decir: Médico, cúrate a ti mismo?

—Por amor de Dios, Poirot. ¡La cabeza ya me da vueltas! ¿Es que no hay nadie incapaz de cometer un crimen?

—Eso me he preguntado yo —replicó Poirot.

Capítulo IX

El inspector Sharpe suspiró, recostándose en su butaca y enjugando su frente con un pañuelo. Había interrogado ya a una jovencita francesa llorosa e indignada; a un francés receloso y poco cooperador; a un alemán impasible, y a un egipcio voluble y agresivo. Había intercambiado también unas breves palabras con dos jóvenes estudiantes turcos, muy nerviosos y que no entendían lo que les estaba diciendo y lo mismo le ocurrió con un simpático iraquí. Estaba casi seguro de que ninguno de éstos tenía nada que ver con el caso, ni podían ayudarle a esclarecer la muerte de Celia Austin. Les había ido despidiendo uno a uno con unas palabras tranquilizadoras y ahora se disponía a hacer lo mismo con Akibombo. El joven africano le miraba con ojos infantiles y suplicantes, y su sonrisa dejaba al descubierto sus bien alineados y blancos dientes.

—Me gustaría poder ayudarle… sí… ya lo creo —dijo—. La señorita Celia siempre fue amable conmigo… una vez me regaló una arquita hecha en Edimburgo, muy bonita y cuyo trabajo yo desconocía. Me dio mucha pena que la asesinaran. ¿Se trata quizá de una venganza familiar? ¿Fueron sus padres o sus tíos los que vinieron a matarla por haber oído falsas historias acerca de su comportamiento?

El inspector Sharpe le aseguró que ninguna de estas cosas era posible, ni aun remotamente, y el joven meneó la cabeza con pesar.

—Entonces no comprendo por qué ha ocurrido —dijo—. No sé quién iba a querer matarla, pero déme un trocito de uñas y un poco de pelo —continuó—, y veré si puedo averiguarlo por un sistema antiguo. No es científico, ni moderno, pero se emplea mucho en mi país.

—Muchas gracias, señor Akibombo, pero no creo que sea necesario. Nosotros… bueno… aquí no hacemos las cosas de esa manera.

—No, señor; lo comprendo muy bien. No es moderno. No está de acuerdo con la Era atómica. No lo hacen los policías… sólo la gente de la selva. Estoy convencido de que los métodos nuevos son superiores y han de tener un éxito completo. —Akibombo se inclinó cortésmente antes de marcharse y el inspector Sharpe murmuró para sí:

«Espero sinceramente que alcancemos el éxito… aunque sólo sea para mantener nuestro prestigio».

La siguiente entrevista fue con Nigel Chapman, quien llevó la voz cantante.

—Es un caso realmente extraordinario, ¿no le parece? —dijo—. Perdone que le diga que ya sabía que se equivocaba al considerarlo suicidio, y debo decir que es muy satisfactorio para mí pensar que todo el asunto gira en realidad alrededor del detalle de que llenara su pluma con mi tinta verde. Es lo único que el asesino no pudo prever. Supongo que ya habrá considerado usted cuál podría ser el móvil de este crimen…

—Soy yo quien pregunto, señor Chapman —replicó el inspector Sharpe en tono seco.

—Oh, claro, claro —dijo Nigel alzando la mano—. Sólo trataba de atajar un poco, eso es todo. Pero supongo que hemos de pasar por todos los formulismos de costumbre. Nombre, Nigel Chapman. Edad, veinticinco años. Nacido, creo que en Nagasaki… en realidad me parece un sitio muy ridículo. No puedo imaginar qué es lo que estarían haciendo allí mis padres. Supongo que debían realizar un viaje alrededor del mundo. Sin embargo, eso no me convierte necesariamente en japonés, según tengo entendido. Estoy estudiando en la Universidad de Londres para diplomarme en la Edad de Bronce e Historia Medieval. ¿Hay algo más que desee saber?

—¿Cuál es la dirección de su casa, señor Chapman?

—No tengo casa. Tengo padre, pero estamos peleados y por lo tanto su casa ya no es la mía. De modo que la única que tengo es la de la calle Hickory y Coutts Bank, en el barrio de Leandenhall,

donde siempre me encontrará, como se dice a las amistades que se hacen viajando y a las que no se espera volver a ver.

El inspector Sharpe no demostró la menor reacción ante la impertinencia de Nigel. Había tropezado con muchos «Nigel» durante su vida profesional y sospechaba que aquella impertinencia ocultaba el nerviosismo natural que produce el ser interrogado por causa de un crimen.

—¿Conocía usted bien a Celia Austin? —le preguntó.

—Ésa es una pregunta difícil de contestar. La conocía bien en el sentido de verla cada día, y estar en buena relación con ella, pero en realidad no la conocía en absoluto. Claro que no me interesaba lo más mínimo, y creo que ella más bien me tenía antipatía que otra cosa.

—¿Y esa antipatía era debida a alguna razón especial?

—Pues… no le agradaba mi sentido del humor, aunque, desde luego, yo no era tan molesto y rudo como Colin Macnabb. Esa clase de rudeza es en realidad la técnica perfecta para atraer a las mujeres.

—¿Cuándo vio por última vez a Celia Austin?

—Anoche a la hora de la cena. Todos estuvimos gastándole bromas, ¿sabe? Colin estuvo balbuceando hasta que al fin nos confesó que se habían prometido. Nos metimos con él y eso fue todo.

—¿Fue en el comedor o en el salón?

—En el comedor. Después pasamos todos al salón y Colin se marchó no sé adónde.

—¿Y los demás tomaron café en el salón?

—Si llama usted café al líquido que nos sirven… sí —replicó Nigel.

—¿Tomó café Celia Austin?

—Pues supongo que sí. Quiero decir, que no me fijé que lo tomara, pero es de suponer.

—Por ejemplo, ¿usted no le entregó personalmente su taza?

—¡Qué insinuación más horrible! Cuando dice usted eso y me mira de ese modo tengo el pleno convencimiento de que yo entregué a Celia su café en el que había echado estricnina, o lo que fuese. Supongo que debe ser sugestión hipnótica, pero la verdad,

señor Sharpe, es que no me acerqué a ella… y para ser franco, no me fijé si tomaba café, y puedo asegurarle lo crea o no, que nunca sentí la menor atracción por Celia y que el anuncio de su compromiso con Colin Macnabb no despertó en mí el menor deseo de venganza.

—No estoy insinuando nada de eso, señor Chapman —dijo Sharpe sin inmutarse—. A menos que esté muy equivocado, no entra en este caso la cuestión amorosa, pero alguien quiso quitar de en medio a Celia Austin. ¿Por qué?

—No tengo la menor idea, inspector, y en realidad resulta muy interesante, porque Celia era una muchacha inofensiva; no sé si sabe a qué me refiero. Lenta… un poco aburrida, muy simpática, y desde luego, una muchacha incapaz de suicidarse.

—¿Le sorprendió saber que Celia Austin había sido la responsable de varias desapariciones, robos y hechos cometidos en su casa?

—¡Mi querido inspector, hubieran podido tumbarme de un soplo! Lo consideré impropio de ella.

—¿Por casualidad no sería usted quien le aconsejara hacer esas cosas?

La sorpresa de Nigel parecía sincera.

—¿Yo? ¿Aconsejarle semejante cosa? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Pues… ése es el problema, ¿no le parece? Algunas personas tienen un extraño sentido del humor.

—La verdad… puede que yo sea algo duro de mollera… pero no veo que tenga nada de divertido lo que ha estado ocurriendo.

—¿Entonces no fue idea suya?

—Nunca se me ocurrió pensar que se tratara de una broma. Sin duda alguna, inspector, los robos fueron puramente psicológicos.

—¿Considera usted definitivamente que Celia Austin era cleptómana?

—Pero ¿acaso puede haber alguna otra explicación, inspector?

—Tal vez no sepa usted tanto acerca de los cleptómanos como yo, señor Chapman.

—Pues a mí no se me ocurre otra explicación.

—¿No cree posible que alguna persona hubiera animado a Celia Austin a hacer todas estas cosas para… digamos… para atraer la

atención del señor Macnabb?

Los ojos de Nigel brillaron maliciosos.

—Eso sí que es una explicación divertida, inspector —dijo—. ¿Sabe?, cuando lo pienso, creo perfectamente posible que el bueno de Colin se tragara el anzuelo, el sedal y todo el aparejo. —Nigel saboreó su comentario por espacio de un par de segundos, y luego meneó la cabeza con pesar—. Pero Celia no se hubiera prestado, a ello —dijo—. Era una chica seria, y nunca se hubiera atrevido a burlarse de Colin. Estaba loca por él.

—¿Tiene usted alguna teoría acerca de las cosas que han estado ocurriendo en esta casa, señor Chapman? Por ejemplo, ¿quién cree usted que vertió la tinta sobre los apuntes de la señorita Johnston?

—Si piensa que fui yo, inspector Sharpe, se equivoca. Claro que lo parece, por culpa de esa tinta verde, pero si quiere saber mi opinión le diré que eso fue despecho.

—¿El qué?

—El emplear mi tinta. Alguien utilizó mi tinta a propósito para que creyeran que había sido yo. Aquí hay mucho rencor y mala voluntad, inspector. Ya llegará usted a convencerse de eso.

El inspector le miró interesado.

—¿Qué es lo que quiere usted decir al hablar de mala voluntad?

Pero Nigel volvió a refugiarse tras su coraza y no quiso comprometerse.

—En realidad no he querido decir nada… sólo que cuando muchas personas viven juntas, se vuelven muy impertinentes.

En la lista del inspector Sharpe, el siguiente era Leonard Bateson, que estaba aún más nervioso que Nigel, aunque lo demostraba de otra manera… con recelo y pesimismo.

—¡Está bien! —exclamó una vez concluidas las preguntas preliminares de ritual—. Yo le serví el café a Celia y se lo di. ¿Qué pasa?

—Usted le dio el café después de la cena… ¿Es eso lo que dice, señor Bateson?

—Sí. Por lo menos, le llené la taza y la dejé a su lado, y lo crea usted o no, no contenía morfina.

—¿Le vio beberlo?

—No, todos íbamos de un lado a otro y poco después de esto

estuve discutiendo con alguien, de modo que no me fijé si lo tomaba. Había otras personas a su alrededor.

—Ya. En resumen, lo que usted dice es que cualquiera pudo echar morfina en su taza de café.

—¡Intente usted echar algo en la taza de cualquiera! ¡Todo el mundo le vería!

—Tal vez no —replicó Sharpe.

Len estalló con aire agresivo:

—¿Por qué diablos cree usted que yo iba a envenenar a esa chica? No tenía nada contra ella.

—Yo no he dicho que usted quisiera envenenarla.

—Se suicidó. Debió tomárselo por su propia voluntad. No hay otra explicación.

—Es lo que hubiéramos pensado a no ser por esa falsa nota que anuncia el suicidio.

—¡Qué va a ser falsa! Ella fue quien la escribió, ¿no es cierto?

—Es parte de una carta que ella escribió a primera hora de la mañana.

—Bueno… pudo haber cortado ese pedazo y utilizarlo como nota para anunciar su intención de suicidarse.

—Vamos, señor Bateson. Cuando se quiere hacer eso, se escriben unas letras. No iría usted a buscar una carta que hubiera escrito para otra persona y entretenerse en recortar una frase precisa.

—Tal vez sí. ¡Se hacen tantas cosas raras!

—En ese caso, ¿dónde está el resto de la carta?

—¿Cómo voy a saberlo? Eso es asunto suyo, no mío.

—Porque lo es, me ocupo de ello. Y le aconsejo, señor Bateson, que procure contestar a mis preguntas cortésmente.

—Bueno, ¿qué desea saber? Yo no maté a Celia, ni tenía el menor motivo para hacerlo.

—¿La apreciaba?

Len repuso, con menos agresividad:

—Mucho. Era una chica muy simpática. Un poco tímida, pero agradable.

—¿La creyó usted cuando se confesó autora de los robos que le habían estado preocupando en los últimos tiempos?

—Pues la creí, puesto que lo dijo, pero debo confesar que me

extrañó.

—¿No la creía usted capaz de una cosa así?

—Pues no. De verdad que no.

La violencia de Leonard había desaparecido; ya no se mostraba a la defensiva, sino entregado por completo a un problema que evidentemente le interesaba.

—No creí que perteneciera al tipo de cleptómanos, ¿no sé si me entiende? —dijo—. Ni tampoco que fuese una ladrona.

—¿Y no puede imaginar otra razón que le impulsara a hacer lo que hizo?

—¿Otra razón? ¿Cuál podría haber?

—Pues tal vez su intención fuese despertar el interés de Colin Macnabb.

—Eso es un poco descabellado, ¿no le parece?

—Pero consiguió interesarle.

—Sí, desde luego. Colin se vuelve loco por cualquier clase de anormalidad psicológica.

—Entonces, si Celia Austin lo sabía…

Len negó con la cabeza.

—En eso se equivoca usted. Ella no hubiera sido capaz de idear una cosa así. Quiero decir que no se le hubiera ocurrido, por carecer de conocimiento de causa.

—Y usted lo tiene, ¿no es cierto?

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que, llevado de su buena intención, pudo haberle sugerido la idea.

Len lanzó una carcajada.

—¿Me supone usted capaz de hacer una tontería semejante? Está loco.

El inspector continuó el interrogatorio.

—¿Usted cree que Celia Austin vertió la tinta sobre los apuntes de Elizabeth Johnston, o que fue obra de otra persona?

—De otra persona. Celia dijo que no fue ella y yo lo creo. Celia nunca se metía con Bess, como otros.

—¿Quiénes se metían con ella… y por qué?

—Porque daba chascos a todo el mundo —Len reflexionó unos instantes—. A todo el que hiciera un comentario arriesgado. Miraba

por encima de la mesa y decía con aire de superioridad: «Eso no se basa en los hechos». «Las estadísticas han dejado bien establecido que…» o algo por el estilo. Bueno, resultaba muy cargante. Especialmente para las personas que suelen hacer declaraciones atolondradas, como por ejemplo, Nigel Chapman.

—Ah, sí. Nigel Chapman.

—Y la tinta era verde también.

—¿De modo que cree usted que fue Nigel?

—Bueno, por lo menos es posible. Es un ser rencoroso, y tal vez tenga algún prejuicio de raza. Aunque será casi el único de nosotros que piense así.

—¿Sabe usted de alguien más que pudiera estar molesto por su abrumadora exactitud y por su costumbre de corregir?

—Pues a Colin Macnabb no le hacía mucha gracia y se enfadaba algunas veces; y en dos ocasiones logró sacar de sus casillas a Jean Tomlinson.

Sharpe le hizo algunas preguntas más, pero Len Bateson no añadió nada que pudiera serle útil. Luego se dispuso a interrogar a Valerie Hobhouse.

Valerie era fría, elegante y cauta, y demostró ser menos excitable que los muchachos. Dijo que apreciaba a Celia… que no era una chica animada, y que a su modo se había enamorado locamente de Colin Macnabb.

—¿Usted cree que era cleptómana, señorita Hobhouse?

—Pues supongo que sí. En realidad no entiendo mucho de eso.

—¿Cree usted que alguien le infundió la idea de hacer lo que hizo?

Valerie se encogió de hombros.

—¿Quiere usted decir que con intención de atraer a ese engreído de Colin?

—Es usted muy rápida para entender las cosas, señorita Hobhouse. Sí, eso es lo que quiero decir. No se la ha sugerido usted, supongo.

Valerie pareció divertida.

—Pues es algo difícil, si se considera que mi *echarpe* favorito resultó hecha pedazos. No soy tan altruista.

—¿Cree usted que se lo aconsejaría alguien?

—No lo creo. Más bien me parece natural por su parte.

—¿Natural?

—Sospeché que había sido Celia, por primera vez cuando desapareció el zapato de Sally. Celia estaba celosa de ella. Me refiero a Sally Finch. Es la más bonita y atractiva de las mujeres que hay aquí y Colin le dedicaba muchas atenciones. Y la noche que le desapareció el zapato y tuvo que ir a la fiesta con un traje negro viejo y zapatos negros, Celia estaba tan satisfecha como el gato que acaba de zamparse un pajarillo. Pero a pesar de ello no sospeché que fuera la autora de todos esos robos de pulseras y polvos compactos.

—¿A quién consideraba responsable entonces?

Valerie se encogió de hombros.

—Oh, no lo sé. Tal vez a alguna de las mujeres que hacen la limpieza.

—¿Y la mochila destrozada?

—¿Destrozaron una mochila? Lo había olvidado. No sé quién pudo hacerlo.

—Lleva mucho tiempo aquí, ¿verdad, señorita Hobhouse?

—Pues sí. Probablemente soy el huésped más antiguo. Es decir, ahora llevaré aquí unos dos años y medio… sí, sí, ese tiempo.

—Y por lo tanto es probable que sepa más que nadie respecto a esta Residencia.

—Yo creo que sí.

—¿Tiene alguna idea acerca de la muerte de Celia Austin? ¿Sospecha cuál pudo ser el motivo?

Valerie meneó la cabeza y su rostro adquirió una expresión grave.

—No —dijo—. Fue algo horrible y no puedo imaginar que nadie quisiera matar a Celia. Era una chica simpática, inofensiva… acababa de prometerse, y…

—Sí. ¿Y…? —le apremió el inspector.

—Me pregunto si será ése el porqué —repuso Valerie despacio —. Su compromiso… y que ella iba a ser feliz. Pero, eso significa que alguien… está loco.

Pronunció la palabra con un estremecimiento, y el inspector Sharpe la contempló pensativo.

—Sí —dijo—. No podemos descartar la posibilidad de la locura —y continuó—: ¿tiene usted alguna idea de quién pudo verter la tinta y estropear los apuntes de Elizabeth Johnston?

—No. Eso también fue un acto de venganza, y no creo ni por un momento que Celia hiciera una cosa así.

—¿Alguna sugerencia?

—Pues… ninguna razonable.

—¿Pero irrazonable, sí?

—¿No querrá oír lo que es sólo una corazonada, Inspector…?

—Me gustaría muchísimo. La aceptaré como tal, y quedaría entre nosotros.

—Bueno, probablemente estaré equivocada, pero tengo la impresión de que fue cosa de Patricia Lane.

—¡Vaya! Me ha sorprendido usted, señorita Hobhouse. No se me hubiera ocurrido pensar en Patricia Lane… pero una joven tan equilibrada y amable.

—No digo que fuera ella. Sólo tengo la impresión de que pudo hacerlo.

—¿Por qué razón?

—Pues… a Patricia no le es simpática la Negra Bess, que siempre se está metiendo con su adorado Nigel… y corrigiéndole cuando hace comentarios tontos, según su costumbre.

—¿Usted se inclina más por Patricia Lane que por el propio Nigel?

—Oh, sí. No creo que a Nigel le preocupara y además no hubiera utilizado su propia tinta. Es muy inteligente, y en cambio es precisamente la estupidez que Patricia hubiera cometido sin pensar que de ese modo podían recaer las sospechas en su precioso Nigel.

—O también pudo ser que alguien odiara a Nigel Chapman y deseara dar la impresión de que había sido obra suya.

—Sí, ésa es otra posibilidad.

—¿Quién no simpatiza con Nigel Chapman?

—Oh, pues Jean Tomlinson, en primer lugar. Y Len Bateson siempre anda peleando con él.

—¿Tiene alguna idea de cómo pudieron dar la morfina a Celia Austin?

—Lo he estado pensando y pensando. Desde luego lo más

sencillo sería echarla en su café. Todos deambulábamos por el salón y la taza de Celia estaba encima de una mesita, ya que siempre esperaba a que el café estuviera casi frío para beberlo, y cualquiera que tuviese el aplomo suficiente pudo haber echado la pastilla o lo que fuera en su taza, aunque me parece que el riesgo de ser visto sería grande. Quiero decir que es una de esas cosas que hubieran podido notarse con facilidad.

—La morfina no le fue administrada en pastillas —dijo el inspector Sharpe.

—¿Cómo entonces? ¿En polvo?

—Sí.

Valerie frunció el entrecejo.

—Eso resulta aún más difícil, ¿no?

—¿No se le ocurre ninguna otra cosa, aparte del café?

—Algunas veces bebía un vaso de leche caliente antes de acostarse. Aunque no creo que lo tomara aquella noche.

—¿Puede usted describirme exactamente lo que ocurrió aquella noche en el salón?

—Pues, como le digo, todos anduvimos por allí charlando; alguien puso la radio… la mayoría de muchachos salieron. Celia subió a acostarse bastante temprano, igual que Jean Tomlinson. Sally y yo nos quedamos hasta bastante tarde. Yo escribiendo unas cartas y Sally repasando unos apuntes. Creo que fui la última en subir.

—En conjunto, ¿fue una noche tan normal como otra cualquiera?

—Por completo, inspector.

—Gracias, señorita Hobhouse. ¿Quiere enviarme ahora a la señorita Lane?

Patricia Lane parecía preocupada, pero no recelosa. Sus respuestas no aportaron nada nuevo, y al preguntarle por los desperfectos ocasionados en los apuntes de Elizabeth Johnson dijo que no cabía la menor duda de que Celia había sido la responsable.

—Pero ella negó categóricamente, señorita Lane.

—Por supuesto —replicó Patricia—. Es natural. Supongo que se avergonzaría de haberlo hecho. Pero concuerda con las demás cosas, ¿verdad?

—¿Sabe lo que ocurre en este caso, señorita Lane? Que nada encaja demasiado bien.

—Supongo que usted pensará que fue Nigel el que estropeó los apuntes de Bess. Por culpa de la tinta —dijo Patricia enrojeciendo —, y eso es una tontería. Quiero decir que si hubiera hecho una cosa así no hubiese utilizado su propia tinta. No es tonto, pero de todas formas no lo hizo.

—No siempre se lleva bien con la señorita Johnston, ¿verdad?

—Oh, algunas veces ella resulta impertinente, pero a él no le importa gran cosa —Patricia Lane se inclinó hacia delante con ansiedad—. Me gustaría hacerle comprender un par de cosas, inspector… acerca de Nigel Chapman. En realidad, Nigel es el mayor enemigo de sí mismo. Soy la primera en admitir que tiene un carácter difícil que predispone a la gente en contra suya. Es brusco e irónico, y le gusta divertirse a costa de los demás, les hace enfadar a todos y ellos piensan lo peor de él. Mas en realidad es muy distinto de lo que parece. Es uno de esos seres tímidos y bastante desgraciados que quisieran ser apreciados por todos, pero debido a una especie de espíritu de contradicción, dicen y hacen todo lo contrario de lo que piensan hacer y decir.

—Ah —replicó el inspector Sharpe—. Ésa es una buena desgracia.

—Sí, pero ellos no pueden evitarlo, ¿sabe? Eso es consecuencia de una infancia desgraciada. Nigel tuvo una niñez muy triste. Su padre era muy duro y muy severo y nunca le comprendió, y además trataba mal a su madre. Después, de que ella murió tuvieron una pelea terrible y Nigel se escapó de su casa. Su padre dijo que nunca le daría ni un céntimo y que se arreglara sin esperar la menor ayuda de él. Nigel replicó que no deseaba su ayuda, y que no la aceptaría aunque se la ofreciera. Gracias al testamento de su madre entró en posesión de una pequeña cantidad de dinero, y nunca escribió a su padre ni volvió junto a él. Claro que eso fue una lástima en cierto sentido, pero no cabe duda de que su padre era un hombre muy desagradable, no me extraña que amargara a Nigel y le hiciera imposible convivir con él. Desde la muerte de su madre no tuvo a nadie que le cuidara. Su salud no ha sido buena, aunque tiene una inteligencia brillante. En esta vida no ha encontrado más que

obstáculos y por eso no puede mostrarse como es en realidad.

Patricia Lane, después de su largo y apasionado discurso se detuvo ruborizada y falta de aliento y el Inspector Sharpe la miró pensativo. Había tropezado anteriormente con muchas Patricia Lane. «Está enamorada de ese chico —pensó—. Y supongo que a él le importa dos cominos, pero es probable que se deje querer. El padre, por lo que ha dicho, parece que era un viejo pendenciero, pero me atrevo a pensar que la madre era una tonta que estropeó a su hijo y que con sus mimos fue ahondando la brecha abierta entre él y su padre. He visto muchos casos así». Se preguntó si Nigel Chapman se habría sentido atraído por Celia Austin. No le parecía probable, pero no era imposible. «Y de ser así —pensó—. Patricia Lane debió sentir amargo resentimiento». ¿Tal vez lo bastante como para desearle mal a Celia? ¿Lo bastante como para cometer un crimen? Seguramente no… y en todo caso, el hecho de que Celia se convirtiera en la prometida de Colin Macnabb descartaba aquel posible motivo del crimen. Despidió a Patricia Lane e hizo llama a Jean Tomlinson.

Capítulo X

La señorita Tomlinson era una joven de veintisiete años de aspecto serio, cabellos rubios, facciones correctas y una boca ligeramente curvada hacia arriba. Cuando se sentó dijo en tono comedido:

—Y bien, inspector. ¿En qué puedo servirle?

—Me pregunto si podría usted ayudarme a esclarecer este trágico asunto, señorita Tomlinson.

—Es chocante, realmente chocante —dijo Jean—. Ya era bastante desagradable pensar que Celia se había suicidado, pero ahora que creen que la asesinaron… —se detuvo meneando la cabeza, contrariada.

—Estamos casi seguros de que no se envenenó —replicó Sharpe —. ¿Usted sabe de dónde salió el veneno?

Jean asintió.

—Supongo que del Hospital de Santa Catalina, donde ella trabaja. Pero indica que fue suicidio…

—Sin duda alguna eso es lo que quisieron dar a entender —replicó el inspector.

—Pero, ¿quién hubiera podido apoderarse del veneno, aparte de Celia?

—Muchísimas personas —dijo el inspector Sharpe—, si estaban decididas a ello. Incluso usted misma hubiera podido cogerlo, señorita Tomlinson.

—¡Inspector Sharpe! —el tono de Jean denotaba indignación.

—Bueno, usted visitaba el Dispensario bastante a menudo, ¿no es cierto, señorita Tomlinson?

—Iba a ver a Mildred Carey; pero, naturalmente nunca me hubiera atrevido a tocar nada del armario de los venenos.

—¿Pero hubiese podido hacerlo?

—¡Desde luego que no!

—Veamos, señorita Tomlinson. Supongamos que su amiga estuviera atareada preparando las cestas de las salas y la otra encargada en la ventanilla de los pacientes. Durante muchos ratos sólo hay dos encargadas en ese departamento, y usted pudo acercarse como por casualidad hasta el estante central sin que ninguna de las dos encargadas imaginara siquiera lo que acababa de hacer.

—Me duele mucho lo que dice, inspector Sharpe. Es… es… una acusación ignominiosa.

—Pero si no se trata de una acusación, señorita Tomlinson. Nada de eso. No debe interpretarlo mal. Usted me dijo que no era posible que usted hubiera cogido el frasco y yo trato de demostrarle que sí lo es. No es que yo diga que usted lo hiciera. Al fin y al cabo —agregó—, ¿para qué habría de hacerlo?

—Cierto. Recuerde que yo era amiga de Celia, inspector Sharpe.

—Muchísimas personas son envenenadas por sus amigos. Hay una pregunta que debemos hacemos algunas veces. ¿Cuándo un amigo no es amigo?

—No hubo la menor desavenencia entre Celia y yo; nada de eso. La apreciaba mucho.

—¿Tuvo usted alguna razón para suponer que fuera ella la responsable de los robos ocurridos en la casa?

—No. En mi vida tuve una sorpresa mayor. Siempre pensé que Celia tenía buenos principios. Nunca la hubiera creído capaz de una cosa así.

—Claro que los cleptómanos no pueden remediarlo, ¿no es cierto? —le preguntó mirándola de hito en hito.

Jean Tomlinson apretó los labios y al fin los abrió para decir:

—No puedo decir que apoye esta opinión, inspector Sharpe. Mis ideas son un tanto anticuadas y creo que robar es siempre robar.

—¿Usted cree que Celia se apoderaba de las cosas porque quería robarlas, sencillamente?

—Desde luego que sí.

—En una palabra, ¿por falta de honradez?

—Me temo que sí.

—¡Ah! —exclamó el inspector Sharpe sacudiendo la cabeza—. Mala cosa.

—Sí, siempre es triste que en cualquier aspecto nos decepcionen.

—Tengo entendido que se habló de avisarnos… me refiero a la policía.

—Tal vez usted considere que de todos modos debieran haber dado parte a la policía.

—Tal vez hubiera sido lo correcto. Sí, no me parece bien que nadie pueda escapar impunemente después de hacer estas cosas.

—Como el hacerse pasar por cleptómana cuando se es una ladrona… ¿no es eso lo que quiere decir?

—Pues más o menos, sí… eso es lo que quiero decir en realidad.

—Y en vez de eso, todo iba a terminar felizmente y las campanas de boda ya empezaban a sonar por la señorita Austin.

—Claro que no hay que extrañarse por nada de lo que haga Colin Macnabb —dijo Jean Tomlinson con rencor—. Estoy segura de que es un ateo y el hombre más incrédulo, burlón y desagradable que he conocido. Es brusco con todo el mundo. ¡En mi opinión es un comunista!

—¡Ah! —dijo el inspector Sharpe—. ¡Malo! —y meneó la cabeza.

—Si defendió a Celia fue porque no tiene el menor respeto a la propiedad. Y probablemente cree que todo el mundo puede apoderarse de lo que le venga en gana.

—No obstante, la señorita Austin confesó —dijo el inspector.

—Sí, después que la descubrieron —replicó Jean.

—¿Quién la descubrió?

—Pues ese señor… ¿cómo se llama…? Poirot… que vino la otra noche.

—Pero, ¿por qué cree que la descubrió, señorita Tomlinson? Él no lo dijo, sólo les aconsejó que avisaran a la policía.

—Debió demostrarle que lo sabía. Es evidente que ella se vio descubierta y por eso se apresuró a confesar.

—¿Y qué opina usted de la tinta vertida sobre los apuntes de Elizabeth Johnston? ¿Lo confesó también?

—La verdad, no lo sé. Supongo que sí.

—Pues supone usted mal —replicó Sharpe—. Negó

categóricamente que hubiera sido ella.

—Bueno, tal vez sea verdad. Pero debo confesar que no lo creo probable.

—¿Le parece a usted más creíble que fuera Nigel Chapman?

—No, no creo que Nigel lo hiciera. Más bien me parece cosa de Akibombo.

—¿De veras? ¿Y por qué había de hacerlo?

—Por celos. Toda esa gente de color es muy celosa e histérica.

—Eso es interesante, señorita Tomlinson. ¿Cuándo vio por última vez a Celia Austin?

—El viernes por la noche, después de cenar.

—¿Quién subió primero a acostarse, ella o usted?

—Yo.

—¿Fue a su habitación enseguida o la vio después de salir del salón?

—No.

—¿Y no tiene idea de quién pudo poner morfina en su café… si es que le fue administrada por este medio?

—En absoluto.

—¿No vio nunca morfina en la casa o en la habitación de algún estudiante?

—No, no, creo que no.

—¿Cree que no? ¿Qué significa eso, señorita Tomlinson?

—Pues, me estaba preguntando… ¿sabe usted? Hubo aquella apuesta tan tonta…

—¿Qué apuesta?

—Uno… o, dos o tres estudiantes discutían…

—¿Qué discutían?

—Acerca del crimen y los medios para cometerlo. Especialmente con veneno.

—¿Quiénes participaron en la discusión?

—Pues creo que la empezaron Colin y Nigel, y luego intervino Len Bateson… Patricia estaba allí también…

—¿Recuerda usted lo más exactamente posible lo que se dijo en aquella ocasión y… cuál fue el proceso de la discusión?

Jean Tomlinson reflexionó unos instantes.

—Pues creo que se empezó discutiendo acerca de los asesinatos

por envenenamiento, y se dijo que la dificultad estaba en lograr el veneno, ya que el asesino casi siempre es descubierto o bien por la compra del mismo o por haber tenido oportunidad de apoderarse de él; Nigel contestó que no era de esa opinión y que era capaz de encontrar tres medios distintos de hacerse con un veneno sin que nadie supiera nunca cómo lo había obtenido. Len Bateson le dijo que hablaba por hablar, y Nigel insistió en que no, y se mostró dispuesto a demostrarlo. Pat decía que Nigel tenía razón y que ella misma, o bien Len o Colin, podrían apoderarse de cualquier veneno en el hospital cuando quisieran, y también Celia. Y Nigel replicó que no era a eso a lo que se refería, puesto que todo el mundo habría de enterarse si Celia cogía algo del dispensario. Más pronto o más tarde lo buscarían, descubriendo su desaparición; y Pat dijo que no, si se vaciaba el frasco y se le llenaba con cualquier otra cosa, Colin se echó a reír diciendo que en este caso habría muchas reclamaciones por parte de los enfermos. Mas Nigel insistió en que no se refería a oportunidades especiales, y que él mismo, que no tenía acceso especial ni como médico ni como farmacéutico, podría conseguir tres clases distintas de veneno, por tres sistemas diferentes. Len Bateson exclamó entonces: «Muy bien, ¿pero cuáles son tus sistemas?», y Nigel replicó: «Ahora no voy a explicártelos, pero estoy dispuesto a apostar que en el plazo de tres semanas puedo presentaros tres muestras de tres venenos distintos», y Len Bateson apostó cinco dólares a que no lo conseguía.

—¿Y…? —dijo el inspector Sharpe cuando Jean se detuvo.

—Pues no se habló más de ello durante algún tiempo hasta que una noche, en el salón, Nigel dijo: «Y ahora, muchachos, mirad esto… yo cumplo mi palabra», y arrojó tres objetos sobre la mesa. Un tubo de pastillas de hioscina, un frasquito de tintura de digitalina y otro, diminuto, de tartrato de morfina.

—¡Tartrato de morfina! —exclamó el inspector—. ¿Llevaba etiqueta?

—Sí. La del Hospital de Santa Catalina. Lo recuerdo con toda certeza porque, como es natural, me llamó la atención.

—¿Y los otros?

—No me fijé. Yo diría que no eran de ningún hospital.

—¿Qué ocurrió luego?

—Pues que se hicieron muchos comentarios y al fin Len Bateson dijo: «Vamos, si hubieras cometido un crimen, esto se sabría enseguida», y Nigel respondió: «Nada de eso. Soy un ciudadano cualquiera; no tengo nada que ver con clínicas ni hospitales, y nadie puede relacionarme con estos venenos. No los compré en ninguna farmacia», y Colin Macnabb, quitándose la pipa de la boca, dijo: «No, desde luego no pudiste comprarlo. Ningún farmacéutico te los hubiera vendido sin receta médica». Estuvieron discutiendo un rato, y al fin Len dijo que pagaría. «Ahora no puedo, porque ando un poco mal de dinero —dijo—, pero no hay duda de que has ganado; has demostrado lo que dijiste», y luego le preguntó: «¿Qué vas a hacer con las pruebas delatoras?», y Nigel, sonriendo, dijo que sería mejor deshacerse de ellas antes de que ocurriera algún incidente; así que vaciaron el frasco de tintura de digitalina en el lavabo, arrojaron las pastillas al fuego, y la morfina en polvo también fue quemada.

—¿Y los envases?

—No sé lo que hicieron con ellos… probablemente los tirarían al cesto de los papeles.

—Pero ¿el veneno fue destruido?

—Sí, estoy segura porque lo vi.

—Y… ¿eso cuándo fue?

—Hará unos quince días.

—Ya. Gracias, señorita Tomlinson.

Jean deseaba decir algo más.

—¿Usted cree que puede tener importancia?

—Quizá. Nunca se sabe.

El inspector Sharpe estuvo reflexionando unos minutos antes de volver a llamar a Nigel Chapman, a fin de continuar.

—La señorita Jean Tomlinson acaba de hacerme una declaración muy interesante —le dijo.

—¡Ah! ¿Contra quién le ha predispuesto nuestra querida Jean? ¿Contra mí?

—Me ha estado hablando de ciertos venenos relacionados con usted, señor Chapman.

—¿Venenos…? ¿Qué diablos…?

—¿Niega usted que hace algunas semanas apostó con el señor

Bateson a que era capaz de conseguir tres venenos clandestinamente?

—¡Oh, se refiere a eso! —se hizo la luz en el cerebro de Nigel—. Sí, claro. Es curioso que no recordara. Ni siquiera me di cuenta de que Jean estuviera allí. Pero usted no pensará que ese hecho tenga algún significado especial, ¿verdad?

—Pues lo que puedo decir es que nunca se sabe. Entonces, ¿lo admite?

—Oh, sí, estuvimos discutiendo sobre ese tema. Colin y Len se mostraron muy arbitrarios y superiores y yo les dije que estaba convencido de que cualquiera podía apoderarse de una determinada cantidad de veneno… en realidad les aseguré que sabía tres sistemas distintos para obtenerlo, y que iba a demostrarlo poniéndolos en práctica.

—Cosa que hizo usted…

—Cosa que hice, inspector.

—¿Y cuáles fueron esos tres sistemas, señor Chapman?

Nigel ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Me pide usted que me comprometa? —dijo—. ¿No debiera advertírmelo?

—Aún no ha llegado ese momento, señor Chapman; pero, desde luego, no tiene por qué comprometerse, como usted dice. En realidad tiene usted perfecto derecho a negarse a responder a mis preguntas.

—No creo que me niegue —replicó Nigel luego de reflexionar unos instantes y mientras iba apareciendo en su rostro una sonrisa juguetona—, claro —continuó— que lo que hice fue contra la ley, y usted podría detenerme por ello, si quisiera. Por otro lado, nos hallamos ante un caso de asesinato, y si esto tiene algo que ver con la muerte de la pobre Celia, creo mi deber hablar sinceramente.

—Desde luego, ése es un punto de vista muy razonable.

—Muy bien. Entonces hablaré.

—¿Cuáles fueron esos tres sistemas?

—Pues —Nigel se recostó en su asiento—, siempre se lee en los periódicos que los médicos olvidan drogas peligrosas en los automóviles… y se previene a la gente para evitar accidentes.

—Sí.

—Pues se me ocurrió que el medio más sencillo sería ir a las afueras, seguir a un médico que efectuase sus visitas por allí, y cuando se presentara la ocasión… abrir su automóvil, registrar su maletín y sacar lo que deseaba. En esos distritos apartados, el médico no siempre lleva consigo su maletín cuando entra en una casa. Depende de la clase de enfermo que vaya a visitar.

—¿Y bien?

—Pues eso es todo. Es decir, en cuanto el método uno. Tuve que seguir a tres médicos hasta tropezar con uno lo bastante confiado. Y entonces fue sencillísimo. El automóvil estaba parado ante una casa de campo, en un lugar solitario. Abrí la portezuela, registré el maletín, y saqué un tubo de tabletas de hioscina.

—¡Ah! ¿Y el sistema número dos?

—Ese tiene algo que ver con la pobre Celia, la verdad sea dicha. Ella no sospechó nada. Ya le dije que era una chica estúpida que no tenía la menor idea de lo que hacía.

Me limité a hablarle de lo enrevesadas que resultaban las recetas de los médicos escritas en latín, y le pedí que me escribiera una tal como hacen ellos para adquirir tintura de digitalina, cosa que hizo sin recelar nada. Después sólo tuve que buscar un médico en la relación oficial, que viviera en un distrito apartado de Londres y añadir sus iniciales o su firma ilegible. Luego la llevé a una farmacia del centro de Londres donde no era probable que le conocieran, y me entregaron la receta sin la menor dificultad. La digitalina se receta en grandes cantidades para las afecciones cardíacas y yo presenté la receta escrita en un papel que llevaba el membrete de un hospital.

—Muy ingenioso —contestó Sharpe en tono seco.

—¡Me estoy condenando yo mismo! Lo comprendo por la entonación de su voz.

—¿Y el tercer método?

Nigel no contestó enseguida, pero al fin dijo:

—Escuche. ¿Adónde me llevará todo esto?

—El apoderarse de drogas aunque sea en el interior de un automóvil se considera un hurto —replicó el inspector—. Y el falsificar una receta…

Nigel le interrumpió:

—No fue exactamente una falsificación… Quiero decir que yo no obtuve dinero por ella, y ni siquiera traté de imitar la firma del médico. Si yo escribo una receta y pongo debajo H. R. James no puede usted decir que trate de falsificar la firma de ningún James en particular, ¿no es cierto? —y continuó con una sonrisa—. ¿Comprende lo que quiero decir? Estoy arriesgando mi pellejo. Si quiere usted ponerme contra la pared por esto, bueno… sin duda lo merezco. Y por otro lado, si…

—Sí, señor Chapman, ¿y por otro lado… qué?

Nigel exclamó con repentino apasionamiento:

—No me gusta el crimen. Es algo horrible, bestial. Y Celia, la pobre, no merecía ser asesinada. Quiero ayudarle en lo que sea. Pero, ¿le ayudará esto? No creo. Me refiero a la confesión de mis pecadillos.

—La policía es muy comprensiva, señor Chapman, y a ella corresponde mirar ciertas cosas como alocadas travesuras de una naturaleza irresponsable. Yo acepto sus protestas de que desea ayudar a resolver el asesinato de esa joven. Y ahora le ruego que continúe y me cuente cuál fue su tercer sistema.

—Pues estamos llegando al meollo —dijo el muchacho—. Fue algo más arriesgado que los otros dos, pero al mismo tiempo mucho más divertido. Yo había ido al dispensario un par de veces para ver a Celia, y sabiendo dónde estaban las cosas…

—¿Pudo apoderarse de un frasquito por el sencillo procedimiento de cogerlo del armario?

—No, no; no fue tan sencillo. Eso no hubiera sido justo desde mi punto de vista, e incidentalmente, si hubiese habido un auténtico asesinato… es decir, si yo, hubiese robado el veneno con el propósito de matar… es probable que recordaran que yo iba por el dispensario de Celia. No, yo sabía que Celia iba siempre al departamento posterior a las once y cuarto a tomar que llamamos un «tentempié», es decir, una taza de café y unas galletas. Las chicas iban por turnos… dos cada vez. Había una encargada nueva que no me conocía, de modo que lo que hice fue lo siguiente: Entrar en el dispensario con una americana blanca y un estetoscopio alrededor del cuello. Sólo estaba allí la nueva empleada, muy ocupada atendiendo a los pacientes. Fui hasta el armario de los venenos y le

pregunté: «¿Qué fortaleza tiene la adrenalina que hay allí?». Me informó. Y luego le pedí un par de aspirinas diciéndole que tenía una «resaca» terrible. Me las tomé y volví a marcharme; ella no tuvo la menor sospecha de que no fuera del personal médico o un estudiante de medicina. Fue un juego de niños, y Celia no supo nunca que yo estuve allí.

—Un estetoscopio —repitió el inspector Sharpe con extrañeza—. ¿Dónde lo consiguió?

Nigel sonrió de pronto.

—Era el de Len Bateson —confesó—. Yo se lo quité.

—¿En esta casa?

—Sí.

—Eso explica la desaparición del estetoscopio. Eso no fue cosa de Celia.

—¡Cielos, no! ¿Se imagina usted a una cleptómana robando un estetoscopio?

—Y después, ¿qué hizo con él?

—Pues tuve que empeñarlo —dijo Nigel en tono de disculpa.

—¿No fue eso una mala pasada para Bateson?

—Sí, muy mala. Pero no podía contárselo sin descubrir mis métodos, cosa que no era mi intención hacer. Sin embargo —agregó Nigel alegremente— una noche le invité a salir conmigo y lo pasó en grande.

—Es usted un irresponsable —dijo el inspector Sharpe.

—Debiera usted haber visto sus caras —continuó Nigel ensanchando su sonrisa—, cuando arrojé los tres venenos sobre la mesa y les dije que los había conseguido sin que nadie se enterase.

—Lo que usted me dice —replicó el inspector— es que conoce tres sistemas para envenenar a quien sea con tres venenos distintos sin que en ninguno de los casos pudiera achacárselo a usted.

Nigel asintió.

—Es bastante exacto —dijo—. Y, dadas las circunstancias, no resulta muy agradable admitirlo, pero el caso es que esos venenos fueron destruidos por lo menos quince días atrás.

—Eso es lo que usted cree, señor Chapman, pero puede que en realidad no fuera así.

Nigel le miró extrañado.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cuánto tiempo los conservó en su poder?

Nigel reflexionó.

—Pues el tubo de hioscina unos diez días y el tartrato de morfina, cuatro. La tintura de digitalina la había conseguido aquella misma tarde.

—¿Y dónde los guardaba?

—En uno de los cajones de mi cómoda, detrás de mis pañuelos.

—¿Sabía alguien más que los tenía allí?

—No, no. Estoy seguro de que no.

No obstante, hubo una ligera vacilación en su voz que el inspector no pasó por alto, aunque, de momento, no insistió sobre aquel punto.

—¿Le dijo a alguien lo que estaba haciendo? ¿Le habló de sus métodos… del modo como iba a obtener los venenos?

—No. Por lo menos… no, no dije nada a nadie.

—Ha dicho usted «por lo menos», señor Chapman.

—Pues en realidad nada dije. Pensaba decírselo a Pat, pero me pareció que no lo aprobaría. Es muy intransigente, de modo que tampoco se lo conté.

—¿No le dijo nada de cómo había robado esa droga del automóvil de un médico, ni de la receta, ni de la morfina del hospital?

—En realidad, después le hablé de la digitalina; de cómo había escrito una receta para obtener un frasco en la farmacia, y lo de la chaqueta blanca del médico del hospital. Lamento decir que no le divirtió y no le conté lo del robo del automóvil, puesto que se pondría furiosa con tanta reincidencia.

—¿Le dijo que pensaba destruirlos en cuanto ganara la apuesta?

—Sí. Estaba preocupada y empezó a decir que debía devolverlos o algo por el estilo.

—¿Cosa que no se le había ocurrido a usted?

—¡Cielos, no! Eso hubiera sido fatal; y me hubiese acarreado muchos disgustos. No, los tres arrojamos al fuego las pastillas y el polvo y vertimos la tintura por el lavabo. Eso fue todo, y no hubo el menor percance.

—Usted dice eso, señor Chapman, pero es muy posible que lo

hubiera y grave.

—¿Cómo es posible, si los venenos le hicieron desaparecer del modo que le digo?

—Señor Chapman, ¿no se le ha ocurrido pensar que alguien pudo ver dónde guardaba esas cosas, o encontrarlas por casualidad, y luego de apoderarse de la morfina reemplazarla inmediatamente por cualquier otra cosa?

—¡Cielo santo, no! —Nigel le miró con los ojos muy abiertos—. Nunca se me ocurrió pensar nada de eso. No lo creo.

—Pero es una posibilidad, señor Chapman.

—Pero nadie pudo saberlo.

—Yo diría —replicó el inspector— que en un lugar como éste se saben muchas más cosas de las que usted pueda imaginar.

—¿Quiere decir que se escucha detrás de las puertas?

—Sí.

—Tal vez tenga usted razón.

—Sí. ¿Qué estudiantes suelen estar normalmente en su habitación?

—Pues la comparto con Len Bateson, y la mayoría de los muchachos han entrado alguna vez. Las chicas no, desde luego. Ellas no pueden entrar en la parte de la casa donde están nuestros dormitorios. Integridad. Moralidad absoluta.

—Se supone que no entran, pero pueden hacerlo, ¿no?

—Sí —replicó Nigel—. Y a cualquier hora del día. Por ejemplo, por la tarde, no hay nadie allí. Nuestros dormitorios están vacíos.

—¿Y la señorita Lane ha ido alguna vez a su habitación?

—Espero que no lo pregunte con mala intención, Inspector. Pat va algunas veces a mi habitación a dejar mi ropa limpia, pero nada más.

El inspector Sharpe se inclinó hacia delante para preguntar:

—¿Se da usted cuenta, señor Chapman, de que la persona que pudo apoderarse del veneno con más facilidad y sustituirlo por cualquier otra cosa fue usted mismo?

Nigel le miró con el rostro macilento y endurecido repentinamente.

—Sí —repuso—. Acabo de comprenderlo hace sólo un minuto y medio. Podría haber hecho exactamente eso. Pero yo no tenía

motivos para quitar de en medio a esa chica, inspector, y no lo hice. Sin embargo… comprendo que usted no tiene más que mi palabra…

Capítulo XI

La historia de la apuesta y de la destrucción de los venenos fue confirmada por Len Bateson y Colin Macnabb, y Sharpe retuvo a este último cuando los otros se hubieron marchado.

—No quisiera causarle más dolor del que ya siente, señor Macnabb —le dijo—. Y comprendo lo que debe ser para usted que su novia fuera envenenada la misma noche de su compromiso matrimonial.

—No es preciso mirarlo según ese aspecto —replicó Colin con el rostro inmutable—. No tiene usted por qué preocuparse por mis sentimientos. Pregúnteme lo que quiera y crea que pueda serle de utilidad.

—En su opinión, muy respetable, ¿el comportamiento de Celia Austin era de orden psicológico?

—No cabe la menor duda —repuso Colin Macnabb—. Si quiere usted que le exponga la teoría del caso…

—No, no —se apresuró a contestar el inspector—. Acepto su opinión como estudiante de psicología.

—Su niñez fue muy desgraciada y levantó un bloque emocional…

—Claro, claro —el inspector Sharpe procuraba desesperadamente evitar el relato de otra niñez desafortunada. Con la de Nigel tuvo suficiente.

—¿Hacía tiempo que se sentía atraído por ella?

—Yo no diría eso precisamente —replicó el joven, considerando el asunto a conciencia—. Algunas veces hacen su aparición. Sin duda me atraía inconscientemente, pero yo no me daba cuenta. Puesto que no tenía intención de casarme joven, sin duda presentaba una resistencia considerable a aceptar la idea de forma

consciente.

—Sí. Eso mismo. ¿Y Celia Austin estaba contenta por haberse convertido en su prometida? Quiero decir, ¿no expresó dudas? ¿Incertidumbre? ¿No hubo nada que creyera conveniente confesarle?

—Hizo una confesión completa de todo su pasado. En su mente no quedó nada que la preocupara.

—…¿Cuándo pensaban casarse?

—Hubiéramos tenido que esperar algún tiempo. De momento no tengo posición para mantener una esposa.

—¿Tenía Celia algún enemigo? ¿Alguien que no la quisiera bien?

—Me cuesta creerlo, inspector. He estado pensando mucho en ello. Aquí todos la querían, y considero que no fue una cuestión personal la que puso fin a su vida.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «cuestión personal»?

—No quisiera precisar demasiado, de momento. Es sólo una idea vaga que se me ha ocurrido y aún no lo veo con claridad.

Y el inspector no pudo insistir.

Las dos últimas estudiantes que faltaban por interrogar eran Sally Finch e Elizabeth Johnston. Sharpe se entrevistó primero con Sally.

Era una joven atractiva, con un mechón de cabellos rojizos que le caía sobre sus ojos brillantes e inteligentes. Después de las preguntas de rigor, Sally Finch tomó de pronto la iniciativa.

—¿Sabe usted lo que me gustaría hacer, inspector? Pues decir lo que pienso. Mi opinión personal. Hay algo raro en esta casa, algo muy raro. Estoy segura.

—¿Se refiere a que Celia Austin fue envenenada?

—No, me refiero a antes de eso. Ya hace tiempo que tengo esa impresión. No me gustaron las cosas que han venido ocurriendo. No me agradó que destrozaran aquella mochila ni que hicieran pedazos el *echarpe* de Valerie. Ni tampoco que empaparan de tinta los apuntes de Negra Bess. Pensaba marcharme de aquí cuanto antes, y eso es lo que haré en cuanto ustedes me lo permitan.

—¿Quiere decir que tiene usted miedo de algo, señorita Finch?

Sally asintió.

—Sí. Tengo miedo. Aquí hay alguien despiadado, y este lugar… bueno, ¿cómo diría yo…? no es lo que parece. No, no, inspector, no me refiero a los comunistas. Veo la palabra temblando en sus labios. No me refiero a los comunistas. Tal vez no sea siquiera nada criminal. No lo sé. Pero le apuesto lo que quiera a que esa horrible vieja lo sabe todo.

—¿Qué vieja? ¿No se referirá a la señora Hubbard?

—No. Mamá Hubbard es un encanto. Me refiero a la vieja Nicoletis. Esa bruja.

—Eso es interesante, señorita Finch. ¿No puede precisar un poco más? Me refiero con relación a la señora Nicoletis.

—No. Todo cuanto puedo decirle es que cada vez que pasa por mi lado me estremezco. Algo extraño está ocurriendo aquí, inspector.

—Me gustaría que pudiera, ser un poco más explícita.

—A mí también. Creerá usted que tengo mucha imaginación. Bueno, tal vez tenga, pero otras personas piensan igual que yo. Akibombo, por ejemplo. Está asustado. Y creo que la Negra Bess también, aunque no quiera confesarlo. Y creo, señor inspector, que Celia sabía algo de todo esto.

—¿Que sabía algo de qué?

—Ése es el caso. ¿De qué? Pero dijo algunas cosas el último día… que quería aclararlo todo. Ella había confesado su parte en las desapariciones, pero debió sentir la corazonada de quién era el autor de otras cosas y deseaba que también se aclarasen. Creo que sabía algo, inspector. Por eso la asesinaron.

—Pero si era algo tan serio…

Sally le interrumpió:

—Yo no digo que ella supiera que se trataba de algo serio. No era muy inteligente y sí muy despistada. Debió de enterarse de algo sin comprender que era peligroso. De todas formas ésa es mi opinión, si le sirve de algo.

—Ya. Gracias… ¿La última vez que vio a Celia Austin fue anoche en el salón, después de cenar?

—Sí. Aunque, a decir verdad, la vi después.

—¿La vio usted después? ¿Dónde? ¿En su habitación?

—No. Cuando subí a acostarme, ella salía por la puerta

principal.

—¿Qué salía por la puerta principal? ¿Fuera de la casa, quiere usted decir?

—Sí.

—Eso es bastante curioso. Nadie más me ha hablado de ello.

—Me atrevo a asegurarle que no lo saben. Ella dio las buenas noches a todos y dijo que iba a acostarse, y si al salir del salón yo no la hubiera visto abrir la puerta de la calle hubiese supuesto que estaba en su habitación.

—Mientras que en realidad subió, se puso alguna ropa de abrigo y salió de la casa. ¿No es eso?

Sally asintió.

—Y creo que salió para encontrarse con alguien.

—Ya. Alguien ajeno a la casa. ¿O tal vez alguno de los estudiantes?

—Pues yo creo que debía ser uno de los estudiantes. Comprenda, si ella deseaba hablar privadamente con alguien, era difícil hacerlo en la casa, y tal vez quedaran en encontrarse en otro sitio.

—¿Tiene idea de cuándo regresó?

—En absoluto.

—¿Lo sabrá Geronimo, el criado?

—Si vino después de las once, sí, porque a esa hora hecha la cadena a la puerta. Hasta entonces cada uno puede abrir con su propia llave.

—¿Recuerda qué hora era cuando la vio salir de la casa?

—Yo diría que eran cerca de… las diez. Tal vez un poco después, pero no mucho.

—Ya. Gracias, señorita Finch, por todo lo que acaba de decirme.

Y por último el inspector habló con Elizabeth Johnston, quedando impresionado por la serena inteligencia de la joven, que contestaba a sus preguntas con decisión y claridad, esperando luego a que continuara.

—Celia Austin —le dijo el inspector— negó categóricamente el haber estropeado sus apuntes, señorita Johnston. ¿La creyó usted?

—Yo no creo que lo hiciera Celia, desde luego.

—¿Sabe quién fue?

—La respuesta más evidente es Nigel Chapman, pero me resulta

demasiado evidente. Nigel no es tonto, y no hubiera utilizado su propia tinta.

—Y… Y si no fue Nigel, ¿quién fue entonces?

—Eso ya es más difícil. Pero creo que Celia sabía quién… o por lo menos se lo figuraba.

—¿Se lo contó ella?

—Exactamente no; pero la noche antes de su muerte vino a mi habitación cerca de la hora de la cena, para decirme que a pesar de ser la responsable de los robos, no había estropeado mi trabajo. Yo le dije que la creía y le pregunté si sabía quién lo hizo.

—¿Y qué le contestó?

—Me dijo: «*En realidad no puedo estar segura porque no veo el motivo… Pudo ser una equivocación o un accidente… Estoy convencida de que el que lo hizo lo lamenta muchísimo y le agradaría confesarlo*». Celia continuó: «*Hay algunas cosas que no comprendo, como la desaparición de las bombillas el día que vino la policía*».

Sharpe la interrumpió:

—¿Qué es eso de la policía y las bombillas?

—No lo sé. Todo lo que Celia dijo fue: «Yo no las quité» y, luego agregó: «Me pregunto si tendrá algo que ver con el pasaporte». Yo le pregunté: «¿De qué pasaporte estás hablando?» y me dijo: «Creo que alguien tiene un pasaporte falso».

El inspector guardó silencio unos instantes.

Al fin algunas ideas vagas iban tomando forma. Un pasaporte…

—¿Qué más le dijo? —preguntó.

—Nada. Sólo: «De todas formas, mañana sabré algo más».

—¿Eso dijo? «Mañana sabré algo más». Es una observación muy significativa, señorita Johnston.

—Sí.

El inspector volvió a reflexionar en silencio.

Algo referente a un pasaporte… y a una visita de la policía… Antes de ir a la calle Hickory había revisado cuidadosamente los archivos. Se vigilaban muy de cerca las Residencias que albergaban a estudiantes extranjeros, y el número veintiséis de la calle Hickory tenía buen informe, aunque constaban los sucesos ocurridos en él. Un estudiante del África Occidental había sido requerido por la policía por vivir a expensas de una mujer, y dicho estudiante había

estado unos días en la calle Hickory, marchando luego a otro sitio, y siendo detenido a su debido tiempo y luego deportado. Hubo también una inspección en todas las pensiones y residencias en busca de un eurasiático reclamado para ayudar a la policía a esclarecer el asesinato de la esposa de un tabernero de cerca de Cambridge. Todo quedó aclarado cuando el joven en cuestión se presentó en el puesto de policía confesándose autor del crimen. Hubo también una investigación sobre el reparto de folletos subversivos entre estudiantes. Todos estos sucesos habían ocurrido algún tiempo atrás y no era posible que tuvieran nada que ver con la muerte de Celia Austin.

Con un suspiro alzó la cabeza, encontrándose con la mirada inteligente de Elizabeth Johnston, y llevado de su impulso le dijo:

—Dígame, señorita Johnston, ¿tiene usted o ha tenido alguna vez la impresión… de que en esta casa ocurría algo extraño?

Pareció sorprenderse.

—¿Raro… en qué sentido?

—No sabría decirle. Estaba pensando en algo que me dijo la señorita Sally Finch.

—Oh… Sally Finch.

La entonación de su voz le resultó difícil de interpretar, y sintiéndose interesado continuó:

—La señorita Finch parece ser buena observadora, inteligente y práctica. Insistió en que había algo… algo extraño en esta casa… aunque no supo explicar en qué consistía.

Elizabeth replicó vivamente:

—Ése es su modo de pensar. Ésas americanas, todas son iguales. Nerviosas, aprensivas, sospechan de cualquier tontería. Fíjese cómo se ponen en ridículo con sus presentimientos, su manía de espiar, su histerismo, y su obsesión por el comunismo. Sally Finch es un caso típico.

El interés del inspector fue aumentando. De modo que a Elizabeth le desagradaba Sally Finch. ¿Por qué? ¿Porque Sally era americana? ¿O acaso a Elizabeth le desagradaban las americanas únicamente por serlo Sally Finch, o había alguna otra razón para que la atractiva pelirroja no le fuera simpática? Tal vez fuesen simples celos femeninos.

Intentó echar mano de un recurso que algunas veces le había dado buenos resultados: el de halagar su vanidad, y por ello dijo en otro tono de voz:

—Como puede usted apreciar, señorita Johnston, en una Residencia como ésta, el nivel de cultura varía muchísimo. A algunas personas… a la mayoría, sólo les preguntamos hechos concretos, pero cuando tropezamos con alguien de inteligencia superior…

Hizo una pausa. El comentario era halagador. ¿Respondería?

Tras una breve pausa obtuvo su recompensa.

—Creo comprenderle, inspector. Aquí el nivel intelectual no es muy alto, como bien ha dicho usted. Nigel Chapman tiene ciertamente un cerebro rápido, pero su mentalidad es muy superficial. Leonard Bateson es trabajador… pero nada más. Valerie Hobhouse posee una fina capacidad de percepción, pero sus miras son únicamente comerciales, y es demasiado perezosa para emplear su cerebro en algo que no merezca la pena. Y lo que usted desea es la ayuda de una mentalidad disciplinada.

—Como la suya, señorita Johnston.

Ella aceptó el cumplido sin protestar, y el inspector comprendió, interesado, que tras sus modales modestos y amables se ocultaban la arrogancia y el convencimiento de sus propias cualidades.

—Me siento inclinado a participar de su opinión con respecto a sus compañeros estudiantes, señorita Johnston. Chapman es inteligente, pero aniñado. Valerie Hobhouse tiene cualidades, pero adopta una actitud *blasé* ante la vida. Usted, como acaba de decir, tiene una mentalidad disciplinada, y por eso valoro sus puntos de vista… los puntos de vista de una inteligencia poderosa y destacada.

Por un momento creyó haberse excedido, pero no tenía por qué temer.

—No hay nada raro en esta casa, inspector. No haga caso de lo que le diga Sally. Es una residencia muy decente y bien dirigida. Estoy segura de que aquí no encontrará el menor rastro de actividades subversivas.

El inspector quedó un tanto sorprendido.

—En realidad ahora no pensaba en esa clase de actividades.

—Oh… ya… —Elizabeth se desconcertó—. Yo me refería a lo que Celia contó de un pasaporte, pero mirándolo con toda imparcialidad y pesando toda la evidencia, parece casi seguro que la muerte de Celia fue debida a un motivo particular… tal vez a alguna complicación amorosa. Estoy segura de que no tuvo nada que ver con la Residencia, como Residencia, ni «que aquí ocurra nada extraño». Estoy convencida de que no pasa nada. De ser así me habría dado cuenta; poseo una sensibilidad muy fina.

—Ya. Bien, gracias, señorita Johnston. Ha sido usted muy amable prestándome su ayuda.

Elizabeth Johnston se marchó y el inspector Sharpe quedó con la vista fija en la puerta, que acababa de cerrarse. El sargento Cobb tuvo que hablarle dos veces para sacarle de su abstracción.

—¿Eh?

—He dicho que ya no queda nadie más, Inspector.

—Sí, ¿y qué hemos conseguido? Poquísimo. Pero voy a decirle una cosa, Cobb. Mañana vendré aquí con una orden de registro. Ahora nos marcharemos para reflexionar. Pero aquí ocurre algo. Mañana lo registraremos de arriba abajo… cosa nada fácil cuando se ignora lo que se busca, pero existe la posibilidad de que encuentre algo que me dé una pista. Esa joven que acaba de salir de aquí es muy interesante. Posee el «yo» de un Napoleón, y sospecho que sabe algo.

Capítulo XII

Hercules Poirot, mientras despachaba su correspondencia, se detuvo en mitad de la frase que estaba dictando. La señorita Lemon le miró con gesto interrogador.

—Sí, señor Poirot.

—Mi imaginación se distrae —Poirot alzó una mano—. Después de todo, esta carta no es importante. Señorita Lemon, tenga la bondad de llamar a su hermana por teléfono.

—Sí, señor Poirot.

Pocos minutos después, Poirot cruzaba la estancia para coger el teléfono de manos de su secretaria.

—Oiga —dijo.

—¿Diga, señor Poirot?

La señora Hubbard parecía bastante nerviosa.

—Espero que no la habré molestado, señora Hubbard…

—Estoy en un estado tal que ya ni lo noto.

—Ha sido un día agitado, ¿verdad? —preguntó el detective cortésmente.

—Es un modo muy delicado de decirlo, *monsieur* Poirot. Es eso exactamente lo que ha sido. El inspector Sharpe terminó ayer de interrogar a todos los estudiantes; hoy se presenta aquí con una orden de registro y he tenido que asistir a la señora Nicoletis, que ha sufrido un ataque de histerismo.

Poirot se mordió la lengua para contener la risa, y luego dijo:

—Quisiera hacerle una pregunta. Usted me envió una lista de objetos desaparecidos… y otros sucesos extraños… y lo que deseo, preguntarle es lo siguiente: ¿la escribió usted siguiendo un orden cronológico?

—¿Cómo?

—Quiero decir si lo fue anotando según el orden en que fueron ocurriendo.

—No. Lo siento… lo anoté a medida que lo iba recordando. Siento haberle despistado.

—Debiera habérselo preguntado antes —replicó Poirot—. Pero entonces no me pareció importante. Aquí tengo su lista. Empieza por un zapato de noche, una pulsera, polvos compactos, un anillo con un brillante, un encendedor, un estetoscopio y demás. Pero, ¿dice usted que no fue ése el orden de su desaparición?

—No.

—¿Lo recuerda ahora, o le resultaría demasiado difícil darme el orden debido?

—Pues no estoy segura, señor Poirot. Comprenda, ha pasado mucho tiempo. Tendría que pensarlo. En realidad, después de hablar con mi hermana y saber que íbamos a verle a usted, hice la lista, y creo que lo fui anotando todo a medida que iba recordando. Quiero decir que lo del zapato de noche fue tan particular que me vino a la memoria lo primero, y luego lo de la pulsera y los polvos compactos, el encendedor y el anillo, porque eran cosas bastante importantes y daban la impresión de que teníamos entre nosotros a un ladrón auténtico; y luego fui recordando las menos importantes y añadiéndolas a la lista. Me refiero al ácido bórico, las bombillas y la mochila. En realidad no tenían importancia y me acordé de ellas por casualidad.

—Ya —dijo Poirot—. Sí, ya comprendo… Ahora quisiera pedirle que cuando tenga un rato libre y con toda tranquilidad… es decir…

—Tal vez cuando acueste a la señora Nicoletis, le dé un calmante y tranquilice a Geronimo y María, tendré un poco de tiempo. ¿Qué es lo que desea de mí?

—Pues que escriba, con la mayor exactitud posible, el orden cronológico en que se sucedieron los diversos incidentes.

—Desde luego, señor Poirot. Creo que la mochila fue lo primero, y las bombillas… que no supe relacionar con las otras cosas… y luego la pulsera y los polvos compactos… No… el zapato de noche. Pero, bueno, no querrá usted oírme divagar ahora. Se lo escribiré lo mejor que pueda.

—Gracias, madame. Le quedaré muy agradecido.

Y Poirot cortó la comunicación.

—Estoy enfadado conmigo mismo —dijo a la señorita Lemon—. Me he apartado de mis principios: orden y método. Desde el principio debí haber considerado cada uno de los robos en el orden en que ocurrieron.

—Vamos, vamos —dijo la señorita Lemon mecánicamente—. ¿Va a terminar de dictar ahora estas cartas, señor Poirot?

Pero nuevamente el detective alzó la mano en un gesto de impaciencia.

* * *

Al regresar a la calle Hickory, la mañana del sábado, con una orden de registro, el inspector Sharpe solicitó una entrevista con la señora Nicoletis, que siempre acudía los sábados a pasar cuentas con la señora Hubbard, para explicarle lo que pensaba hacer.

La señora Nicoletis protestó enérgicamente.

—¡Pero eso es un insulto…! Mis estudiantes se marcharán… se marcharán… Será mi ruina…

—No, no, señora. Estoy seguro de que serán razonables… Al fin y al cabo se trata de un asesinato.

—No ha sido asesinato… sino suicidio.

—Y estoy seguro que una vez yo les explique lo que ocurre, nadie tendrá inconveniente…

La señora Hubbard intervino conciliadora.

—Estoy segura de que todos serán razonables… excepto —agregó pensativa— tal vez Ahmed Alí y Chandra Lal.

—¡Bah! —replicó la señora Nicoletis—. ¿Quién se preocupa por ellos?

—Gracias, señora —dijo el inspector—. Entonces empezaremos aquí, en su saloncito.

Una protesta inmediata y violenta fue la reacción de la señora Nicoletis.

—¡Registre lo que quiera —dijo—, pero aquí no! Me niego.

—Lo siento, señora Nicoletis, pero tengo que registrar toda la casa, de arriba abajo.

—Muy bien, pero no mis habitaciones. Yo estoy por encima de la ley.

—Nadie está por encima de la ley, y lamento tener que pedirle que acceda.

—Esto es un ultraje —exclamó la señora Nicoletis, furiosa—. Usted es un metomentodo. Escribiré a todo el mundo. Escribiré a mi diputado… a los periódicos…

—Escriba a quien quiera, señora —replicó el inspector—, pero yo voy a registrar esta habitación.

Y se dirigió al escritorio. Una gran caja de bombones, un montón de papeles y una gran variedad de chucherías fue el resultado de su registro. Luego fue hacia el armario que estaba en un rincón del saloncito.

—Está cerrado. ¿Quiere entregarme la llave?

—¡Nunca! —gritó la señora Nicoletis—. ¡Nunca, nunca, nunca tendrá esa llave! ¡Maldito policía!

—Hará usted bien en dármela, —le dijo el inspector Sharpe—. O de otro modo haré saltar la cerradura.

—¡No le daré la llave! ¡Tendría que arrancarme antes las ropas! Y eso… eso sería un escándalo.

—Traiga un escoplo, Cobb —dijo el inspector, resignado.

La señora Nicoletis lanzó un grito de furia al que el inspector no prestó atención. Se trajo la herramienta y tras un par de forcejeos abrió la puerta del armario, descubriendo un gran almacén de botellas de coñac vacías, que cayeron al suelo.

—¡Cerdo! ¡Salvaje! ¡Satanás! —gritaba la señora Nicoletis.

—Gracias, señora —dijo el inspector—. Hemos terminado ya.

Y la señora Hubbard se apresuró a colocar de nuevo las botellas en su sitio mientras la señora Nicoletis sufría un ataque de histerismo.

Un misterio… el del temperamento de la señora Nicoletis… acababa de ser aclarado.

* * *

La llamada de Poirot llegó precisamente en el momento que la

señora Hubbard estaba preparando una dosis de calmante en su saloncito particular. Después de dejar el teléfono se inclinó sobre la señora Nicoletis, que había cesado de gritar y de golpear con los tacones el sofá de su propia salita.

—Ahora, bébase esto —le dijo la señora Hubbard—. Y se encontrará mucho mejor.

—¡Gestapo! —exclamó la señora Nicoletis, que permanecía quieta, pero ceñuda.

—Yo de usted no pensaría más en ello —dijo la señora Hubbard tratando de consolarla.

—¡Gestapo! —repitió la señora Nicoletis—. ¡De la Gestapo! ¡Eso es lo que son!

—Comprenda… han cumplido con su deber —replicó la hermana de la señorita Lemon.

—¿Es su deber meter las narices en mis armarios? Yo les dije: «Eso no es para ustedes». Y lo cerré con llave y me la escondí en el pecho. De no haber estado usted presente me hubieran arrancado el traje sin el menor reparo.

—Oh, no, no creo que hubiesen hecho una cosa así —replicó la señora Hubbard.

—¡Eso es lo que usted dice! Y en vez de hacerme caso cogieron un escoplo y saltaron la cerradura. Éste es un desperfecto para la casa, del cual seré *yo* la responsable.

—Pues, verá… si usted les hubiera dado la llave…

—¿Por qué había de dársela? Es mía. Mi llave, y éste es mi saloncito particular… como les dije a los policías. «Salgan de aquí», y no se fueron.

—Bien; después de todo, señora Nicoletis, recuerde que ha habido un asesinato, y cuando se ha cometido un asesinato hay que soportar cosas que en ocasiones ordinarias no resultan muy agradables.

—¡Qué crimen ni qué majaderías! —replicó la señora Nicoletis —. La pequeña Celia se suicidó. Era una tonta enamorada y se envenenó. Es una de esas cosas que ocurren continuamente. Esas chicas son tan estúpidas en cuestiones de amor… ¡como si el amor tuviera importancia! ¡En uno o dos años termina la mayor pasión! ¡Cualquier hombre es igual a otro! Pero esas chicas de ahora no lo

saben. Se toman cantidades enormes de píldoras para dormir y desinfectantes, o abren la llave del gas… u otra tontería por el estilo… y luego es demasiado tarde.

—Bueno —dijo la señora Hubbard volviendo la conversación al punto en que había comenzado—. Yo no me atormentaría más.

—Eso tal vez pueda hacerlo usted, pero yo tengo que espabilarme. Ya no volveré a tener tranquilidad.

—¿Tranquilidad? —la señora Hubbard la miró sobresaltada.

—Era mi armario privado. Nadie sabía lo que había en su interior, ni yo quise que lo supieran. Y ahora lo sabrán todos. Estoy intranquila. Pueden pensar… ¿qué pensarán?

—¿A quiénes se refiere? —preguntó la señora Hubbard.

La señora Nicoletis alzó sus anchos hombros con aire triste.

—Usted no lo comprende —le dijo—, pero estoy intranquila. Muy intranquila.

—¿Por qué no me lo explica? —la animó la señora Hubbard—. Tal vez entonces pueda ayudarla.

—Gracias a Dios que no duermo aquí —dijo la señora Nicoletis —. Las cerraduras de todas las puertas son iguales. No; gracias a Dios no dormiré aqui.

—Señora. Nicoletis, si teme usted algo, ¿no sería mejor que me dijera lo que es?

La señora Nicoletis la miró de hito en hito un instante y luego volvió a apartar la vista.

—Usted misma lo ha dicho —replicó en tono evasivo—. Usted ha dicho que en esta casa se ha cometido un crimen, de modo que es natural que esté intranquila. ¿Quién será la próxima víctima? Ni siquiera sabemos quién es el asesino. Eso ocurre porque la policía es estúpida, o porque ha sido sobornada.

—Acaba de decir una tontería, y usted lo sabe —repuso la señora Hubbard—. Pero dígame, ¿tiene usted algún motivo para sentir verdadera inquietud…?

La señora Nicoletis volvió a sus arranques de genio.

—¡Ah!, ¿cree usted que no tengo motivos para estar intranquila? ¡Como usted siempre lo sabe todo! Es tan maravillosa; usted administra; usted dirige; usted gasta el dinero como el agua en alimentos para que los estudiantes la aprecien, y ahora quiere

dirigir mis asuntos. ¡Pero eso no! Yo me cuido de mis cosas y nadie tiene derecho a meterse en lo que yo hago, ¿oye usted? ¡No, señora entrometida!

—Por favor… —exclamó la señora Hubbard, exasperada.

—Usted es una espía… siempre lo he sabido.

—¿Qué es lo que yo espío?

—Nada —repuso la señora Nicoletis—. Aquí no hay nada que espiar. Si usted cree lo contrario se equivoca. Si le han contado mentiras sobre mí, ya sabré quién ha sido.

—Si quiere que me marche —dijo la señora Hubbard—, sólo tiene que decirlo.

—No, usted no se marchará. Se lo prohíbo. Y nada menos que en estos momentos. Ahora que tengo que habérmelas con la policía, con un crimen y todo lo demás. No le permitiré que me abandone.

—Oh, está bien —repuso la señora Hubbard, resignada—. Pero la verdad es que es muy difícil saber lo que usted quiere. Algunas veces creo que ni usted misma lo sabe. Será mejor que se acueste en su cama y procure dormir.

Capítulo XIII

Hercules Poirot se apeó del taxi ante el número veintiséis de la calle Hickory.

La puerta le fue abierta por Geronimo, que le recibió como a un viejo amigo. Había un policía en el recibidor y el criado condujo al detective al comedor y luego cerró la puerta.

—Es terrible —susurró mientras ayudaba a Poirot a quitarse el abrigo—. ¡Tenemos a la policía todo el día en casa! Haciendo preguntas, yendo de acá para allá, registrando armarios, vaciando cajones; o bien entran en la cocina y María se pone furiosa. Dice que le gustaría pegar a un policía con el rodillo de amasar, pero yo le digo que es mejor que no lo haga, que a los policías no les gusta que se les pegue con el rodillo de amasar, y que si María les pegara aún nos causarían más molestias.

—Le aconsejó usted con muy buen sentido —le dijo Poirot—. ¿Podría ver a la señora Hubbard?

—Ahora le acompañaré arriba.

—Un momento —Poirot le detuvo—. ¿Recuerda usted qué día desaparecieron las bombillas?

—¡Oh, sí, lo recuerdo! Pero hace ya mucho tiempo… Uno… dos… o tres meses. La del recibidor y creo que la del salón también. Alguien debió querer gastar una broma, y se llevó las bombillas.

—¿Recuerda en qué fecha fue?

Geronimo hizo memoria.

—No lo recuerdo —repuso—. Pero creo que fue el día que vino un policía… en el mes de febrero…

—¿Un policía? ¿Y para qué vino a esta casa?

—Quería ver a la señora Nicoletis para preguntarle por un estudiante muy malo venido de África. No trabajaba, se acogió a la

Ayuda Nacional, y luego vivía a expensas de una mujer. Un caso lamentable, que a la policía no le gustó. Todo esto ocurrió en Manchester, o quizás en Sheffield; por eso se escapó de allí y vino aquí; pero la policía le siguió y hablaron de él a la señora Hubbard. Sí. Y ella dijo que no se había quedado aquí porque no le agradaban los individuos de su calaña y le había echado de la Residencia.

—Ya. Intentaban seguir su pista.

—¿Cómo dice?

—¿Le iban buscando?

—Sí, sí, eso es. Le descubrieron al fin y le encarcelaron porque vivía a expensas de una mujer y eso no debe hacerse. Ésta es una casa respetable. No nos gustan esas cosas.

—¿Y ese día desaparecieron las bombillas?

—Sí; porque yo di la luz, y no se encendió. Fui al salón, y lo mismo, y al buscar en el cajón donde guardamos las de repuesto vi que se las habían llevado. Así que tuve que bajar a la cocina y preguntar a María si sabía dónde había otras… pero se puso furiosa porque no le gusta la policía y dijo que aquello no era de su incumbencia, y que por lo tanto encendiera algunas velas.

Poirot fue digiriendo aquella historia mientras seguía a Geronimo, que le acompañaba a la habitación de la señora Hubbard.

El detective fue recibido calurosamente por la hermana de su secretaria, que parecía cansada e inquieta, y que al instante le alargó un pedazo de papel.

—Señor Poirot, le he escrito todas estas cosas en el orden correspondiente y lo mejor que he podido, pero no me atrevo a asegurar que no me haya equivocado. Comprenda, es muy difícil recordar lo que ocurrió meses atrás.

—Le estoy profundamente agradecido, madame. ¿Y cómo está la señora Nicoletis?

—Le he dado un calmante y espero que ahora se haya dormido. Armó un alboroto terrible por lo del registro. Se negó a que abrieran el armario de su cuarto y el inspector lo forzó, descubriendo un almacén de botellas de coñac vacías.

—¡Ah! —exclamó Poirot chasqueando la lengua.

—Lo cual explica muchísimas cosas —continuó la señora

Hubbard—. En realidad no sé por qué no se me ocurrió antes, habiendo visto tantos casos parecidos en Singapur. Pero eso estoy segura de que a usted no le interesa.

—Todo me interesa —replicó el detective.

Y se sentó dispuesto a estudiar el papel que la señora Hubbard acababa de entregarle.

—¡Ah! —exclamó al cabo de unos instantes—. Veo que la mochila encabeza la lista.

—Sí. No fue cosa de gran importancia, pero ahora recuerdo perfectamente que ocurrió antes de que empezaran a desaparecer las otras chucherías. Todo eso sucedía cuando yo andaba algo trastornada por causa de uno de los estudiantes de color. Se marchó de aquí uno o dos días antes de que ocurriera esto y recuerdo haber pensado que tal vez hubiera sido un acto de venganza por su parte antes de marcharse. Había habido… bueno… cierto contratiempo.

—¡Ah! Geronimo me ha contado algo de ello. Creo que vino la policía, ¿es cierto?

—Sí. Al parecer la denuncia venía de Sheffield, Birmingham o algún otro sitio. Había habido un escándalo. Conducta inmoral y todas esas cosas… más tarde le juzgaron. En realidad aquí no estuvo más que tres o cuatro días. No me agradó su comportamiento, ni su modo de vivir y por ello le dije que su habitación estaba comprometida y que tendría que marcharse. No me sorprendió que luego viniera la policía. Desde luego, no pude decirle adónde había ido, pero de todas formas, le detuvieron.

—¿Y eso fue antes de que encontraran la mochila?

—Sí… creo que sí… es difícil acordarse. Len Bateson tenía que ir de excursión; suele hacerlas empleando el procedimiento del *auto-stop*, y no pudo encontrar su mochila, por lo que armó un escándalo terrible y todos anduvieron buscando por todas partes hasta que Geronimo la encontró detrás de la caldera, y hecha jirones. Fue una cosa extraña e insustancial, señor Poirot.

—Sí —convino Poirot—. Extraña e insustancial. —Y permaneció pensativo unos instantes—. Y el mismo día que la policía vino a preguntar por ese estudiante africano desaparecieron las bombillas eléctricas… o por lo menos eso me dijo el criado, ¿fue ese mismo día?

—Pues en realidad no lo sé. Sí, sí, creo que tiene razón, porque recuerdo que bajé con el inspector de policía para ir al salón y había velas encendidas. Queríamos preguntar a Akibombo si aquel individuo había hablado con él, o le dijo hacia dónde pensaba dirigirse.

—¿Quién más estaba en el salón?

—Me parece que a aquella hora habían regresado la mayoría de los estudiantes. Era por la tarde, ¿sabe?, a eso de las seis. Le pregunté a Geronimo por las bombillas y dijo que las habían quitado. Al preguntarle por qué no había puesto otras, me contestó que tampoco estaban las de repuesto. Me disgusté bastante, pareciéndome una broma muy estúpida. Creía que se trataba de eso, no de un robo, pero me sorprendió que no se encontrasen más bombillas, puesto que siempre teníamos bastantes de reserva. Sin embargo, no lo tomé en serio, señor Poirot, por lo menos entonces.

—Las, bombillas y la mochila —dijo Poirot pensativo.

—Pero todavía creo posible que esas dos cosas no tuvieran relación alguna con los «pecadillos» de la pobre Celia. Recuerde que ella negó haber tocado siquiera la mochila.

—Si, sí, eso es cierto. ¿Cuánto tardaron en producirse los robos?

—Oh, mi buen señor Poirot, no tiene usted idea de lo difícil que es recordar todo esto. Déjeme pensar. Eso fue en marzo; no, en febrero, a finales de febrero. Sí, sí; creo que Geneviéve echó de menos su polvera una semana después de eso. Sí, entre el veinte y el veinticinco de febrero.

—¿Y a partir de entonces los robos se fueron sucediendo con continuidad?

—Sí.

¿Y la mochila era de Len Bateson?

—Sí.

¿Y se marchó muy contrariado?

—Pues ya sabe lo que son las cosas, señor Poirot —replicó la señora Hubbard sonriendo ligeramente—. Len Bateson es un muchacho de buen corazón, generoso, que sabe perdonar una falta, pero posee un temperamento vehemente y dice las cosas tal como las siente.

—¿Y la mochila… era especial?

—Oh, no, de clase corriente.

—¿Podría enseñarme alguna parecida?

—Pues sí, desde luego. Colin creo que compró una igual. Y también Nigel… y en realidad ahora Len tiene una nueva porque tuvo que comprarse otra. Los estudiantes suelen adquirirlas en la tienda que hay al final de esta calle. Es un buen establecimiento donde venden toda clase de artículos para camping y ropas para excursionistas. Calzones cortos, sacos de dormir… toda esa clase de cosas. Y muy barato… mucho más que en cualquiera de los grandes almacenes.

—¿Podría enseñarme una de esas mochilas, madame?

La señora Hubbard le acompañó a la habitación de Colin Macnabb. El joven no estaba allí, pero la señora Hubbard abrió el guardarropa, y luego de inclinarse sacó una mochila que mostró a Poirot.

—Aquí tiene, señor Poirot. Ésta es exactamente igual a la que por aquel entonces desapareció y fue encontrada hecha pedazos.

—Pues debieron necesitar un buen cuchillo —murmuró Poirot mientras tentaba el material para examinarlo—. No sería posible hacerlo con unas tijeritas de bordar.

—Oh, no fue obra de una… bueno, de una jovencita, por ejemplo. Debió emplearse bastante fuerza. Sí, fuerza y… bueno… mala intención.

—Sí, ya sé. No es una cosa que resulte agradable recordarla.

—Luego, cuando más tarde se encontró la bufanda de Valerie también hecha pedazos… me pareció… ¿cómo le diría yo…?, cosa de un loco.

—¡Ah! —replicó Poirot—. Pero creo que en eso se equivoca. No me parece obra de un loco, sino de alguien que lo hizo con intención y digamos… con método.

—Bueno, supongo que usted sabrá más que yo de estas cosas, señor Poirot —dijo la señora Hubbard—. Todo lo que puedo decir es que no me gusta. A mi juicio tenemos aquí a un grupo de magníficos estudiantes y me disgustaría mucho pensar que uno de ellos sea… no quiero ni pensarlo.

Poirot se había aproximado al balcón y abriéndolo se asomó al exterior.

La habitación daba a la parte posterior de la casa, y debajo existía un pequeño jardín descuidado y ennegrecido por el hollín.

—Supongo que esta parte es más tranquila que la de delante… —dijo el detective.

—En cierto modo. Pero en realidad la calle Hickory no es muy ruidosa. Y por esta parte se pasean de noche los gatos, maullando y haciendo caer las tapaderas de los cubos de la basura.

Poirot contempló cuatro grandes cubos abollados y otros bártulos de los que suelen verse en los patios posteriores.

—¿Dónde está la caldera de la calefacción?

—En esa puerta que se ve ahí junto la carbonera.

—Ya.

Y Hercules la contempló, interesado.

—¿Hay alguien más cuya habitación dé a esta parte de la casa?

—Nigel Chapman y Len Bateson ocupan la de al lado.

—¿Y a continuación de la de ellos?

—Viene ya la casa contigua… y las habitaciones de las señoritas. Primero la de Celia, y sigue la de Elizabeth Johnston, y luego la de Patricia Lane. Las de Valerie y Jean Tomlinson dan a la parte de delante.

Poirot entró de nuevo en la habitación.

—Este joven es muy ordenado —murmuró contemplando la habitación.

—Sí. Colin siempre tiene la habitación aseada. Algunos estudiantes viven entre el mayor desorden —dijo la señora Hubbard —. Debiera usted ver el dormitorio de Len Bateson. —Y agregó con indulgencia—: Pero es un muchacho muy simpático, señor Poirot.

—¿Y dice usted que esas mochilas las compran en una tienda al final de la calle?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Pues la verdad, *monsieur* Poirot, no lo recuerdo. Mabberley, me parece, o tal vez Kelso. No, no se parecen en nada, pero son los únicos nombres que me vienen a la memoria. Claro que podría ser porque conocí a unos Kelso y a unos Mabberley y eran unas personas muy parecidas.

—Ah —replicó Poirot—. Ésa es una de las cosas que me ha

fascinado siempre. El lazo invisible.

Volvió a asomarse al balcón para contemplar el jardín, y luego de despedirse de la señora Hubbard abandonó la casa. Fue caminando por la calle Hickory hasta llegar a la esquina y una vez allí no tuvo dificultad de reconocer la tienda descrita por la señora Hubbard. En ella se veía gran profusión de cestas para excursiones; mochilas, termos, cantimploras, equipos deportivos de todas clases, pantalones cortos, camisas de franela, tiendas de campaña, trajes de baño, faros para bicicletas y linternas; en resumen, todo lo necesario para satisfacer a la juventud atlética. Observó que el nombre del establecimiento no era ni Mabberley ni Kelso, sino Hicks. Después de un cuidadoso estudio de los géneros expuestos en el escaparate, Poirot entró en la tienda fingiéndose deseoso de comprar una mochila para un sobrino imaginario.

—Suele ir a *le camping*, ¿comprende? —dijo Poirot con su mejor acento extranjero—. Se marcha a pie con otros estudiantes y todo lo que necesita lo lleva cargado a la espalda. Los coches y camiones que pasan les llevan de trecho en trecho.

El propietario, que era un hombre servicial, menudo y de cabellos color ceniza, replicó en el acto:

—Ah, el *auto-stop*. Es muy corriente hoy en día. Aunque los autobuses y las Compañías ferroviarias pierden mucho dinero por esa causa. Algunos jóvenes dan la vuelta a toda Europa por ese sistema. De modo que lo que usted desea es una mochila… ¿De las corrientes?

—Creo que sí ¿Es que hay mucha variedad?

—Pues tenemos un par de modelos de esos ligeros para señoritas, pero ésta es la clase de artículo que vendemos más. Buen material, fuerte, muy resistente, y en realidad muy barato, aunque sea yo quien lo diga.

Y le mostró una mochila de lona gruesa, que a juicio del detective era una copia exacta de la que viera en la habitación de Colin. La examinó, hizo algunas preguntas más innecesarias y terminó por pagar su importe.

—Ah, sí, vendemos muchísimas —dijo el hombre mientras la envolvía.

—Hay muchos estudiantes que se hospedan por este barrio,

¿verdad?

—Está lleno de estudiantes.

—Creo que hay una Residencia en esta calle.

—Sí. He vendido varias mochilas a los jóvenes de esa pensión, y también a las señoritas. Suelen venir aquí a comprar todo lo que necesitan antes de salir de excursión. Mis precios son más baratos que los de los grandes almacenes y siempre se lo digo. Aquí tiene, señor; estoy seguro de que su sobrino quedará encantado del servicio que le prestará esta mochila.

Poirot le dio las gracias y salió con el paquete.

No había dado ni dos pasos cuando alguien puso una mano en su hombro.

Era el inspector Sharpe.

—Es usted precisamente el hombre que buscaba —dijo Sharpe.

—¿Ya ha terminado de registrar la casa?

—He registrado la casa, pero no creo haber terminado nada. Cerca de aquí hay un sitio donde se puede tomar un bocadillo decente y una taza de café. Venga conmigo si no está ocupado. Me gustaría hablar con usted.

El bar en cuestión estaba casi vacío, y los dos hombres se llevaron sus platos y tazas hasta una mesita situada en un rincón.

Allí Sharpe le puso al corriente del resultado de sus interrogatorios.

—La única persona contra la que tenemos alguna evidencia es el joven Chapman —dijo—. Tres venenos pasaron por sus manos, pero no hay razón para creer que tuviera nada contra Celia Austin, y dudo que de ser realmente culpable hubiera hablado con tanta franqueza de sus actividades.

—Sin embargo, eso ofrece otras posibilidades.

—Sí… todo ese veneno rodando por un cajón. ¡Qué chico más estúpido!

Luego pasó a contarle el interrogatorio de Elizabeth Johnston y lo que Celia le había dicho.

—Si fuera cierto, resulta significativo.

—Muy significativo —convino Poirot.

El inspector repitió:

—«Mañana sabré más».

—Y ese… «mañana» no llegó nunca para la pobrecilla. Y el registro… ¿ha descubierto algo?

—Sólo un par de cosas…, ¿cómo podríamos llamarlas…? inesperadas.

—¿Como por ejemplo?

—Que Elizabeth Johnston es miembro del partido comunista. Encontramos su carnet.

—Sí —repuso Poirot pensativo—. Eso es interesante.

—Usted no se lo imaginaría —dijo el inspector Sharpe—. Yo por lo menos ni lo sospeché hasta interrogarla. Esa chica tiene una gran personalidad.

—Debe ser un buen elemento para su Partido —dijo Hercules Poirot—. Es una jovencita de inteligencia extraordinaria.

—Me resultó interesante —continuó el inspector Sharpe—. Además nunca había demostrado esas simpatías en la Residencia. No veo que eso pueda tener relación con el caso de Celia Austin… pero es algo que debe tenerse en cuenta.

—¿Qué más ha descubierto?

El inspector Sharpe se encogió de hombros.

—La señorita Lane tenía en su cajón un pañuelo bastante grande manchado de tinta verde.

Poirot enarcó las cejas.

—¿Tinta verde? ¡Patricia Lane! Entonces fue ella quien cogió la tinta para verterla sobre los apuntes de Elizabeth Johnston y luego debió secarse las manos en ese pañuelo, pero seguramente…

—Seguramente no hubiera querido que sospecharan de su querido Nigel —terminó Sharpe.

—Es lo que cualquiera pensaría. Claro que también pudieron poner el pañuelo en su cajón.

—Es posible.

—¿Algo más?

Sharpe reflexionó unos instantes.

—Pues… parece ser que el padre de Leonard Bateson está hospitalizado en la Clínica Mental de Longwith Vale. No creo que la noticia tenga un interés particular, pero…

—Pero el padre de Len Bateson está loco. Probablemente no tendrá importancia la noticia, como usted dice, pero es otro factor

que hay que tener en cuenta. Sería interesante saber cuál es su manía particular.

—Bateson es un chico simpático —dijo Sharpe—, pero tiene un carácter un poco indomable.

Poirot asintió, recordando de pronto con toda claridad a Celia Austin diciendo: «Desde luego que yo no iba a destrozar una mochila. Eso es una tontería. Fue un arranque de furor». ¿Cómo lo supo? ¿Es que acaso vio a Len Bateson destrozando la mochila? Y volvió de nuevo a la realidad al oír que Sharpe le decía con una sonrisa:

—…y Ahmed Alí tenía en su poder literatura y postales pornográficas que explican el porqué de su furor al oír que íbamos a efectuar un registro.

—Sin duda debió haber muchas protestas…

—Sí. Una jovencita francesa casi tuvo un ataque de histerismo, y uno de los indios, Chandra Lal, amenazó con convertirlo en una afrenta internacional. Entre sus cosas encontramos algunos folletos subversivos con las tonterías de costumbre… y uno de los oeste-africanos tenía algunos recuerdos y fetiches bastante terribles. Sí, desde luego, un registro descubre el lado peculiar de cada individuo. ¿Se enteró del contenido del armario privado de la señora Nicoletis?

—Sí, lo sé.

El inspector Sharpe sonrió.

—¡En mi vida había visto tantas botellas de coñac vacías! ¡Estaba furiosa con nosotros!

Lanzó una carcajada y luego se puso repentinamente serio.

—Pero no encontramos lo que buscábamos —dijo—. Ni un pasaporte que no fuera auténtico.

—No iba a esperar que dejaran por ahí alguno falso para que usted lo encontrara, *mon ami*. ¿No tuvo usted nunca ocasión de visitar oficialmente el número veintiséis de la calle Hickory en la relación con un pasaporte? Digamos… durante los últimos seis meses.

—No. Voy a enumerarle las ocasiones en que tuvimos que ir allí… durante el período de tiempo que usted indica.

Y se las detalló cuidadosamente.

Poirot le escuchaba con el ceño fruncido.

—Todo eso no tiene sentido —dijo Sharpe al terminar.

Poirot meneó la cabeza.

—Las cosas sólo tienen sentido si se empiezan por el principio.

—¿Y a qué llama usted principio, Poirot?

—A la mochila, amigo mío —repuso el detective con calma—. A la mochila. Todo este asunto empezó con una mochila.

Capítulo XIV

La señora Nicoletis subía la escalera del sótano donde había conseguido enfurecer a Geronimo y a la irascible María.

—¡Mentirosos y ladrones! —dijo la señora Nicoletis con voz triunfante—. ¡Todos los italianos son mentirosos!

La señora Hubbard, que acababa de salir en aquel momento, lanzó un suspiro breve.

—Es una lástima disgustarles precisamente cuando están preparando la cena —dijo.

—¿Y a mí qué me importa? —replicó la señora Nicoletis—. Yo no cenaré aquí.

La señora Hubbard contuvo la respuesta que acudía a sus labios.

—Regresaré el lunes, como de costumbre —continuó la señora Nicoletis.

—Sí, señora.

—Y haga el favor de encargarse de que arreglen la cerradura de mi armario a primera hora de la mañana del lunes. La factura la presentará a la policía, ¿me ha comprendido? A la policía.

La señora Hubbard la miró con aire incrédulo.

—Y quiero que ponga bombillas nuevas en los pasillos… mucho más potentes. Están demasiado oscuros.

—Usted dijo que las quería de poco voltaje, para economizar.

—Eso fue la semana pasada —replicó la señora Nicoletis—. Ahora… es distinto.

Cuando miro hacia atrás me pregunto: «¿Quién me seguirá?».

¿Acaso la señora Nicoletis tenía miedo de algo o de alguien? Era tal su costumbre de exagerarlo todo que resultaba difícil saber hasta qué punto había que creer en sus palabras.

—¿Está segura de que desea irse sola a casa? —le preguntó la

señora Hubbard—. ¿Quiere que la acompañe?

—¡Estaré mucho más segura que aquí, se lo aseguro!

—Pero, ¿de qué tiene miedo? Si yo lo supiera, tal vez…

—A usted no le importa. No le diré nada. Resulta insoportable que continuamente me esté haciendo preguntas.

—Lo siento, estoy segura…

—Ahora se ha ofendido. —La señora Nicoletis le dirigió una sonrisa de desagravio—. Soy brusca y de mal carácter… sí. Pero tengo muchas preocupaciones y recuerde que confío y descanso en usted. Verdaderamente no sé lo que haría sin usted, querida señora Hubbard. Mire, le doy mi mano. Que pase un buen fin de semana. Buenas noches.

La señora Hubbard la contempló mientras abría la puerta de la calle y una vez se hubo marchado exhaló un suspiro de alivio, disponiéndose a bajar al sótano.

La señora Nicoletis, luego de descender los escalones de la entrada, atravesó la verja y torció a la derecha. La calle Hickory era una avenida bastante ancha y las casas estaban separadas de la acera por los jardines respectivos. Al final de la misma, a pocos minutos del número veintiséis, se hallaba una de las principales avenidas de Londres, por la que circulaban autobuses. Había un semáforo en la misma esquina y una taberna: «El Collar de la Reina». La señora Nicoletis caminaba por el centro de la acera y de vez en cuando dirigía una mirada de recelo por encima del hombro, mas no se veía nadie. La calle Hickory estaba desierta aquella noche. Apresuró sus pasos al acercarse a «El Collar de la Reina», y tras dirigir otra ansiosa mirada a su alrededor entró presurosamente en la taberna.

Luego de beber el coñac doble que había pedido, se encontró muy animada. Ya no era la mujer asustada e intranquila de poco antes, aunque su aversión hacia la policía no había disminuido. «¡Gestapo! ¡Yo haré que lo paguen! ¡Sí, lo pagarán!», murmuraba entre dientes terminando de beber su coñac. Pidió otro mientras repasaba mentalmente los últimos acontecimientos. Fue una desgracia, una terrible desgracia, que la policía hubiera tenido el poco tacto de descubrir su oculto tesoro, y sería demasiado esperar que la noticia no corriera entre los estudiantes. Quizá la señora

Hubbard fuese discreta, o tal vez no, porque en realidad, ¿acaso puede una fiarse de nadie? Esas cosas siempre se saben. Geronimo lo sabía, y probablemente lo habría dicho a su esposa, y a la mujer de la limpieza… y así poco a poco lo irían sabiendo todos hasta… Se sobresaltó al oír una grave y bien modulada voz, que decía a sus espaldas:

—Vaya, señora Nick, no sabía que usted frecuentara este lugar.

Giró en redondo y luego exhaló un suspiro de franco alivio.

—Oh, es usted —dijo—. Creí…

—¿Quién creía que era? ¿El lobo feroz? ¿Qué es lo que está tomando? Tome otra copa de lo que quiera conmigo.

—Son todas esas preocupaciones —explicó la señora Nicoletis con dignidad—. Esos policías registrando mi casa, y molestando a todo el mundo. Mi pobre corazón. Tengo que tener mucho cuidado con mi corazón… no debiera beber, pero en la calle me sentía desfallecida y pensé que un poco de coñac…

—No hay como el coñac. Aquí tiene.

La señora Nicoletis abandonaba poco después «El Collar de la Reina» sintiéndose reanimada y positivamente feliz. Decidió no tomar el autobús. Hacía una noche espléndida y le haría bien caminar. Sí, el aire le sentaría bien. No era que le flaquearan las piernas, pero andaba con cierta dificultad. Tal vez hubiera sido más prudente tomar un coñac menos, mas el aire fresco no tardaría en despejar su cabeza. Al fin y al cabo, ¿por qué una señora no puede tomar una copita de vez en cuando? ¿Qué tiene eso de malo? Nunca había llegado a intoxicarse. ¿Intoxicarse? Claro que no se intoxicó nunca. Y de todas maneras, si no les gustaba y se lo reprochaban, les echaría a la calle. ¿Acaso no sabía ella más de un par de cosas? ¡Si quisiera hablar! La señora Nicoletis alzó la cabeza con aire retador y esquivó como pudo un buzón de Correos que se le venia encima con gran rapidez. No cabía duda de que la cabeza le daba vueltas. ¿Y si se apoyaba un ratito contra la pared… y cerrara los ojos unos instantes…?

El agente de policía Bott, que estaba de guardia, fue abordado por un empleado de aspecto tímido.

—Agente, ahí va una mujer… parece que se ha puesto mala. Está en el suelo, hecha un ovillo.

El agente Bott dirigió sus pasos enérgicos hacia el lugar indicado y se detuvo para inclinarse sobre una figura caída. Un fuerte olor a coñac confirmó sus sospechas.

—Ha perdido el conocimiento —dijo—. Está bebida. ¡Ah! no se preocupe, señor, yo cuidaré de ella.

* * *

Hercules Poirot, que acababa de tomar un desayuno dominical, enjugó sus bigotes para limpiar todo rastro de chocolate que pudiera haber en ellos, antes de pasar a su saloncito.

Cuidadosamente colocadas sobre la mesa se veían cuatro mochilas, cada una con su etiqueta… como resultado de las instrucciones que diera a George el día anterior. Poirot cogió la que se comprara él, y tras quitarle el papel que la envolvía la puso junto a las otras. El resultado fue interesante. La mochila que adquiriera en la tienda del señor Hick no parecía inferior en ningún sentido a las compradas por George en diversos establecimientos, pero sí era, desde luego, muchísimo más barata.

—Interesante —murmuró el detective.

Luego las fue examinando con detalle. Por dentro, por fuera, volviéndolas del revés, palpando las costuras, bolsillos, correas… Luego se dirigió al cuarto de baño para regresar con un pequeño cuchillo muy afilado, y asiendo la mochila que comprara al señor Hicks se dispuso a atacar su fondo. Entre el forro interno y el fondo había un trozo de contrafuerte acanalado, y Poirot contempló la mochila despanzurrada con todo interés.

Luego se dispuso a emprenderla con la otra mochila.

Al fin se sentó contemplando el resultado de la destrucción que acababa de efectuar. Luego fue hacia el teléfono; al cabo de una breve espera consiguió hablar con el inspector Sharpe.

—*Ecoutez, mon cher* —le dijo—. Quiero saber dos cosas.

El inspector lanzó una carcajada.

—«*Dos cosas del caballo sé, y una es bastante soez*» —recitó.

—¿Cómo dice? —le preguntó Poirot, sorprendido.

—Nada, nada. Es sólo una canción que solía cantar. ¿Cuáles son

esas dos cosas que desea saber?

—Usted me habló ayer de ciertas pesquisas que se llevaron a cabo en la calle Hickory durante los últimos tres meses. ¿Podría decirme las fechas y a qué hora del día fueron hechas?

—Pues… sí… eso es muy sencillo. Debe constar en los archivos. Espere a que lo mire.

—La primera fue por un estudiante indio que repartió propaganda subversiva, el dieciocho de diciembre último… a las tres treinta de la tarde.

—De eso hace demasiado tiempo.

—Luego por Montagu Jones, euroasiático, en relación con el asesinato de la señora Alicia Combe, en Cambridge… el veinticuatro de febrero… a las cinco y media de la tarde. Y por William Robinson… nativo de África Occidental, reclamado por la policía de Sheffield, el dieciséis de marzo a las once de la mañana.

—¡Ah! Gracias.

—Pero si usted cree que cualquiera de estos casos puede tener relación con…

Poirot le interrumpió.

—No, no tienen relación alguna. Sólo me interesa la hora del día en que se practicaron esas diligencias.

—¿Qué es lo que está haciendo ahora, Poirot?

—Diseccionо mochilas, amigo mío. Es muy interesante.

Y colgó el teléfono.

Sacó de su bolsillo la lista corregida que la señora Hubbard le entregara el día anterior y que era la siguiente:

Mochila (Len Bateson).
Bombillas eléctricas.
Pulsera (señorita Rysdorff).
Anillo de brillantes (Patricia).
Polvos compactos (Geneviéve).
Zapato de noche (Sally).
Carmín para los labios (Elizabeth Johnston).
Pendientes (Valerie).
Estetoscopio (Len Bateson).
Sales de baño (¿?).

Echarpe hecho jirones (Valerie).
Pantalones (Colin).
Libro de cocina (¿?).
Ácido bórico (Chandra Lal).
Broche de bisutería (Sally).
Tinta vertida en los apuntes de Elizabeth.
(Es lo más aproximado que recuerdo, aunque no del todo exacto. L. Hubbard).

Poirot la estuvo contemplando durante largo tiempo.

Al fin suspiró, murmurando para sí.

—Decididamente… sí… tenemos que eliminar las cosas que no nos interesan…

Y sabía quién podría ayudarle. Era domingo. Probablemente la mayoría de estudiantes se encontrarían en la Residencia.

Marcó el número del teléfono del veintiséis de la calle Hickory y dijo que quería hablar con la señorita Valerie Hobhouse. Una voz un tanto gutural le contestó que ignoraba si se había levantado ya, pero que iría a preguntar.

Al fin oyó una voz grave y algo ronca.

—Al habla Valerie Hobhouse.

—Soy Hercules Poirot. ¿Me recuerda?

—Ya lo creo, señor Poirot. ¿En qué puedo servirle?

—Pues… me gustaría hablar con usted.

—Cuando quiera.

—¿Entonces puedo ir a verla a la calle Hickory?

—Sí. Le estaré esperando. Le diré a Geronimo que le acompañe enseguida a mi habitación. Los domingos no puede hablar uno con tranquilidad.

—Gracias, señorita Hobhouse. Le estoy muy agradecido.

Geronimo abrió la puerta a Poirot con una reverencia y luego empezó a hablarle con su aire de conspirador.

—Le acompañaré a la habitación de la señorita Valerie. Procure no hacer ruido… Chitón…

Y llevándose el dedo a los labios le condujo al piso de arriba hasta una habitación amplia que daba a la calle Hickory, amueblada con gusto y cierto lujo, como una salita de visita en la que hubiera

una cama. Ésta, en forma de diván, estaba cubierta por una alfombra persa, bonita, aunque algo gastada, y había un escritorio estilo Reina Ana, de madera de nogal que Poirot consideró que debía de pertenecer al mobiliario original del número veintiséis de la calle Hickory.

Valerie Hobhouse se hallaba de pie dispuesta a saludarle, y le pareció cansada, dado que grandes círculos oscuros rodeaban sus ojos.

—*Mais vous êtes trés bien ici* —dijo Poirot mientras estrechaba su mano—. Es muy chic. Tiene personalidad. Es un encanto.

Valerie sonrió.

—Llevo aquí mucho tiempo —repuso la joven—. Dos años y medio. Casi tres, y tengo algunas cosillas mías.

—Usted no estudia ninguna carrera, ¿verdad, mademoiselle?

—Oh, no. Soy muy comercial. Trabajo.

—¿En una… firma de cosméticos?

—Sí. Soy una de las encargadas de «Sabrina Fair»… es un salón de belleza. Ahora tengo parte en el negocio. Tenemos también una sección de accesorios además de los tratamientos de belleza. Cinturones, pañuelos de seda natural… todas esas cosillas. Pequeñas novedades de París, y ése es mi departamento.

—¿Entonces irá usted a menudo a París y también al Continente?

—Oh, sí, una vez al mes, e incluso más a menudo —dijo Valerie.

—Debe usted perdonarme —dijo Poirot— si le parezco demasiado curioso…

—¿Por qué? —le interrumpió ella—. En las circunstancias que nos encontramos debemos soportar esa curiosidad. Ayer contesté a numerosas preguntas que me hizo el inspector Sharpe. Me parece que usted preferiría una silla a una butaca baja, *monsieur* Poirot.

—Es usted muy perspicaz, mademoiselle. —Poirot se sentó en una silla con brazos, de alto respaldo.

Valerie tomó asiento en el diván, y luego de ofrecerle un cigarrillo, encendió otro mientras Poirot la observaba con cierta atención. Poseía una elegancia nerviosa y personal que le atrajo más que su misma belleza. He aquí una mujer inteligente y atractiva, pensó, preguntándose si su nerviosismo era producto del

reciente interrogatorio, o un ingrediente más de su persona. Recordó haber pensado lo mismo la noche que fue allí a cenar.

—¿El inspector Sharpe la ha estado interrogando? —preguntó.

—Sí, claro.

—¿Y le dijo usted todo lo que sabía?

—Desde luego.

—Quisiera saber si eso es cierto —replicó Poirot.

Ella le miró con expresión irónica.

—Puesto que usted no oyó las respuestas que di al inspector Sharpe no puede juzgarme.

—Ah, no. Es sólo una idea mía. Yo tengo algunas ideas pequeñas… Están aquí. —Y se dio unas palmaditas en la frente.

Es de observar que algunas veces Poirot disfrutaba fingiéndose un charlatán. Sin embargo, Valerie no sonrió, sino que, mirándole de hito en hito como tenía por costumbre, le dijo con cierta brusquedad:

—¿Quiere que vayamos al grano, señor Poirot? Sinceramente no sé adónde quiere ir a parar.

—Desde luego, señorita Hobhouse.

Y de su bolsillo extrajo un paquetito.

—¿Adivina usted lo que tengo aquí?

—No soy clarividente, *monsieur* Poirot. Ni me es posible ver a través de los papeles ni envolturas.

—Aquí está —le dijo Poirot— el anillo que le fue robado a la señorita Patricia Lane.

—¿El anillo de compromiso de Patricia? Quiero decir, el de su madre…, pero ¿cómo lo tiene usted?

—Le pedí que me lo prestara solamente para un par de días.

De nuevo la sorpresa hizo que Valerie arqueara las cejas.

—Vaya —observó.

—Me sentí interesado por este anillo —explicó Poirot—; y por su desaparición y por algo más. Y por ello le pedí a la señorita Lane que me lo dejara, a lo que se avino enseguida. Y yo lo llevé directamente a que lo viera un joyero amigo mío.

—¿Sí?

—Sí, le pedí un informe sobre el brillante. Una piedra bastante grande, no sé si la recordará, rodeada de unos pequeños grupos de

brillantes más pequeños. ¿Se acuerda… mademoiselle?

—Creo que sí. Aunque en realidad no lo recuerdo con precisión.

—Pero usted lo tuvo en sus manos, ¿no? Apareció en su plato de sopa.

—Así es como lo encontramos Oh, sí, lo recuerdo muy bien. Casi me lo trago.

Valerie lanzó una alegre carcajada.

—Como le decía, llevé el anillo a ese amigo mío que es joyero y le pedí que me diera su opinión acerca del brillante. ¿Sabe usted cuál fue su respuesta?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Pues que la piedra no era un diamante, sino un simple circón. Un circón blanco.

—¡Ah! —Le miró con los ojos muy abiertos; luego continuó en tono algo inseguro—. ¿Quiere decir que… Patricia pensaba que era un brillante auténtico y sólo era un circón o…?

Poirot meneaba la cabeza.

—No, no quiero decir eso. Según tengo entendido, ese anillo fue el de prometida de la madre de Patricia Lane. La señorita Lane es una joven de buena familia y me atrevo a asegurar que los suyos, antes de las recientes limitaciones, vivían desahogadamente, y en esos círculos, mademoiselle, se gasta dinero en adquirir un anillo de compromiso, un anillo así debe ser bonito… con un brillante o cualquier otra piedra preciosa. Estoy convencido de que el padre de la señorita Lane regaló a su madre un anillo de gran valor.

—En cuanto a eso —repuso Valerie—, no puedo estar más de acuerdo con usted. Creo que el padre de Patricia fue un hacendado.

—Por tanto —exclamó Poirot—, todo parece indicar que la piedra del anillo debió ser reemplazada por otra persona, más tarde.

—Supongo —dijo Valerie, despacio— que Pat debió perder el brillante, y no pudiendo reemplazarlo por otro, hizo poner un circón en su lugar.

—Es posible —replicó Hercules Poirot—, pero yo no creo que fuera eso lo que ocurrió.

—Bueno, *monsieur* Poirot, ya que todo son suposiciones, ¿qué cree usted que ocurrió?

—Yo creo —repuso Poirot— que el anillo fue robado por

mademoiselle Celia y que el diamante fue deliberadamente sustituido por el circón antes de que fuera devuelto.

Valerie se irguió.

—¿Usted cree que Celia robó el brillante deliberadamente?

—No —replicó—. Creo que fue usted quien lo robó, mademoiselle.

—¡Vaya! —exclamó—. Eso me parece una acusación muy grave. Usted no tiene la menor prueba de lo que dice.

—Pues sí —la interrumpió el detective—. La tengo. El anillo apareció en su plato. Ahora bien; yo cené aquí una noche y observé cómo se sirve la sopa. Se van llenando los platos en una mesita auxiliar donde está la sopera; por lo tanto, si alguien encontró un anillo en la sopa sólo pudo ponerlo en el plato la persona que la sirve (en este caso Geronimo) o la persona a quien correspondía el plato. ¡Usted! No creo que fuese Geronimo. Imagino que preparó la devolución del anillo en la sopera porque le resultaba divertido. Usted posee, si me permite el comentario, un sentido demasiado humorístico de las escenas dramáticas. ¡Coger el anillo lanzando exclamaciones! Me parece que se excedió usted, mademoiselle, y no comprendió que con ello iba a delatarse.

—¿Eso es todo? —preguntó Valerie fríamente.

—Oh, no, de ninguna manera. Cuando Celia confesó aquella noche haber sido responsable de los robos, observé tres cosas. Por ejemplo, al hablar del anillo, dijo: «No sabía que fuese tan valioso; en cuanto lo supe, me apresuré a devolverlo». ¿Cómo lo supo, señorita Valerie? ¿Quién le dijo que era un anillo de valor? Y luego, al referirse a la bufanda hecha tiras, la señorita Celia dijo algo así: «Eso no importa. Valerie no iba a enfadarse…». ¿Por qué no iba usted a enfadarse cuando una estupenda bufanda de seda que le pertenecía había sido destrozada? Entonces formé la opinión de que toda aquella campaña de robar cosas y fingirse cleptómana para atraer de este modo la atención de Colin Macnabb le fue sugerida a Celia por otra persona. Alguien mucho más inteligente que Celia Austin y con buenos conocimientos de psicología. Usted le dijo que el anillo era de gran valor, y se lo quedó para disponer su devolución. Y del mismo modo le sugirió usted que hiciera pedazos su hermoso *echarpe*.

—Todo eso son tonterías —replicó Valerie—, y además muy descabelladas. El inspector ya me preguntó si yo había sugerido a Celia todos esos trucos.

—¿Y qué le contestó usted?

—Le dije que era una tontería.

—¿Y qué me dice a mí?

Valerie le miró fijamente unos instantes, y al fin, lanzando una carcajada, apagó su cigarrillo y reclinándose sobre un mullido almohadón que tenía detrás de su espalda, dijo:

—Que tiene usted razón. Yo le dije que lo hiciera.

—¿Puedo preguntarle por qué?

Valerie repuso impaciente:

—Oh, la pobre era de naturaleza tan dócil… Fue una obra de caridad. La infeliz Celia vagando como un espectro y suspirando por Colin, que ni tan siquiera la miraba. Me parecía una tontería. Colin es uno de esos chicos orgullosos, obstinados, que no piensan más que en la psicología, los complejos y bloques emocionales, y me pareció que sería divertido tomarle el pelo. De todas formas, me daba pena ver a Celia tan triste; de modo que la cogí por mi cuenta, y luego de sermonearla, le expliqué todo el plan, apremiándola para que lo pusiera en práctica. Creo que estaba un poco nerviosa, pero al mismo tiempo emocionada. Entonces, una de las primeras cosas que hizo la muy tonta fue encontrar el anillo de Pat en el cuarto de baño y cogerlo… una joya de verdadero valor por la que habrían de armar gran revuelo y avisar a la policía, dando lugar a que la cosa tomara un giro más serio. Así que le quité la sortija diciéndole que la devolvería como pudiera, y aconsejándole que en el futuro se limitara a apoderarse de cosas de bisutería y cosméticos, y me estropeara alguna cosa mía y así no se vería en ningún apuro.

Poirot lanzó un profundo suspiro.

—Eso es exactamente lo que pensaba —dijo.

—Ahora desearía no haberlo hecho —dijo Valerie en tono sombrío—. Pero mi intención fue buena. Es una atrocidad propia de Jean Tomlinson, pero ahí tiene.

—Y ahora —continuó Poirot— pasemos al anillo de Patricia. Celia se lo dio a usted, y usted tenía que fingir que lo había encontrado en cualquier parte y devolvérselo a Patricia. Pero antes

de devolvérselo… —hizo una pausa—, ¿qué ocurrió?

Observó cómo sus dedos jugueteaban nerviosos con el extremo de un pañuelo que llevaba anudado al cuello, y continuó en tono más apremiante:

—Andaba usted algo apurada de dinero, ¿no es eso?

Sin mirarle hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Dije que sería sincera —confesó con amargura—. Lo malo que tengo, *monsieur* Poirot, es que soy jugadora. Es una de esas cosas que nacen con uno y no puede hacerse gran cosa por evitarlas. Pertenezco a un pequeño club de Mayfair… ¡Oh, no debiera haber dicho dónde! Y no quiero ser la responsable de que lo descubra la policía, ni nada por el estilo. Bueno, de momento sólo diré que pertenezco a ese club. Hay ruleta, bacará y demás juegos de azar. He tenido una serie de pérdidas importantes. Tenía el anillo de Pat en mi poder y pasé casualmente por delante de una tienda en la que se exhibía un circón y me dije: «Si sustituyera este brillante por un circón blanco, Pat no notaría la diferencia». Nunca se mira con atención un anillo que se conoce bien, y si el brillante parece un poco más apagado que lo natural es pensar que está sucio, y que lo único que necesita es un buen lavado o algo por el estilo. Lo cierto es que tuve un impulso y caí en la tentación. Quité el brillante y lo vendí, reemplazándolo por un circón, y aquella misma noche fingí encontrarlo en mi sopa. Convengo en que fue una estupidez, pero ya estaba hecho. Ahora ya lo sabe todo. Pero sinceramente nunca tuve intención de que Celia cargara con la culpa.

—No, no; lo comprendo —asintió Poirot—. Fue únicamente una oportunidad que se presentó en su camino, le pareció sencillo y lo hizo. Pero cometió un grave error, *mademoiselle*.

—Lo comprendo —replicó Valerie con sequedad, y luego agregó con pesar—: ¡Pero qué diablos! ¡Qué importa ahora! Oh, enciérreme si quiere. Dígaselo a Pat, al inspector… a todo el mundo. Pero, ¿de qué servirá? ¿Acaso nos ayudará a descubrir quién asesinó a Celia?

Poirot se puso en pie.

—Nunca se sabe lo que puede ayudar y lo que no —dijo—. ¡Hay que limpiar el camino de tantas cosas que no importan y que confunden las huellas! Era importante para mí saber quién había inspirado a la pobre Celia la comedia que representó, y ya lo sé. Y

en cuanto a lo del anillo, le sugiero que vaya usted misma a ver a Patricia Lane para decirle lo que hizo y expresarle los sentimientos adecuados al caso.

Valerie hizo una mueca.

—Creo que es un buen consejo —dijo—. De acuerdo, iré a ver a Pat y le pediré perdón. Pat es una buena chica. Le diré que cuando pueda le devolveré el brillante. ¿Es eso, tal vez, lo que usted quiere, señor Poirot?

—No se trata de lo que yo quiera, sino de que eso es lo aconsejable.

La puerta se abrió de pronto, dando paso a la señora Hubbard.

Respiraba trabajosamente, y la expresión de su rostro hizo exclamar a Valerie:

—¿Qué le ocurre, Mamá Hubbard? ¿Qué ha sucedido?

La recién llegada se dejó caer en una silla.

—Es la señora Nicoletis.

—¿La señora Nick? ¿Qué le pasa?

—¡Oh, Dios mío! ¡Ha muerto!

—¿Que ha muerto? —Valerie había enronquecido—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Parece ser que anoche la recogieron en la calle… y la llevaron a la comisaría.

Creyeron que estaba… que estaba…

—¿Bebida? Supongo.

—Sí… había estado bebiendo. Pero de todas formas… falleció.

—Pobre señora Nick —dijo Valerie con un ligero temblor en su voz.

Poirot dijo en tono amable:

—¿La apreciaba usted, mademoiselle?

—Resulta extraño en cierto modo… A veces era el mismísimo diablo… pero si… yo la… La primera vez que vine aquí… hace tres años, no era tan… tan temperamental como últimamente… Resultaba una compañía agradable… divertida… de buen corazón… Había cambiado mucho… últimamente…

Valerie miró a la señora Hubbard.

—Supongo que era debido al alcohol. Encontraron un almacén de botellas en su habitación, ¿no es cierto?

—Sí —la señora Hubbard vacilaba, pero al fin exclamó—: Yo tengo la culpa… por dejarla salir sola ayer noche… tenía miedo… ¿saben?

—¿Miedo? —exclamaron a la vez Poirot y Valerie.

La señora Hubbard asintió tristemente mientras en su rostro aparecía una expresión angustiada.

—Sí. No cesaba de decir que no se sentía segura. Le pedí que me dijera qué era lo que temía… y me rechazó. Con ella nunca se sabía hasta qué punto exageraba… Pero ahora… quisiera saber…

Valerie intervino.

—¿No pensará usted que ella… que ella también… fuese…?

Se interrumpió con expresión aterrorizada.

Poirot preguntó:

—¿Cuál dicen que fue la causa de su muerte?

—No… no, han dicho nada… Se abrirá una investigación el martes…

Capítulo XV

Cuatro hombres se hallaban sentados alrededor de una mesa en la tranquila habitación del Nuevo Scotland Yard.

Presidía la conferencia el primer inspector Wilding, del Departamento de Narcóticos. Junto a él estaba el sargento Bell, un joven de gran optimismo y energía, cuyo aspecto era muy parecido al de un inquieto lebrel. Reclinado en su silla, tranquilo y alerta, se hallaba el inspector Sharpe. El cuarto hombre era Hercules Poirot, y encima de la mesa se veía una mochila.

El primer inspector Wilding se rascó la barbilla, pensativo.

—Es una idea interesante, *monsieur* Poirot —dijo con cierta reserva—. Sí, una idea interesante.

—Es, como les digo, simplemente una teoría —replicó Poirot.

Wilding asintió.

—Hemos esbozado la posición general —dijo—. El contrabando se realiza continuamente, desde luego, en una forma u otra. Después descubrimos una serie de agentes y al cabo de un intervalo de tiempo la cosa vuelve a empezar en cualquier otra parte. Hablando por experiencia propia, durante este último año han estado entrando en el país grandes cantidades de drogas. Heroína principalmente… y bastante cocaína. Hay varios depósitos repartidos por el Continente. La policía francesa ha descubierto un par de sistemas de los que se valen para introducirlas en Francia… Pero no están tan seguros de cómo vuelven a salir.

—¿Acierto al decir que su problema puede dividirse en tres? —preguntó Poirot—. Existe el de la distribución, el de cómo entran las mercancías en el país, y el problema de quién dirige realmente el negocio y recibe los mayores beneficios.

—Así es, a grandes rasgos; tiene usted razón. Conocemos a

algunos de los distribuidores y cómo realizan la distribución. A algunos les detenemos y a otros los dejamos en libertad con la esperanza de que nos conduzcan hasta el pez gordo. Se reparte de mil maneras distintas, en los clubes nocturnos, en tabernas, farmacias, por medio de algún que otro médico, modistas de moda y peluquerías. Se ofrece en las carreras, en las tiendas de antigüedades; algunas veces en los almacenes atiborrados de gente. Pero no necesito contarle todo esto. No es eso lo que importa. Podemos luchar contra ellos bastante bien, y tenemos sospechas bastante ciertas de quién es el que llamaríamos pez gordo. Uno de esos caballeros ricos y respetables contra los que nunca hay la más leve prueba. Actúa con gran cautela; nunca maneja las drogas él en persona; y sus agentes ni siquiera le conocen. Pero de vez en cuando alguno comete un desliz y entonces le cogemos.

—Es lo que me suponía. La parte que me interesa es la segunda; explíquemelo: ¿cómo entra el contrabando en el país?

—¡Ah! Vivimos en una isla, y el medio más corriente es el sistema anticuado, pero seguro, del mar. Traerlo en un barco de carga, y desembarcarlo tranquilamente en algún lugar de la costa Este, o en una cueva del Sur, por medio de una motora que se desliza calladamente por el Canal. Eso tiene buen éxito durante cierto tiempo, pero más pronto o más tarde damos con la pista del individuo propietario de la motora, y una vez ha despertado sospechas, su oportunidad ha desaparecido. Últimamente se ha hecho contrabando por las líneas aéreas. Ofrecen mucho dinero y alguna que otra vez los pilotos demuestran que son humanos. Y luego están los importadores comerciales. Firmas respetables que importan pianos o lo que sea. Les dura algún tiempo, pero por lo general acabamos descubriéndolos.

—¿Entonces está de acuerdo conmigo en que la principal dificultad para realizar un comercio lícito… es la entrada del género del extranjero al interior del país?

—Decididamente. Y aún diré más. De un tiempo a esta parte andamos desorientados. Se pasa más contrabando del que podemos detener.

—¿Y qué me dice de otras cosas… como, por ejemplo, piedras preciosas?

El sargento Bell tomó la palabra.

—Hay también mucho de eso, señor. Brillantes y otras piedras preciosas llegan ilícitamente procedentes de África del Sur, Australia, y algunas del Far East. Van entrando en el país con regularidad, sin que sepamos cómo. El otro día, en Francia, a una joven… una turista vulgar, le preguntó una persona, que había conocido casualmente, si quería llevar un par de zapatos al otro lado del Canal. No eran nuevos, sino sencillamente unos zapatos que alguien se había olvidado. Ella se avino a ello sin recelar nada, y nosotros nos enteramos por casualidad. Los tacones de dichos zapatos estaban huecos y llenos a rebosar de diamantes en bruto.

El inspector Wilding dijo:

—Pero dígame, señor Poirot, ¿está usted sobre una pista de drogas o de piedras preciosas?

—De las dos cosas. En realidad, de cualquier cosa que tenga mucho valor y un tamaño reducido. En mi opinión, esto es una puerta para lo que pudiéramos llamar «entrada libre» de los géneros que le he descrito, y que pasan de uno a otro lado del Canal. Joyas robadas, piedras arrancadas de sus monturas, pueden ser sacadas de Inglaterra a cambio de entrar nuevas gemas y drogas. Tal vez sea obra de una agencia reducida e independiente, apartada por completo de la distribución posterior, que se limite a pasar la mercancía con una módica comisión y cuyos beneficios serían muy elevados.

—¡Creo que tiene razón! Se pueden ocultar en muy pequeño espacio diez o veinte mil libras esterlinas de heroína y lo mismo ocurre con las piedras en bruto, si son de alta calidad.

—Comprendan —continuó Poirot—, la parte flaca del contrabandista es siempre el elemento humano. Tarde o temprano se sospecha de una persona, de un camarero o de una compañía aérea, de un entusiasta de la navegación que posea un pequeño crucero, de la mujer que va y viene de Francia con demasiada frecuencia, del importador que gana más dinero del que parece razonable, del hombre que vive bien sin que tenga medios visibles que lo justifiquen… Pero si el contrabando entra en el país traído por una persona inocente, y lo que es más, por una persona distinta cada vez, entonces las dificultades para descubrirlo aumentan

considerablemente.

Wilding señaló con el índice la mochila que había sobre la mesa.

—¿Y ésta es su suposición?

—Sí. ¿Quién es la persona que despierta menos sospechas hoy en día? El estudiante.

El estudiante laborioso y formal que, falto de dinero, viaja sin más equipaje que el que puede cargar a su espalda, y atraviesa toda Europa por el sistema del auto-stop. Si siempre llevara el contrabando el mismo estudiante, sin duda le descubrirían, ya fuese hombre o mujer, pero lo esencial es que quien lo transporta es inocente y que hay muchísimos estudiantes.

Wilding se frotó la barbilla.

—Pero, ¿cómo cree usted que sería exactamente, señor Poirot?

Hercules Poirot se encogió de hombros.

—En cuanto a eso sólo puedo ofrecerles mi teoría. Sin duda me equivocaré en muchos detalles, pero me atrevo a asegurar que en conjunto se hace así: Primero, se lanza al mercado una serie de mochilas. Son del tipo corriente, como cualquier otra marca, fuertes, resistentes, bien fabricadas y adecuadas al uso para el que se destinan. Bueno, al decir «que son iguales a todas» me salgo de la realidad. El forro de la base es algo distinto. Cómo pueden ver, es muy sencillo quitarlo, y el contrafuerte interior es de una dureza especial y acanalado, de modo que resulte fácil esconder allí una tira de piedras preciosas, o una dosis de polvos, entre los canales. Nadie lo sospecharía a menos que lo anduviese buscando. La heroína o la cocaína puras ocupan muy poco espacio.

—Es muy cierto —replicó Wilding—. Vaya —dijo palpando el fondo con dedos inquietos—, aquí podrían traerse drogas por valor de cinco o seis mil libras sin que nadie sospechara lo más mínimo, la materia contenida entre tela y tela.

—Exacto —repuso Poirot—. ¡*Alors*! Se fabrican las mochilas, se lanzan al mercado, y se venden… probablemente en más de un comercio. El propietario puede saberlo o no. Tal vez se limite a vender una clase más barata que le resulte más beneficiosa, ya que su precio puede competir ventajosamente con las fabricadas por otros proveedores de artículos para excursionistas. Naturalmente que detrás existe una organización bien definida: que tiene una lista

de los estudiantes de medicina, de los de la Universidad de Londres, y de otras instituciones. Alguien que es también estudiante, o se hace pasar por estudiante, es probablemente la cabeza de la banda. Los estudiantes van al extranjero, y en algún lugar determinado, de regreso de su viaje, se les cambia la mochila por otra exactamente igual. Los estudiantes regresan a Inglaterra, y la revisión de Aduanas es superficial. Cuando llegan a su residencia, vacían la mochila y la depositan en el interior de un armario, o en un rincón de su dormitorio. Entonces vuelve a efectuarse otro cambio de mochilas, o tal vez se saque el doble fondo con todo su contenido, volviendo a colocar otro vacío.

—¿Y usted cree que eso es lo que ha ocurrido en la calle Hickory?

Poirot asintió.

—Sí. Eso es lo que sospecho.

—Pero, ¿qué fue lo que le puso sobre la pista, señor Poirot… suponiendo que esté en lo cierto?

—Una mochila fue hecha pedazos —replicó el detective—. ¿Por qué? Puesto que no hay razón evidente, cabe imaginar alguna otra. Hay algo raro en las mochilas que entraron en la Residencia de la calle Hickory. Son demasiado baratas. Ha habido una serie de extraños sucesos en esa pensión, pero la joven responsable de ellos jura que ella no destrozó esa mochila. Puesto que ha confesado lo demás, ¿por qué iba a negarlo, si no era porque decía la verdad? De modo que había que encontrar otra explicación para aquel desafuero… y hacer pedazos una mochila, les aseguro que no es cosa fácil. Es un trabajo duro, y quien lo hiciera debía estar muy desesperado. Conseguí mi pista al descubrir aproximadamente… (sólo aproximadamente, porque la memoria de la gente flaquea al cabo de un período de algunos meses) que la mochila fue destrozada cerca de la fecha en que un policía fue a ver a la persona encargada de la Residencia. El motivo por el cual el policía fue a la casa era muy distinto, pero voy a exponerle mi punto de vista. Supongamos que usted está relacionado con la banda de contrabandistas. Llega a su casa aquella noche y le dicen que acaba de llegar un policía y que está arriba con la señora Hubbard. En el acto supone que han descubierto el contrabando, y están realizando

una investigación; supongamos que en aquellos momentos haya en la casa una mochila recién llegada del extranjero conteniendo contrabando o que lo ha contenido recientemente… Ahora bien, si la policía tenía sospechas de lo que estaba ocurriendo, habrían ido a la calle Hickory con el propósito determinado de examinar las mochilas de los estudiantes. Usted no se atreve a salir de la casa con la mochila en cuestión, porque sabe muy bien que alguien pudo quedar de vigilancia en el exterior, y una mochila no es cosa fácil de ocultar o disimular. Lo único que puede hacer es destrozarla y esparcir los pedazos entre la chatarra que hay junto a la caldera de la calefacción. Si contenía alguna droga… o piedras preciosas, pudo esconderlas temporalmente entre las sales de baño. Pero aun en una mochila vacía, de haber contenido alguna droga prohibida, se pueden descubrir restos de heroína o de cocaína al ser analizada. De modo que había que destruirla. ¿Está de acuerdo conmigo en que es posible?

—Es una idea interesante, como ya le dije antes —replicó el inspector Wilding.

—Y también parece verosímil que un pequeño incidente que no se consideró importante, pueda tener relación con la mochila. Según Geronimo, el criado italiano, el mismo día, o uno de los días en que les visitó la policía, desapareció la bombilla del recibidor. Fue a buscar otra para reemplazarla, y descubrió que tampoco estaban las de reserva, y dos días antes las había visto en el cajón. A mí me parece posible… también… aunque es un tanto cogido por los pelos y no me atrevo a decir que esté seguro de ello, sino que es una mera posibilidad… que alguien, que tuviera una conciencia culpable por haber pertenecido anteriormente a la banda de contrabandistas, temiera que su rostro fuera reconocido por la policía si le veían a plena luz. Así que se llevó la bombilla del recibidor y las de reserva. Y como resultado, el vestíbulo quedó iluminado sólo por unas velas. Esto es, como le digo a usted, una simple suposición.

—Es una idea ingeniosa —replicó Wilding.

—Y verosímil, señor —intervino el sargento Bell—. Cuanto más lo pienso más verosímil me resulta.

—Pero de ser así —continuó Wilding—, es algo que abarca más

que a la calle Hickory.

Poirot asintió:

—¡Oh, sí! La organización debe abarcar una amplia estela de clubes de estudiantes y residencias, sumando gran número de afiliados.

—Tiene que encontrar un lazo de unión entre ellos —dijo Wilding.

El inspector Sharpe hizo uso de la palabra por primera vez.

—Existe ese lazo de unión, señor —dijo—, o lo había. Una mujer que regentaba diversos clubes y residencias para estudiantes, y que también era propietaria de la Residencia de la calle Hickory. La señora Nicoletis.

Wilding dirigió una rápida mirada a Poirot.

—Sí —replicó el detective—. La señora Nicoletis tenía intereses en todos estos sitios, aunque no los dirigiera ella misma. Su sistema era poner a personas de antecedentes intachables al frente de los negocios. Mi amiga la señora Hubbard es una de ellas. El apoyo económico lo suministraba la señora Nicoletis… pero vuelvo a sospechar que era sólo una autoridad nominal.

—Hum —dijo Wilding—. Creo que sería interesante saber algo más de la señora Nicoletis. Es preciso conocer su vida. ¿No les parece?

Sharpe hizo un gesto de asentimiento.

—Estamos investigando su pasado, su procedencia, y demás, pero hay que hacerlo con sumo cuidado. No queremos alarmar demasiado pronto a nuestros pájaros. También revisaremos su anterior posición económica. Palabra que esa mujer era una arpía de primera fuerza.

—Y descubrió sus experiencias con la señora Nicoletis cuando tuvo que efectuar el registro.

—Conque botellas de coñac, ¿eh? —replicó Wilding—. ¿De modo que bebía? Bien, así será más sencillo. ¿Qué le ha ocurrido? ¿La detuvieron…?

—No, inspector. Ha muerto.

—¿Que ha muerto? —Wilding enarcó las cejas—. ¿Quiere usted decir que la quitaron de en medio?

—Sí… eso creemos. Después de la autopsia lo sabremos con

certeza. Yo creo que debió dar señales de flaqueza. Tal vez no contase con un crimen.

—¿Se refiere usted al caso de Celia Austin? ¿Es que la muchacha sabía algo?

—Sabía algo —intervino Poirot—, pero si me permite la intromisión, no creo que ella supiera de qué se trataba.

—¿Quiere usted decir que sabía algo, pero no apreciaba su significado?

—Sí. Eso mismo. No era una chica inteligente, y no es probable que sacara ninguna consecuencia, pero sí que oyera o viera alguna cosa y luego la mencionara sin el menor recelo.

—¿No tiene usted idea de lo que vio u oyó, Poirot?

—He hecho algunas conjeturas —replicó el detective—. No me es posible otra cosa. Se ha mencionado un pasaporte. ¿Acaso alguno de la casa tenía un pasaporte falso que le permitía ir de un lado a otro del Continente bajo otro nombre, y su descubrimiento fuera un grave peligro para la persona interesada? ¿O tal vez vio cómo destrozaban la mochila, o quizá cómo le quitaban el doble fondo, sin comprender qué era lo que estaban haciendo? ¿Vería a la persona que quitó las bombillas? ¿Lo mencionaría ante él o ella, sin comprender que pudiera tener importancia? ¡Ah, *mon Dieu*! —exclamó Poirot, irritado—. ¡Suposiciones! ¡Suposiciones, y más suposiciones! Hay que saber más. ¡Siempre hay que saber más!

—Bien —dijo Sharpe—; podemos empezar por los antecedentes de la señora Nicoletis, y tal vez salga algo a la luz.

—¿La quitaron de en medio porque temieron que hablase? ¿Habría hablado ya?

—Hacía tiempo que bebía en secreto… y eso significa que tenía los nervios deshechos —explicó Sharpe—. Tal vez se desesperó, lo contó todo, y se volvieron contra ella.

—¿Supongo que ella no dirigiría la banda?

Poirot meneó la cabeza.

—Yo creo que no. Estaba demasiado al descubierto. Claro que sabía de qué se trataba, pero no era el cerebro que se oculta detrás de todo esto. No.

—¿Tiene alguna idea de quién puede ser?

—Si tratase de adivinarlo… pudiera equivocarme. Sí… ¡pudiera

equivocarme!

Capítulo XVI

—Decirlo o no decirlo. He ahí el problema —dijo Nigel, sirviéndose una nueva taza de café que llevó a la mesa del desayuno.

—¿Decir qué? —preguntó Len Bateson.

—Todo lo que uno sabe —replicó Nigel con un ademán.

Jean Tomlinson dijo en tono desaprobador:

—La policía no tiene más remedio que cumplir con su deber. ¡Naturalmente! Si sabemos algo que pueda ser útil debemos decirlo a la policía. Eso es lo que debe hacerse.

—Ya ha hablado la buena de Jean —replicó Nigel.

—*Moi, je n'aime pas les flics* —intervino René, contribuyendo a la discusión.

—¿Decir qué? —volvió a preguntar Len Bateson.

—Las cosas que sabemos unos de otros —explicó Nigel, paseando su mirada maliciosa por los reunidos alrededor de la mesa —. Después de todo —dijo en tono alegre—, cada uno de nosotros sabe muchas cosas de los demás, ¿no es cierto? Quiero decir que no hay más remedio que saberlas, viviendo bajo el mismo techo.

—Pero, ¿quién sabe lo que es importante o no lo es? Hay muchísimas cosas que a la policía no le interesan en absoluto —dijo Ahmed Alí con calor, recordando ofendido los comentarios del inspector al descubrir su colección de postales.

—He oído decir —continuó Nigel volviéndose hacia Akibombo — que han encontrado cosas muy interesantes en tu habitación.

Debido a su color Akibombo no podía enrojecer, pero parpadeó denotando su excitación.

—En mi país hay muchas supersticiones —explicó—. Y mi abuelo me dio algunas cosas para que las trajera aquí. Estoy lejos de

sentir por ellas piedad o respeto. Yo, un científico moderno, no creo en brujerías, pero debido a mi poco dominio del idioma me resultó difícil explicárselo al policía de manera comprensible.

—Incluso nuestra pequeña Jean tendrá sus secretos, supongo —dijo Nigel volviéndose hacia la señorita Tomlinson.

Jean declaró indignada que no iba a consentir que la insultaran.

—Dejaré esta casa y me iré a la Y.W.C.A.[1] les anunció.

—Vamos, Jean —replicó Nigel—. Danos otra oportunidad.

—¡Oh, basta ya, Nigel! —exclamó Valerie, cansada—. La policía no tiene más remedio que cumplir con su deber, dadas las circunstancias.

Colin Macnabb aclaró su garganta disponiéndose a intervenir.

—En mi opinión —dijo con aire sentencioso—, debían aclaramos la situación. ¿Cuál fue exactamente la causa de la muerte de la señora Nick?

—Lo sabremos durante la vista —replicó Valerie impaciente.

—Lo dudo —dijo Colin—. Yo creo que la aplazarán.

—Supongo que debió morir del corazón, ¿no? —intervino Patricia—. Se cayó en la calle.

—Alcoholismo agudo. En ese estado fue llevada a la comisaría —dijo Len Bateson.

—De modo que bebía —reflexionó Jean—. ¿Sabéis que siempre lo sospeché? Cuando la policía registró la casa encontraron en su habitación un armario lleno de botellas de coñac vacías —agregó.

—Nuestra Jean lo sabe todo —dijo Nigel en tono aprobador.

—Bueno, eso explica por qué algunas veces estaba tan rara —comentó Patricia.

Colin volvió a aclarar su garganta.

—¡Ah! Ejem —dijo—. El sábado por la noche, cuando regresaba a casa, la vi entrar en la taberna de «El Collar de la Reina».

—Allí es donde debió emborracharse —exclamó Nigel.

—Entonces supongo que la causa de su muerte fue el alcoholismo —opinó Jean.

—Apuesto a que sí —intervino Sally Finch—. No me sorprendería nada.

—Por favor —dijo Akibombo—. ¿Es que piensan que alguien la mató? ¿Es eso?

—Aún no tenemos motivos para suponer nada de eso —dijo Colin.

—Pero, ¿quién iba a querer matarla? —preguntó Geneviéve. ¿Tenía mucho dinero que dejar? Si era rica tal vez fuera por eso.

—Era una mujer endemoniada, querida —replicó Nigel—. Estoy seguro de que todo el mundo deseaba matarla. Yo lo pensé más de una vez —agregó sirviéndose tranquilamente más mermelada.

* * *

—Por favor, señorita Sally, ¿me permite una pregunta? Es acerca de algo que dijo durante el desayuno, y he estado pensando mucho en ello.

—Bueno, yo no pensaría demasiado, Akibombo —le dijo Sally—. No es saludable.

Sally y Akibombo estaban comiendo en una terraza de Regent's Park, ya que el verano había llegado oficialmente y el restaurante había abierto sus puertas.

—Toda la mañana he estado muy preocupado —dijo Akibombo con pesar—, y no fui capaz de responder a las preguntas del profesor. Está descontento conmigo. Dice que yo copio largos párrafos de los libros y no pienso por mí mismo. Pero yo estoy aquí para aprender de los libros y me parece que ellos se expresan mejor que yo, porque todavía no domino el inglés. Y además, esta mañana me resulta muy difícil pensar en otra cosa que no sea lo que está sucediendo en la calle Hickory y las dificultades que surgen de todo ello.

—Creo que en eso tienes razón —dijo Sally—. Tampoco yo conseguí concentrarme esta mañana.

—Por eso le ruego que me explique ciertas cosas, porque, como le dije, he estado pensando mucho.

—Bien, oigamos entonces lo que estuviste pensando.

—Pues… es acerca de ese… asido borco.

—¿Asido borco…? ¡Oh, ácido bórico! ¡Sí! ¿Qué hay de eso?

—Pues, no lo he entendido muy bien. ¿Dicen que es un ácido? ¿Un ácido como el sulfúrico?

—Como el sulfúrico, no —replicó Sally.

—¿No se utiliza en los laboratorios para experimentación?

—No imagino siquiera que nadie realice experimentos con él. Es algo completamente inofensivo.

—¿Quiere decir que incluso puede ponerse en los ojos?

—Precisamente ésa es una de sus aplicaciones.

—Ah, entonces eso lo explica. Chandra Lal tiene una botellita con un polvo blanco que echa en agua caliente y luego se baña los ojos con ella. La guarda en el cuarto de baño y el día que le desapareció se puso furioso. ¿Sería eso ácido bórico?

—¿A qué viene esto ahora?

—Se lo explicaré poco a poco, pero ahora no, por favor. Tengo que pensar más.

—Bueno, no te arriesgues demasiado, —dijo Sally—. No quisiera que fueras tú la próxima víctima, Akibombo.

* * *

—Valerie, ¿no podrías aconsejarme?

—Claro que sí, Jean. Aunque no sé por qué pide nadie consejo, si luego nunca se sigue.

—En realidad se trata de un caso de conciencia —dijo Jean.

—Entonces yo soy la última persona a quien debieras consultar. Yo no tengo conciencia.

—¡Oh, Valerie, no digas esas cosas!

—Bueno, es bien cierto —replicó Valerie apagando su cigarrillo —. Traigo modelos de París de contrabando y a las señoras que vienen al salón les digo las mayores mentiras acerca de su físico. Incluso viajo en los autobuses sin pagar, cuando ando apurada de dinero. Pero, vamos, dime: ¿de qué se trata?

—Es por lo que Nigel dijo a la hora del desayuno. ¿Si uno sabe algo de otro, crees que debe decirlo?

—¡Qué pregunta más tonta! No puede aplicarse una regla general. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Se trata de un pasaporte.

—¿Un pasaporte? —Valerie se irguió sorprendida—. ¿De quién?

—De Nigel. Tiene un pasaporte falso.

—¿Nigel? —exclamó Valerie con incredulidad—. No lo creo. No es posible.

—Pero es cierto. Y, ¿sabes, Valerie?; creo que tiene algo que ver con todo esto. Oí decir a la policía que Celia había mencionado un pasaporte. Supongamos que ella lo descubriese y él la matara.

—Me suena a melodrama —replicó Valerie—. Pero, con franqueza, no creo ni una palabra. ¿Qué es esa historia del pasaporte?

—Yo lo vi.

—¿Cómo lo viste?

—Pues, por pura casualidad —repuso Jean—. Estaba buscando algo en mi cartera, hará una o dos semanas, y por error debí coger la de Nigel. Las dos estaban en un estante del salón.

Valerie lanzó una risa desagradable.

—¡Cuéntaselo a otra! —exclamó—. ¿Qué es lo que estabas haciendo en realidad? ¿Espiando?

—¡No, desde luego que no! —Jean protestó, indignada—. Lo único que no he hecho nunca es mirar los papeles privados de nadie. No soy de esa clase de personas. Sólo fue que estando distraída abrí la cartera y empecé a buscar en sus departamentos.

—Escucha, Jean, a mí no puedes engañarme. La cartera de Nigel es mucho más grande que la tuya y de un color completamente distinto. Puesto que admites ciertas cosas, debes admitir también si eres de esa clase de personas. Muy bien. Tuviste ocasión de curiosear los papeles de Nigel y la aprovechaste.

Jean se puso en pie.

—Mira, Valerie, si continúas siendo tan antipática y tan injusta, yo…

—¡Oh, vamos, pequeña! —dijo Valerie—. Continúa. Ahora me siento interesada y quiero saber.

—Pues bien, había un pasaporte, —replicó la joven—. Estaba en el fondo de la cartera y el nombre que constaba en él era Stanford, Stanley, o algo por el estilo, y pensé: «Qué extraño que Nigel tenga el pasaporte de otra persona», y al abrirlo vi que la fotografía era de Nigel. ¿No comprendes que debe llevar una doble vida? Y lo que me pregunto es si debo decírselo a la policía. ¿Tú crees que es mi

deber?

Valerie se echó a reír.

—Mala suerte, Jean —le dijo—. A decir verdad, yo creo que tiene una explicación bien sencilla. Pat me lo contó. Nigel recibía dinero, o cierta herencia, con la condición de que cambiara de nombre, y él lo hizo legalmente, eso es todo. Creo que su verdadero nombre era Stanfield o Stanley, algo parecido.

—¡Oh! —Jean parecía avergonzada.

—Pregunta a Pat, si a mí no me crees —se revolvió Valerie.

—Oh, no… bueno, si es como tú dices, debo haberme equivocado.

—Te deseo mejor suerte la próxima vez.

—No sé a qué te refieres, Valerie.

—¿Te gustaría complicar a Nigel, no es cierto? ¿Y ponerlo a mal con la policía?

Jean se irguió.

—Tal vez no me creas, Valerie —le dijo—, pero lo único que deseo es cumplir con mi deber.

Y dicho esto salió de la habitación.

—¡Oh, diablos! —exclamó Valerie.

Llamaron a la puerta y entró Sally.

—¿Qué te ocurre, Valerie? Pareces abatida.

—Es por esa antipática de Jean. ¡En realidad es terrible! ¿No crees que pueda haber la más remota posibilidad de que Jean quitara de en medio a la pobre Celia? Me alegraría muchísimo verla en el banquillo.

—Opino como tú —replicó Sally. Pero no me parece probable. No creo que Jean se arriesgara nunca hasta el punto de asesinar a nadie.

—¿Qué opinas de la señora Nick?

—Pues no sé qué pensar. Pero pronto sabremos a qué atenernos.

—Apostaría diez contra uno a que también la asesinaron —dijo Valerie.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que ocurre aquí?

—Ojalá lo supiera, Sally. ¿No te has sorprendido alguna vez observando a los demás?

—¿Qué quieres decir con eso de observar a los demás, Val?

—Pues, mirarles preguntándote: «¿Serás tú?». Tengo el presentimiento de que aquí hay algún perturbado. Realmente loco. Loco de remate… quiero decir, no de esos que se creen Napoleón.

—Es posible —dijo Sally estremeciéndose.

—¡Hum! —replicó Valerie—. Te aseguro que tengo mucho miedo.

* * *

—Nigel, tengo que decirte una cosa.

—Bien, ¿qué es ello, Pat? —Nigel rebuscaba frenéticamente en uno de los cajones de su cómoda—. No sé qué diablos hice de esos apuntes. Yo creí que los había puesto aquí.

—¡Oh, Nigel, no revuelvas de ese modo! Luego lo dejas todo por en medio y yo tengo que recogerlo.

—¡Bueno, qué diablos!; tengo que encontrar mis apuntes, ¿no es verdad?

—¡Nigel, tienes que escucharme!

—Está bien, Pat, no te pongas así. ¿Qué ocurre?

—Tengo que confesarte algo.

—Supongo que no se trata de un crimen —replicó Nigel en su acostumbrada ligereza.

—¡No, desde luego!

—Bien. Oigamos cuál es ese pecadillo.

—Fue un día que te zurcí los calcetines y vine a guardarlos en el cajón de la cómoda…

—¿Sí?

—Y encontré el frasco de morfina. El que tú me dijiste que habías cogido del hospital.

—¡Sí, y valiente alboroto que armaste!

—Pero, Nigel, si estaba ahí en tu cajón, entre los calcetines y cualquiera hubiera podido encontrarlo.

—¿Por qué? Nadie viene a revolver entre mis calcetines excepto tú.

—Bueno, me pareció mal dejarlo ahí, y ya sé que dijiste que te desharías de él después de ganar la apuesta; pero entre tanto seguía

estando ahí.

—Naturalmente. Aún no había conseguido el tercer veneno.

—Pues bien, a mí me pareció muy mal y cogí el frasco, saqué el veneno y lo llené de bicarbonato. El efecto era el mismo.

Nigel dejó de buscar sus apuntes.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¿De veras hiciste eso? ¿Quieres decir que cuando juraba a Len y a Colin que aquel polvo era sulfato de morfina, o tartrato, o lo que sea, lo único que contenía el frasco era bicarbonato?

—Sí. Comprende…

Nigel la interrumpió con el ceño fruncido.

—No estoy seguro de que eso anule la apuesta. Claro que yo tenía idea…

—Pero, Nigel, era realmente peligroso tenerlo ahí escondido entre la ropa.

—Por Dios, Pat, ¿es que siempre tienes que complicar las cosas? ¿Qué hiciste con la morfina?

—La puse en el frasco del bicarbonato sódico y lo escondí en el cajón de mis pañuelos.

Nigel la contempló con franco asombro.

—Realmente, Pat, tus procesos mentales y tu lógica están más allá de todo calificativo. ¿Por qué lo hiciste?

—Creí que allí estaría más segura.

—Mi querida Pat, o bien la morfina se encerraba bajo llave, o si no, ¿qué más daba que estuviera entre mis calcetines o entre tus pañuelos?

—Bueno, sí importaba. En primer lugar, yo duermo sola, y no comparto mi habitación con nadie.

—Vaya, no pensarás que el pobre Len iba a quitarme la morfina, ¿verdad?

—No pensaba decírtelo, pero ahora debo hacerlo… porque… ha *desaparecido*.

—¿Quieres decir que lo ha cogido la policía?

—No. Desapareció antes.

—¿Quieres decir? —Nigel la miró consternado—. Pongamos esto en claro. Hay una botella con la etiqueta de «Bicarbonato Sódico», pero conteniendo sulfato de morfina, que rueda por ahí y que en

cualquier momento alguien puede tomarse una cucharada si le duele el estómago… ¡Dios santo, Pat! ¿Y tú has hecho eso? ¿Por qué diablos no la tiraste, si es que tanto te preocupaba?

—Porque la consideré valiosa y creí que debía devolverse al hospital en vez de tirarla. Tan pronto como hubieras ganado la apuesta pensaba dársela a Celia y pedirle que la devolviera.

—¿Y estás segura de que no se la diste?

—Claro que estoy segura de que no se la di. ¿Y si la tomó ella para suicidarse, fue culpa mía?

—¡Cálmate! ¿Cuándo desapareció?

—No lo sé exactamente. Yo la busqué el día anterior a la muerte de Celia y no pude encontrarla, pero creí que tal vez, por distracción, la hubiera dejado en otro sitio.

—¿El día anterior a su muerte ya había desaparecido?

—Supongo que he sido muy estúpida —repuso Patricia con el rostro muy pálido.

—Y algo más —replicó Nigel—. ¡Hasta qué extremos puede llegar una inteligencia corta y una conciencia activa!

—¿Crees que debo decírselo a la policía?

—¡Oh, diablos! —exclamó Nigel—. Supongo que sí. Y todo por mi culpa.

—Oh, no, Nigel, la culpa fue mía, querido. Yo…

—En primer lugar yo fui quien se apoderó de ella —dijo el muchacho—. Entonces me pareció simplemente divertido, pero ahora… oigo ya los acerbos comentarios como si estuviera en el banquillo.

—Lo siento. Cuando la cogí, mi intención era…

—Tu intención era bonísima. Lo sé. ¡*Lo sé*! Escucha, Pat, apenas puedo creer que la morfina haya desaparecido. Habrás olvidado dónde la pusiste. Ya sabes que algunas veces uno se confunde…

—Sí, pero…

Vacilaba mientras la sombra de una duda iba apareciendo en su rostro.

Nigel se levantó con presteza.

—Vamos a tu habitación y hagamos un registro a fondo.

* * *

—¡Nigel, ésta es mi ropa interior!

—Vamos, Pat, no me vengas ahora con tonterías. Precisamente aquí es donde pudiste esconder el frasco, ¿no te parece?

—Sí, pero estoy segura de que yo…

—No podemos estar seguros de nada hasta que hayamos mirado en todas partes. Y estoy dispuesto a hacerlo con todo detalle.

Llamaron a la puerta y entró Sally Finch, cuyos ojos se abrieron por la sorpresa de ver a Pat sentada sobre la cama, con un montón de calcetines de Nigel en la mano, mientras Nigel, con todos los cajones de la cómoda abiertos y revolviendo en ellos como un perrito, iba sacando jerseys, medias y prendas interiores así como otros accesorios del atuendo femenino.

—Por todos los santos —exclamó Sally—, ¿qué es lo que ocurre?

—Estamos buscando el bicarbonato —replicó Nigel en tono seco.

—¿El bicarbonato? ¿Para qué?

—Me duele el estómago —dijo Nigel haciendo una mueca— y sólo el bicarbonato puede calmarme.

—Creo que yo debo tener en alguna parte.

—No me sirve, Sally, tiene que ser el de Pat. Es el único que puede curar mi dolencia especial.

—Estás loco —dijo Sally—. ¿Qué es lo que busca, Pat?

Patricia meneó la cabeza con pesar.

—¿No habrás visto mi frasco de bicarbonato, Sally? —le preguntó—. Sólo quedaba un poco en el fondo.

—No —Sally la miró con curiosidad, y luego frunció el ceño—. Déjame pensar. Alguien de aquí… no, no lo recuerdo… ¿Tienes un sello, Pat? Quiero echar una carta y se me han terminado.

—En ese cajón de ahí.

Sally abrió el pequeño cajón del escritorio, y sacando un pliego de sellos, cogió uno que pegó en la carta que llevaba en la mano, guardó de nuevo los restantes y puso dos peniques y medio sobre la mesa.

—Gracias. ¿Quieres que al mismo tiempo eche esta carta tuya?

—Sí… no… No. Creo que esperaré.

Sally asintió con un gesto de indiferencia antes de salir de la habitación. Pat dejó los calcetines que tenía en la mano y se retorció los dedos, nerviosa.

—Nigel.

—¿Qué? —el joven había trasladado su atención al armario y estaba registrando los bolsillos de un abrigo.

—Tengo que confesarte algo más.

—Dios santo, Pat, ¿qué has hecho?

—Tengo miedo de que te enfades.

—Estoy ya más que enfadado. Si Celia fue envenenada con la morfina que yo cogí, probablemente pasaré años y años en la cárcel, eso si no me ahorcan.

—No tiene nada que ver con todo esto. Se trata de tu padre.

—¿Qué? —Nigel giró en redondo con la sorpresa e incredulidad reflejadas en su rostro.

—¿Sabes que está muy enfermo, no es cierto?

—No me importa lo enfermo que esté.

—Eso dijeron anoche por la radio. «Sir Arthur Stanley, el famoso investigador químico, se encuentra gravemente enfermo».

—Es agradable ser célebre. Todo el mundo se entera cuando uno está enfermo.

—Nigel, si se está muriendo deberías reconciliarte con él.

—¡Al diablo, no lo haré!

—Pero si se está muriendo.

—¡Será el mismo muriéndose que cuando estaba vivito y coleando!

—No debes ser así, Nigel. Tan rencoroso y falto de caridad.

—Escucha, Pat… ya te lo dije una vez: él mató a mi madre.

—Ya sé que lo dijiste, y que tú la adorabas, pero yo creo que algunas veces exageras, Nigel. Muchísimos maridos son antipáticos e intransigentes y hacen desgraciadas a sus esposas, pero decir que tu padre mató a tu madre es una extravagancia y en realidad no es cierto.

—Tú sabes mucho de eso, ¿verdad?

—Sé que algún día te arrepentirás de no haberte reconciliado con tu padre antes de su muerte. Por eso… —Pat hizo una pausa para tomar ánimos—. Por eso he escrito a tu padre… diciéndole…

—¿Que le has escrito? ¿Es esa carta que Sally quería echar? —se dirigió al escritorio—. Ya.

Y cogiendo con dedos nerviosos el sobre ya franqueado lo hizo pedazos y visiblemente disgustado lo arrojó al cesto de los papeles.

—¡Ya está! —Y no te atrevas a volver a pedir nada semejante.

—Nigel, realmente eres una criatura. Puedes romper la carta, pero no impedirme que escriba otra, y la escribiré.

—Eres una sentimental incurable; ¿no se te ha ocurrido pensar que, cuando, digo que mi padre asesinó a mi madre, lo declaro basándome en un hecho indiscutible? Mi madre murió por haber ingerido una dosis excesiva de vernal. En el juicio dijeron que la tomó por error, pero fue mi padre quien se la dio deliberadamente. Quería casarse con otra, ¿comprendes?, y mi madre no quiso concederle el divorcio. Es la historia de un crimen vulgar. ¿Qué hubieras hecho en mi lugar? ¿Denunciarle a la policía? Mi madre no hubiera querido eso… De modo que hice lo único que podía hacer… decirle a él que lo sabía… y marcharme para siempre. Incluso he cambiado de nombre.

—Nigel… lo siento… Nunca imaginé…

—Bueno, ahora ya lo sabes… El respetable y famoso Arthur Stanley con sus investigaciones y antibióticos… retozando como el verde laurel. Pero aquella pájara no se casó con él. Se escapó. Creo que debió adivinar lo que él había hecho…

—Querido Nigel… qué horror… Lo siento…

—Está bien. No volveremos a hablar de esto. Ahora dediquémonos a la búsqueda del bicarbonato. Piensa exactamente lo que hiciste con la morfina; apoya la cabeza entre las manos, y piensa, Pat.

* * *

Geneviéve entró en el salón en un estado de gran agitación, y se dirigió a los estudiantes allí reunidos en voz baja y excitada.

—Ahora estoy segura… completamente segura… de saber quién mató a la pobre Celia.

—¿Quién fue, Geneviéve? —preguntó René—. ¿Qué ha sucedido

para que estés tan segura?

Geneviéve miró cautelosamente a su alrededor para cerciorarse de que la puerta estaba cerrada, y bajando aún más la voz dijo:

—Fue Nigel Chapman.

—Nigel Chapman, pero, ¿por qué?

—Escuchad. Acabo de pasar por el corredor para dirigirme a la escalera y oí voces en la habitación de Patricia. Era Nigel quien hablaba.

—¿Nigel? ¿En la habitación de Patricia? —exclamó Jean en tono de censura, mas Geneviéve sin desviarse del particular continuó:

—Y le estaba diciendo a ella que su padre había matado a su madre, *que pour ça*, ha cambiado de nombre. ¿De modo que está bien claro, no? Su padre fue un asesino convicto y Nigel lo lleva en la sangre como herencia…

—Es posible —dijo Chandra Lal, reflexionando complacido sobre aquella posibilidad—. Es muy posible. Nigel es tan violento, tan desequilibrado. No tiene dominio de sí mismo. ¿No estáis de acuerdo conmigo? —Y se volvió con aire condescendiente hacia Akibombo, que asintió con entusiasmo inclinando la cabeza morena y rizada, al tiempo que exhibía sus blancos dientes en una sonrisa.

—Siempre he pensado —intervino Jean— que Nigel no tiene *sentido* de la moral… Es un carácter completamente degenerado.

—Puede ser un crimen pasional —comentó Ahmed Alí—. Seduce a Celia y luego la mata porque es una buena chica que espera que se case con ella…

—Majaderías —estalló Leonard Bateson.

—¿Qué has dicho?

—¡Digo que son *majaderías*! —gritó Len.

Capítulo XVII

Sentado en un departamento de la comisaría, Nigel miró nerviosamente los ojos severos del inspector Sharpe, que acababa de oír su declaración.

—¿Se da usted cuenta, señor Chapman, de que lo que acaba de contarnos es muy serio? Vaya si lo es.

—Claro que me doy cuenta, y no hubiera venido a contárselo de no considerarlo urgente.

—¿Y dice usted que la señorita Lane no recuerda exactamente cuándo vio por última vez ese frasco de bicarbonato que contenía morfina?

—Está aturdida, y cuanto más se esfuerza por recordar, más se confunde. Dice que yo la pongo nerviosa, y ahora está intentando hacer memoria mientras yo he venido a verle a usted.

—Será mejor que vayamos enseguida a la calle Hickory.

Mientras hablaba sonó el timbre del teléfono de sobremesa y el agente que había estado tomando nota de la historia de Nigel alargó la mano y descolgó el auricular.

—Es la señorita Lane —dijo después de escuchar—. Desea hablar con el señor Chapman.

Nigel se aproximó a la mesa y cogió el teléfono que le alargaba el agente.

—¿Pat? Soy Nigel.

La voz de la joven llegó hasta él, nerviosa, sin aliento.

—Nigel. ¡Creo que ya lo tengo! Quiero decir que ya sé quién lo ha cogido… ¿sabes…? cogido del cajón de mis pañuelos… ¿sabes? Sólo hay una persona que…

La voz se interrumpió.

—Pat. Dime. ¿Estás ahí? ¿Quién ha sido?

—Ahora no puedo decírtelo. Más tarde. ¿Vas a venir?

El teléfono estaba lo bastante cerca del agente y del inspector para que pudieran oír claramente la conversación, y este último hizo un gesto de asentimiento ante la mirada interrogadora de Nigel.

—Dígale que «enseguida» —le dijo.

—Vamos a ir enseguida —le anunció Nigel—. Salimos ahora mismo.

—¡Oh! Bueno. Estaré en mi habitación.

—Hasta luego, Pat.

Apenas pronunciaron palabra durante el breve trayecto hasta la calle Hickory.

Sharpe se preguntaba si al final habrían encontrado una pista. Podía ofrecerles Patricia Lane alguna prueba definitiva, ¿o serían meras suposiciones suyas? Con claridad no había recordado nada que pareciera importante. Suponía que había telefoneado desde el vestíbulo y que por consiguiente tuvo que ser comedida y hablar con precaución.

Nigel abrió la puerta del número veintiséis de la calle Hickory con su llavín, y penetraron en la casa. A través de la puerta del salón, Sharpe pudo distinguir la roja cabeza de Leonard Bateson inclinada sobre unos libros.

Nigel los condujo arriba y atravesó el pasillo hasta la habitación de Pat. Llamó ligeramente con los nudillos y entró…

—Hola, Pat. Aquí está…

Su voz murió en un suspiro de asombro, y permaneció inmóvil mientras Sharpe, por encima de su hombro, veía lo que había de ver.

Patricia Lane yacía desplomada en el suelo.

El inspector apartó a Nigel y fue a arrodillarse junto al cuerpo de la muchacha. Le alzó la cabeza, le tomó el pulso y luego, volviendo a dejarla en su posición con sumo cuidado, se puso en pie con el rostro grave.

—No —exclamó Nigel con voz histérica—. No, no, no.

—Sí, señor Chapman. Está muerta.

—No, no. Pat. La pobrecilla Pat. Cómo…

—Con esto.

Era un arma sencilla e improvisada: un pisapapeles de mármol metido en un calcetín de lana.

—Le golpearon en la cabeza por la espalda. Un arma muy efectiva. Si le sirve de consuelo, señor Chapman, yo creo que ni siquiera llegó a enterarse.

Nigel se sentó temblando sobre la cama y se puso a explicar:

—Ése es uno de mis calcetines. Iba a zurcírmelo… Oh, Dios mío, iba a zurcírmelo…

Y de pronto empezó a llorar como un niño… con abandono y sin darse cuenta de que lloraba.

Sharpe continuaba reconstruyendo el crimen.

—Fue alguien que la conocía muy bien. Alguien que cogió el calcetín e introdujo el pisapapeles en su interior.

—¿Reconoce este pisapapeles, señor Chapman?

Y lo sacó del calcetín para enseñárselo.

Nigel lo miró sin dejar de llorar.

—Pat lo tenía siempre encima de su escritorio. Es el León de Lucerna.

Y escondió el rostro entre las manos.

—¡Pat… oh, Pat! ¡Qué voy a hacer sin ti!

De pronto se irguió echando hacia atrás sus revueltos cabellos.

—¡Mataré a quien haya hecho esto! ¡Le mataré! ¡Cerdo asesino!

—Cálmese, señor Chapman. Sí, sí, sé lo que siente. Ha sido una brutalidad…

—¡Pat nunca hizo daño a nadie!

Consolándolo como pudo, el inspector Sharpe lo hizo salir de la habitación. Luego volvió a entrar e inclinándose sobre el cadáver de la joven, cogió algo que ésta tenía entra los dedos.

* * *

Geronimo, con la frente perlada de sudor, volvía sus ojos oscuros y asustados de un rostro a otro.

—Yo no vi nada. Ni oí nada. Se lo aseguro. Yo no sé nada en absoluto. Yo estoy siempre en la cocina con María. Preparo la *minestrone*, gratino el queso…

Sharpe interrumpió su discurso.

—Nadie le acusa. Sólo deseamos aclarar algunas cosas: ¿Quiénes entraron y salieron de la casa a última hora? ¿Puede decírmelo?

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

—Pero usted puede ver quién entra y quién sale, desde la ventana de la cocina, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces dígalo.

—A esa hora entran y salen muchos estudiantes.

—¿Quiénes estuvieron en la casa entre las seis y las seis y treinta y cinco, que es cuando nosotros llegamos?

—Todo el mundo, excepto el señorito Nigel, y la señora Hubbard y la señorita Hobhouse.

—¿Cuándo salieron?

—La señora Hubbard antes de la hora del té, y todavía no ha regresado.

—Continúe.

—El señorito Nigel salió hará cosa de media hora, poco antes de las seis… parecía muy enfurruñado; y acaba de llegar ahora con ustedes.

—Eso es cierto, sí.

—La señorita Valerie se marchó a las seis en punto. Estaban dando las campanadas, dong, dong, dong. Iba muy elegante, con un vestido de cóctel. Aún no ha vuelto.

—¿Y todos los demás, están en casa?

—Sí, señor. Todos están aquí.

Sharpe echó una ojeada a su libro de notas. En él estaba anotada la hora de la llamada telefónica de Pat. Exactamente a las seis y ocho minutos.

—¿Todos los demás se quedaron en la casa? ¿No regresó nadie durante este intervalo de tiempo?

—Sólo la señorita Sally. Había salido a echar una carta y volvió…

—¿Sabe usted a qué hora regresó?

Geronimo frunció el entrecejo.

—Vino cuando estaban dando las noticias.

—Entonces después de las seis.

—Sí, señor.

—¿Qué parte de las noticias estaban dando?

—No lo recuerdo, señor. Pero desde luego era anterior a los deportes, porque entonces cerramos la radio como de costumbre.

Sharpe sonrió a pesar suyo. Era un campo muy extenso. Sólo podían excluir a Nigel Chapman, Valerie Hobhouse y la señora Hubbard, lo cual representaba un interrogatorio largo y agotador. ¿Quiénes estuvieron en el salón? ¿Quiénes lo abandonaron? ¿Cuándo? ¿Quién podría responder de quién? Y a esto había que agregar que muchos estudiantes, sobre todo los asiáticos y africanos, eran poco precisos por naturaleza en cuanto a las horas, y por ello la tarea no resultaría precisamente envidiable.

Pero había que realizarla.

* * *

En la habitación de la señora Hubbard se respiraba un ambiente triste. La misma señora Hubbard, todavía con sus ropas de calle y su hermoso rostro tenso por la preocupación, se hallaba sentada en el sofá, y Sharpe y el sargento Cobb ante una mesita.

—Creo que telefoneó desde aquí —decía Sharpe—. Y a eso de las seis y ocho minutos varias personas entraron y salieron del salón, o por lo menos eso dicen… y nadie vio ni oyó que se utilizara el teléfono del recibidor. Claro que no puede fiarse mucho en sus palabras, pues la mayoría de ellos nunca miran el reloj, pero yo creo que debió entrar aquí para telefonear a la comisaría. Usted había salido, señora Hubbard, pero supongo que no cierra la puerta con llave…

La señora Hubbard meneó la cabeza.

—La señora Nicoletis la cerraba siempre, pero yo no…

—Bien; entonces, Patricia Lane viene aquí para telefonear excitada por su reciente descubrimiento, y mientras está hablando, se abre la puerta y alguien entra o se asoma. Patricia se asusta y cuelga. ¿Acaso porque reconoció en el intruso a la persona cuyo nombre estaba a punto de pronunciar? ¿O por mera precaución? Pueden ser las dos cosas. Yo me inclino por la primera suposición.

La señora Hubbard asintió con un gesto.

—Quienquiera que fuese pudo haberla seguido hasta aquí, y tal vez, después de estar escuchando detrás de la puerta, entró para impedir que Pat continuara.

—Y luego…

El rostro de Sharpe se ensombreció.

—Esa persona acompañó a Pat a su habitación charlando normalmente. Tal vez Patricia le acusara de haber cogido el bicarbonato, y quizás ella le diera explicación plausible.

La señora Hubbard preguntó extrañada:

—¿Por qué dice usted «ella»?

—¡Extraña cosa… un pronombre! Cuando encontramos el cadáver, Nigel Chapman dijo: «¡Mataré a quien haya sido! Le mataré». Observé que se refería a un hombre. Tal vez fuese porque asoció la idea de violencia a un hombre. O tal vez por tener alguna ligera sospecha que señale a un hombre, a un hombre en particular. Si se trata de esto último debemos averiguar cuáles fueron sus razones para pensar así. En cambio yo me he inclinado desde el primer momento por una mujer.

—¿Por qué?

—Por lo siguiente. Alguien entró con Patricia en su habitación… alguien con quien ella se sentía tranquila, y eso indica a otra mujer. Los estudiantes no van a los dormitorios de las señoritas a no ser por alguna razón especial. ¿No es así, señora Hubbard?

—Sí. No es que sea una regla estricta, pero por lo general se cumple.

—El otro lado de la casa está separado de éste, excepto en la planta baja, y dando por supuesto que la conversación entre Nigel y Pat fuese oída, con toda probabilidad debió ser una mujer quien la oyera.

—Sí, comprendo lo que quiere decir. Y algunas parecen pasarse la mitad del tiempo escuchando tras el ojo de la cerradura.

Y enrojeciendo agregó a modo de disculpa:

—Eso es algo demasiado duro. En realidad, aunque estas casas están sólidamente construidas, han sido divididas con nuevos tabiques delgados como el papel, y no puede evitarse el oír a través de ellos. Debo admitir que a Jean le gusta mucho curiosear. Y desde

luego, cuando Geneviéve oyó que Nigel le decía a Pat que su padre había asesinado a su madre, se excitó su curiosidad y escuchó lo que pudo.

El inspector asintió. Ya había oído las declaraciones de Sally Finch, Jean Tomlinson y Geneviéve.

—¿Quiénes ocupan las habitaciones contiguas a las de Patricia? —quiso saber.

—Geneviéve está al lado… pero la pared es la de las originales. Elizabeth Johnston al otro lado, cerca de la escalera. Sólo las separa un tabique.

—La francesita oyó el final de su conversación. Sally Finch estuvo presente un poco antes, cuando fue a buscar el sello para su carta. Pero el hecho de que las dos jóvenes estuvieran allí excluye automáticamente la posibilidad de que alguien más estuviera escuchando, excepto durante un período de tiempo muy reducido. Siempre con la excepción de Elizabeth Johnston, que pudo haberlo oído a través del tabique divisorio, de haber estado en su habitación, pero parece ser que ya estaba en el salón cuando Sally Finch salió a echar la carta.

—¿Y permaneció allí todo el tiempo?

—No, subió poco después en busca de un libro que había olvidado. Y como de costumbre, nadie puede precisar cuándo.

—Pudo ser cualquiera —replicó la señora Hubbard, desalentada.

—Según sus declaraciones sí pero tenemos alguna otra prueba.

Y sacó de su bolsillo un papelito doblado.

—¿Qué es eso? —preguntó la señora Hubbard.

Sharpe sonrió.

—Un par de cabellos… que cogí de entre los dedos de Patricia Lane.

—Quiere decir que…

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el inspector.

La puerta se abrió dando paso a Akibombo, que llegaba sonriente.

—¿Me permite? —dijo.

El inspector Sharpe le replicó impaciente:

—Sí, señor… eh… hum… ¿qué desea?

—Vengo a declarar algo de suma importancia y que puede ayudar a esclarecer este triste y trágico suceso.

Capítulo XVIII

Bien, señor Akibombo —dijo el inspector Sharpe, resignado—; oigamos de qué se trata.

Se le había ofrecido una silla y Akibombo estaba frente a los demás, que le miraban con gran atención.

—Gracias. ¿Empiezo ya?

—Sí, por favor.

—Pues algunas veces me siento indispuesto.

—Oh.

—Tengo el estómago delicado. Eso es lo que dice la señorita Sally, pero no es que esté realmente enfermo, y no tengo vómitos.

El inspector Sharpe pudo contenerse a duras penas mientras Akibombo iba dando detalles de su dolencia.

—Sí, sí —le dijo—. Lo lamento mucho, se lo aseguro, pero usted deseaba decirnos…

—Tal vez sea debido al cambio de alimentación. Me siento repleto. —Y el señor Akibombo indicó exactamente el lugar—. Yo creo que no como suficiente carne y demasiados carbohidratos.

—Carbohidratos —le corrigió el inspector mecánicamente—. Pero no comprendo…

—Algunas veces tomo una píldora, o un poco de magnesia y otros polvos estomacales. No tiene importancia el que sea… el caso es que me hace expulsar el aire… así. —Y Akibombo largó un gran eructo—. Después —sonrió con aire seráfico—, me siento mucho mejor, muchísimo mejor.

El rostro del inspector se iba congestionando y la señora Hubbard, dijo en tono autoritario:

—Lo comprendemos perfectamente. Ahora pasemos a lo que importa.

—Sí, desde luego. Bien, como digo, esto me sucedió a principios de la semana pasada, no recuerdo exactamente qué día. Los macarrones estaban muy buenos, comí muchos y luego me sentí muy mal. Quise trabajar para mi profesor, pero me resultaba difícil pensar con esta pesadez aquí. —Y de nuevo Akibombo indicó el punto exacto—. Era después de cenar y en el salón estábamos sólo Elizabeth y yo, y le pregunté: «¿Tiene un poco de bicarbonato, o polvos estomacales? He terminado los míos», y ella respondió: «No. Pero he visto un poco en el cajón de Pat cuando fui a devolverle un pañuelo que le pedí prestado. Iré a buscártelo —me dijo—. A Pat no le importará». Así que subió, regresando con un frasco de bicarbonato sódico. Quedaba muy poco, sólo el fondo de la botella, que estaba casi vacía. Le di las gracias y fui con el frasco al lavabo; vertí casi todo el que quedaba, casi una cucharadita de café llena, en un poco de agua, y después de revolverlo lo bebí.

—¿Una cucharada? ¡Una cucharada! ¡Cielo santo…! ¿Qué hizo?

El inspector le miraba fascinado, el sargento Cobb se inclinó hacia delante con expresión de asombro. La señora Hubbard, murmuró entre dientes.

—¡Rasputín!

—¿Se tragó una cucharadita de morfina?

—Naturalmente, yo creí que era bicarbonato.

—¡Sí, sí, lo que no comprendo es que esté ahora aquí sentado!

—Y luego me puse realmente enfermo. No sentía aquella opresión de antes, sino un dolor… un dolor agudo en el estómago.

—¡No sé cómo no está muerto!

—Como Rasputín —replicó la señora Hubbard—. Le daban veneno y más veneno, en grandes cantidades, y no conseguían matarle.

Akibombo se dispuso a continuar.

—De modo que al día siguiente, cuando me sentí mejor, llevé la botella con el poquitín de polvo que quedaba en ella a un farmacéutico para que me dijera qué era lo que había tomado y que tanto daño me hiciera…

—¿Sí?

—Me dijo que volviera más tarde, y cuando fui exclamó: «¡No es extraño! Esto no es bicarbonato, sino ácido… bórico. Se puede

poner en los ojos, pero si se toma una cucharada es natural que se sienta enfermo».

—¡Ácido bórico! —El inspector le contempló estupefacto—. Pero, ¿cómo fue a parar a esa botella? ¿Qué le ocurrió a la morfina? —Gimió—. ¡Se habrá visto algo más descabellado!

—Y yo he estado pensando —continuó Akibombo.

El inspector volvió a gemir.

—¿Que usted ha estado pensando? —dijo—. ¿Y qué es lo que ha pensado?

—He estado, pensando en la señorita Celia y en cómo murió… y que alguien debió entrar en su habitación, después de su muerte para dejar la botella vacía de morfina y el pedazo de papel en que decía que se había suicidado…

Akibombo hizo una pequeña pausa y el inspector asintió.

—Y por eso me dije… ¿quién pudo hacerlo? Yo creo que para una de las señoritas hubiera sido fácil, pero para un hombre no tanto, ya que hubiera tenido que bajar la escalera de nuestra casa y subir por otra, y cualquiera pudo despertarse y verle u oírle. De modo que me puse a pensar de nuevo, y me dije: supongamos que fuese alguno de los de nuestra casa, pero que tuviera la habitación contigua a la de la señorita Celia… sólo que ella está en casa, ¿comprende? En la habitación de él hay un balcón, y en la de ella también, y es probable que ella durmiera con el balcón abierto, como medida higiénica. Así que siendo fuerte y atlético, pudo saltar hasta su habitación.

—La habitación contigua a la de Celia, pero que pertenece a la otra casa —dijo la señora Hubbard—. Déjeme pensar… es la de Nigel… y…

—Len Bateson —terminó el inspector mientras sus dedos acariciaban el papel doblado que tenía en la mano—, Len Bateson.

—Es muy simpático, sí —dijo Akibombo con pesar—. Y para mí aún más, pero psicológicamente uno no sabe lo que se esconde debajo de la superficie. Es eso, ¿no? La teoría moderna. Chandra Lal se puso furioso cuando le desapareció el ácido bórico para sus ojos y más tarde, al preguntarle, me dijo que había sabido que se lo quitó Len Bateson…

—La morfina fue cogida del cajón de Nigel y sustituida por el

ácido bórico… Sí, ya comprendo…

—¿Le he servido de ayuda? —preguntó cortésmente Akibombo.

—Sí, desde luego, le estamos muy agradecidos. No… eh… no repita nada de esto.

—No, señor. Tendré cuidado.

Y Akibombo, tras inclinarse cortésmente, salió de la habitación.

—Len Bateson —dijo la señora Hubbard con voz alterada—. ¡Oh! ¡No!

Sharpe la miró.

—¿Es que no quiere que sea Len Bateson?

—Le he tomado aprecio. Tiene genio, lo sé, pero es siempre tan formal…

—Eso se ha dicho de muchísimos criminales —replicó Sharpe.

Y con toda calma desenvolvió el paquetito que tenía en la mano. La señora Hubbard, obedeciendo a una indicación suya, se inclinó para mirar.

En el blanco papel había dos cabellos rojos, cortos y ensortijados…

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Hubbard.

—Sí —dijo Sharpe en tono reflexivo—. En mi larga experiencia he aprendido que un asesino comete siempre un error por lo menos.

Capítulo XIX

Pero esto es estupendo, amigo mío —dijo Hercules Poirot admirado—. Tan claro… tan maravillosamente claro.

—Habla como si se tratara de una sopa —gruñó el inspector—. A usted puede parecerle *consommé*, pero para mí sigue siendo todavía un puré espeso…

—Vamos, vamos. Todo encaja en su lugar correspondiente.

—¿Incluso esto?

Y como hiciera ante la señora Hubbard, el inspector Sharpe le mostró los dos cabellos rojos.

La respuesta de Poirot fue casi igual a la de Sharpe en aquella ocasión.

—Ah… sí —dijo—. ¿Cómo llamaron a eso por la radio? El error deliberado.

Las miradas de los dos hombres se encontraron.

—Nadie es tan listo como se cree —continuó Hercules Poirot.

—El inspector Sharpe se sintió tentado de responder: «¿Ni siquiera Hercules Poirot?», pero se contuvo.

—Y en cuanto a lo otro, ¿todo arreglado, amigo mío?

—Sí, el globo se elevará mañana.

—¿Irá usted mismo?

—No, yo tengo que estar en el número veintiséis de la calle Hickory. Cobb estará de guardia.

—Le desearemos buena suerte.

Y con aire solemne, Hercules Poirot alzó un vaso que contenía *créme de menthe*.

El inspector Sharpe alzó a su vez su vaso de whisky.

—Lo mismo digo.

* * *

—Saben hacer las cosas en estos sitios —dijo el sargento Cobb.

Contemplaba admirado el escaparate de «Sabrina Fair», una demostración del arte del cristal… allí todos eran verdes y translúcidos como las olas del mar… Sabrina exhibía toda clase de cosméticos exquisitamente envasados y rodeados de diversos accesorios femeninos, así como varias muestras de rica bisutería.

El agente detective Maccrae lanzó un gruñido desaprobador.

—Esto es una blasfemia. No es Sabrina Fair, sino Milton.

—Bueno, Milton no es la Biblia, amigo mío.

—No negará que El Paraíso Perdido trata de Adán y Eva, el Paraíso y todos los diablos del Infierno, y, si eso no es la Biblia, ¿qué es?

El sargento Cobb no quiso meterse en controversias y entró decidido en el establecimiento acompañado del duro policía. En el interior de la concha rosada de «Sabrina Fair», el sargento y su satélite parecían tan desconcertados como «un toro en una tienda de porcelana», como dicen vulgarmente los ingleses.

Una criatura exquisita vestida de rosa salmón se acercó a ellos dando la impresión de que sus pies apenas rozaban el suelo.

El sargento Cobb le dijo:

—Buenos días, madame —y le mostró sus credenciales. La encantadora criatura desapareció como por encanto, y a poco llegó otra de más edad, pero igualmente encantadora. Parecía una duquesa con sus cabellos grises azulados, y sus mejillas suaves habían desterrado las arrugas propias de los años. Sus ojos color acero se fijaron en los del sargento Cobb.

—Esto es algo inusitado —les dijo la duquesa con severidad—. Hagan el favor de pasar.

Y les condujo a través del salón en cuyo centro había una mesa con revistas y periódicos cuidadosamente ordenados. Junto a las paredes se veían diversos departamentos separados por cortinajes que albergaban a señoras rubicundas sometidas a los cuidados de las sacerdotisas vestidas de color rosa.

La duquesa acompañó a los policías a un despachito reducido

donde había un gran escritorio de tapa corredera, varias sillas, dos sillones y nada que atenuara la fuerte luz del Norte.

—Yo soy la señora Lucas, propietaria de este establecimiento —dijo—. Mi socia, la señorita Hobhouse, no está hoy aquí.

—No, madame —dijo el sargento Cobb, para quien aquello no era una novedad.

—La orden de registro que traen ustedes me parece improcedente —dijo la señora Lucas—. Este es el despacho particular de la señorita Hobhouse. Y, sinceramente espero que no sea necesario… eh… molestar a nuestras clientes en ningún sentido…

—No creo que tenga que preocuparse por eso —replicó Cobb—. Lo que andamos buscando no es probable que se encuentre en los salones.

Y aguardó cortésmente a que ella se retirara. Luego examinó el despacho de Valerie Hobhouse. La estrecha ventana daba a la parte de atrás de otros establecimientos de Mayfair. Las paredes estaban pintadas de gris pálido y dos hermosas alfombras persas cubrían el suelo. Cobb dirigió sus ojos a la pequeña caja fuerte que había en la pared, y de allí al enorme escritorio.

—No estará en la caja —exclamó—. Está demasiado a la vista.

Un cuarto de hora más tarde, la caja fuerte y los cajones del escritorio ya no tenían secretos para ellos.

—Esto parece un nido de monas —dijo Maccrae, que era a la vez pesimista y gruñón.

—Acabamos de empezar —replicó Cobb.

Y después de vaciar el contenido de todos los cajones, lo fue ordenando para proceder a su examen.

Al fin lanzó una exclamación de placer.

—Aquí están, amigo mío.

Sujetos a la parte inferior del último cajón con cinta adhesiva había media docena de libritos azules con letras doradas.

—Pasaportes —explicó el sargento Cobb— expedidos por el secretario de Asuntos Exteriores de Su Majestad, que Dios guarde muchos años, así como su confiado corazón.

Maccrae se inclinó con Interés, mientras Cobb iba abriendo los pasaportes y comparaba las correspondientes fotografías.

—Apenas parece la misma mujer, ¿verdad? —exclamó Maccrae.

Los pasaportes pertenecían a la señora de Silvia, a la señorita Irene French, a la señora Olga Kohn, a la señorita Ulna Le Mesurier, a la señora Gladys Thomas, y a la señorita Moira O'Neele. Y todos representaban a una mujer morena que oscilaba entre los veinticinco y cuarenta años de edad.

—Es el peinado distinto lo que la distingue —dijo Cobb—. A lo *Pompadour*, rizado, liso, con melena de paje, etcétera. Se cambió algo la nariz para hacer de Olga Kohn, y redondeó sus mejillas para fingirse la señora Thomas. Aquí hay otros dos… pasaportes extranjeros… Madame Mahmoudi, de Argelia, y Sheila Donovan, de Irlanda. Debe de tener cuentas corrientes en los Bancos, bajo todos esos nombres.

—Un poco complicado, ¿no?

—Tenía que serlo, amigo, Los inspectores siempre andan husmeando y haciendo preguntas embarazosas. No es difícil hacer dinero pasando género de contrabando; pero sí ocultarlo cuando se tiene. Apuesto a que ese club de juego de Mayfair fue abierto por esa joven por la misma razón. El dinero que se gana en el juego es el único que no pueden confiscar los inspectores de Impuestos sobre las Rentas. Buena parte del botín debe de estar en Argelia, en los Bancos franceses, y en Irlanda. Todo este asunto ha sido bien organizado. Y luego, un día, debió olvidar uno de estos pasaportes en la calle Hickory y la pobre Celia lo vio.

Capítulo XX

—Fue una idea muy inteligente, la de la señorita Hobhouse —decía el inspector Sharpe con voz indulgente, casi paternal.

Y los pasaportes fueron pasando de mano en mano como las cartas de una baraja.

—Las finanzas son cosa complicada —continuó—. Hemos tenido buen trabajo yendo de un Banco a otro. Había cubierto bien su rastro… me refiero a sus cuentas corrientes. Yo creo que dentro de un par de años hubiera podido marchar al extranjero y vivir allí tranquilamente de sus ganancias lícitas. No era un contrabando arriesgado… Brillantes, zafiros, etcétera, que entraban en el país… géneros robados que sacaban al exterior… y también toda clase de narcóticos. Todo muy bien organizado. Ella salía al extranjero bajo distintas personalidades, pero nunca demasiado a menudo, y el verdadero contrabando lo hacía otro sin saberlo. Tenía agentes en el extranjero que cuidaban de cambiar las mochilas en el momento preciso. Sí, era una idea inteligente. Y tenemos que agradecer al señor Poirot que la haya descubierto. También fue muy lista al sugerir los robos psicológicos a la pobre señorita Austin. Usted se dio cuenta en el acto, ¿no es cierto, señor Poirot?

Poirot sonrió con modestia y la señora Hubbard le contempló admirada. La conversación tenía lugar en el saloncito particular de esta última.

—Su fallo fue la avaricia —dijo Poirot—. Le tentó el fino brillante del anillo de Patricia Lane. Fue una tontería por su parte el contar esa historia del cambio del brillante por un circón, porque dio a entender enseguida que estaba acostumbrada a manejar piedras preciosas… Sí, eso desde luego me hizo sospechar de Valerie Hobhouse, aunque estuvo magnífica cuando yo le hablé de

que alguien le había inspirado la idea a Celia, admitiéndolo gustosa de manera simpática y espontánea.

—¡Pero asesinar! —exclamó la señora Hubbard—. Asesinar a sangre fría. Todavía me cuesta creerlo.

El inspector Sharpe le miró pesaroso.

—Aún no estamos en posición de poderla acusar del asesinato de Celia Austin —dijo—. Hemos descubierto que se dedicaba al contrabando, desde luego. De eso no hay duda, pero acusarla de un asesinato resulta más difícil. El fiscal no ve la manera de hacerlo. Tuvo motivos y oportunidad, eso sí. Probablemente sabía lo de la apuesta y que Nigel se hallaba en posesión de la morfina, pero no existen pruebas de ello, y hay que tener en cuenta otras dos muertes. Pudo haber envenenado a la señora Nicoletis… pero por otro lado es imposible que matara a Patricia Lane. En realidad, es la única persona que tiene coartada. Geronimo asegura que salió de la casa a las seis. No sé si ella le sobornaría…

—No —replicó Poirot, meneando la cabeza—. Ella no le pagó por decir eso.

—Y tenemos el testimonio del farmacéutico de la esquina de la calle. La conoce muy bien y dice que entró en la tienda a las seis y cinco para comprar polvos y aspirina y luego utilizó el teléfono. Salió de la farmacia a las seis y cuarto y cogió un taxi en la parada que hay allí.

Poirot se enderezó en su silla.

—¡Pero eso… es magnífico! —exclamó—. ¡Precisamente lo que necesitábamos!

—¿Qué diablos quiere decir?

—Me refiero a la llamada telefónica que hizo desde la cabina de la farmacia.

El inspector Sharpe le miró exasperado.

—Vamos, señor Poirot. Atengámonos a los hechos. A las seis y ocho minutos Patricia Lane está viva y telefoneando a la comisaría desde esta habitación. ¿Está usted de acuerdo en esto?

—Yo no creo que telefoneara desde esta habitación.

—Bueno, entonces desde el vestíbulo.

—Ni tampoco desde allí.

El inspector Sharpe suspiró.

—¿Supongo que no me negará usted que telefoneó a la comisaría? ¿No pensará que el sargento detective Nye, Nigel Chapman y yo fuéramos víctimas de una alucinación?

—Desde luego que no. Existió esa llamada telefónica, pero yo creo que fue hecha desde la cabina de la farmacia de la esquina.

El inspector Sharpe quedó boquiabierto.

—¿Quiere usted decir que fue Valerie Hobhouse quien telefoneó… y que fingió ser Patricia Lane, cuando ésta ya estaba muerta?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

El inspector guardó silencio unos instantes y luego descargó el puño con fuerza sobre la mesa.

—No lo creo. La voz… yo mismo la oí…

—Sí; usted oyó una voz femenina… excitada… sin aliento. Pero usted no conocía lo bastante la voz de Patricia Lane para asegurar que fuera la suya.

—Tal vez, pero fue Nigel Chapman quien habló con ella. No ir a decirme que Nigel Chapman también se engañó. No es fácil imitar una voz por teléfono, o disfrazar la propia. Nigel Chapman se hubiera dado cuenta de que no era la voz de Pat.

—Sí —dijo Poirot—. Nigel Chapman lo hubiera sabido… y sabía muy bien que no era Patricia. ¿Quién iba a saberlo mejor que él, puesto que poco rato antes acababa de matarla dándole un golpe en la cabeza?

El inspector tardó unos instantes en recuperar el habla.

—¿Nigel Chapman? ¿Nigel Chapman? Pero si cuando la encontramos muerta lloró… lloró como un niño.

—Me atrevo a decir… —continuó Poirot— que la apreciaba tanto como cualquiera… pero eso no pudo salvarla… puesto que representaba una amenaza para sus intereses. Durante todo el tiempo Nigel Chapman ha aparecido como el más sospechoso. ¿Quién poseía una inteligencia brillante para planear un asesinato y la audacia de llevarlo a cabo? Chapman. ¿Quién era rudo y orgulloso? Nigel Chapman. Tenía todas las marcas del asesino… la vanidad arrogante, la impiedad y la temeridad de atraer la atención hacia él de un modo inconcebible… empleando la tinta verde en una estupenda fanfarronada, y por fin excediéndose por el estúpido

error deliberado de colocar los cabellos de Len Bateson entre los dedos de Patricia, siendo evidente que Patricia fue atacada por la espalda y por lo tanto no pudo coger a su asaltante por los cabellos. Los asesinos son así… llevados por la admiración de su propia inteligencia, confían en su encanto… porque Nigel tiene encanto… todo el encanto de un niño mimado que nunca crecerá y que sólo, ve una cosa… ¡Él mismo y lo que quiere!

—Pero, ¿por qué, señor Poirot? ¿Por qué matar? A Celia Austin, tal vez, pero, ¿por qué a Patricia Lane?

—Eso —replicó Poirot— es lo que hemos de averiguar.

Capítulo XXI

Hace mucho tiempo que no le veo —dijo el anciano señor Endicott a Hercules Poirot mirándole fijamente—. Ha sido usted muy amable al venir a visitarme.

—No me lo agradezca demasiado —replicó el detective—. Es que deseo algo.

—Bueno, como bien sabe, estoy en deuda con usted, puesto que me aclaró aquel desagradable asunto de Abernathy.

—En realidad me ha sorprendido encontrarle aquí. Creí que se habría retirado.

El anciano abogado sonrió. Su nombre era muy conocido y gozaba de excelente reputación.

—Vine especialmente para ver a un antiguo cliente. Todavía sigo llevando los asuntos de un par de viejos clientes.

—Sir Arthur Stanley fue un antiguo amigo y cliente suyo, ¿verdad?

—Sí. He cuidado de todos sus asuntos legales desde que era joven. Fue un hombre muy inteligente, Poirot… y con un cerebro excepcional.

—Anunciaron su muerte ayer a las seis, cuando radian las noticias.

—Sí. El funeral será el viernes. Llevaba enfermo algún tiempo… tenía un tumor maligno, según creo.

—¿Y lady Stanley falleció años atrás?

Los ojos inteligentes del abogado miraron, curiosos, a Hercules Poirot.

—¿De qué murió?

El abogado replicó en el acto:

—Por haber ingerido una dosis excesiva de soporífero. Creo que

de veronal.

—¿Se abrió una investigación?

—Sí. Y el veredicto fue que lo tomó accidentalmente.

—¿Y fue así?

El señor Endicott guardó silencio unos instantes.

—No quiero molestarle —dijo—. Y no tengo la menor duda de que tendrá usted sus razones para preguntarlo. Tengo entendido que el veronal es una droga muy peligrosa, ya que no existe gran margen entre una dosis efectiva y otra mortal. Si el enfermo se olvida de que ya ha tomado una dosis y toma otra… bueno, el resultado puede ser fatal e inevitable.

Poirot asintió.

—¿Y eso es lo que ocurrió?

—Es de suponer. No hubo el menor indicio de que pudiera tratarse de un suicidio ni ella tenía tendencias suicidas.

—¿Y no se insinuó… otra cosa?

De nuevo Poirot percibió aquella mirada inquisidora.

—Su esposo declaró.

—¿Y qué dijo?

—Puso de relieve que algunas veces ella se confundía después de tomar la dosis y pedía otra.

—¿Mentía?

—Vaya, Poirot, qué pregunta tan atroz. ¿Por qué supone usted que yo voy a saberlo?

Poirot sonrió. Aquel intento de mostrarse ofendido no le engañaba.

—Insinúo sencillamente lo que usted sabe muy bien, amigo mío. Pero de momento no voy a violentarle preguntándole lo que sabe. En vez de eso le pediré su opinión. La opinión de un hombre acerca de otro. ¿Arthur Stanley era de esos hombres capaces de deshacerse de su esposa si hubiese deseado casarse con otra?

El señor Endicott dio un respingo como si le hubieran golpeado con un látigo.

—Esto es absurdo —replicó indignado—. Completamente absurdo. Y no había otra mujer. Stanley fue siempre fiel a su esposa.

—Sí —repuso Poirot—. Eso es lo que yo pensaba. Y ahora… pasaré a exponerle el motivo de mi visita. Usted es el abogado que

redactó el testamento de Arthur Stanley. Y tal vez sea además su albacea.

—Lo soy.

—Arthur Stanley tenía un hijo… y este hijo se peleó con él cuando la muerte de su madre y se marchó de su casa. Incluso llegó hasta el extremo de cambiarse el nombre.

—Eso, hasta este momento, lo ignoraba. ¿Cómo se hace llamar ahora?

—Ya llegaremos a eso. Antes voy a hacerle una sugerencia. Si estoy en lo cierto tal vez usted lo admita. Arthur Stanley le dejó a usted una carta sellada para que después de, su muerte fuera abierta en ciertas condiciones.

—¡La verdad, señor Poirot! En la Edad Media sin duda le hubieran quemado en la hoguera. ¡Cómo es posible que sepa tantas cosas!

—Entonces, ¿estoy en lo cierto? Yo creo que en esta carta se ofrecen dos alternativas… destruir su contenido… o emprender cierta acción.

Hizo una pausa y el abogado no habló.

—¡*Bon Dieu*! —dijo Poirot alarmado—. No habrá usted destruido ya…

Se interrumpió con un suspiro de alivio al ver que el señor Endicott negaba con la cabeza.

—Nunca obramos con precipitación —dijo en tono de reproche —. Tengo que hacer muchas averiguaciones… para quedar plenamente satisfecho… —Hizo una pausa—. Este asunto —dijo en tono severo— es altamente confidencial… Incluso para usted, Poirot…

—¿Y si yo le ofreciera un buen motivo para que hablase sin temores?

—Allá usted. Yo no concibo que sepa usted nada del asunto que estamos discutiendo.

—Yo no lo sé… por eso trato de adivinarlo. Si lo que imagino es cierto…

—Es muy probable que acierte —replicó el señor Endicott alzando una mano.

Poirot aspiró con fuerza.

—Muy bien. Yo imagino que sus instrucciones fueron las siguientes: muerto sir Arthur, usted debía buscar a su hijo Nigel para cerciorarse de que vivía, de cómo vivía, y si estaba o no asociado a alguna actividad criminal.

Esta vez la calma del señor Endicott sufrió un rudo sobresalto, que le hizo lanzar una exclamación ahogada.

—Puesto que parece tener pleno conocimiento de los hechos, voy a decirle lo que desea saber. Me refiero que habrá tropezado con el joven Nigel durante el curso de sus actividades profesionales. ¿Qué es lo que ha estado haciendo ahora ese diablo?

—Yo creo que la historia es la siguiente. Después de abandonar su casa cambió de nombre diciendo a todo el mundo que tenía que hacerlo para cumplir la condición de un testamento. Luego se unió a algunas personas que dirigían una banda de contrabandistas… de drogas y joyas. Creo que debido a su intervención la banda adquirió su forma final… inteligente, en la que se utilizaba a estudiantes inocentes y *bona fide*. Todo iba dirigido por dos personas: Nigel Chapman, como se llama ahora, y una joven llamada Valerie Hobhouse, quien, según creo, le introdujo en el negocio del contrabando. Era un plan particular y trabajaban sobre una comisión base… pero inmensamente provechosa. Los géneros tenían que ser de tamaño reducido, pero las piedras preciosas que valen miles de libras ocupan muy poco espacio, así como los narcóticos. Todo fue bien hasta que ocurrió una de esas casualidades imprevistas. Un policía fue en cierta ocasión a una Residencia para investigar acerca de un asesinato cometido cerca de Cambridge. Yo creo que usted conoce la razón de por qué le produjo tanto pánico a Nigel la noticia… pensó que le buscaban a él, y quitó algunas bombillas para que la luz fuera escasa y también, presa de pánico, llevó una mochila al patio posterior y luego de hacerla trizas la arrojó detrás de la caldera de la calefacción, por temor a que hubieran encontrado huellas de las drogas que contuviera su doble fondo.

»Su temor era infundado… ya que la policía se limitó a hacer varias preguntas acerca de un estudiante euroasiático; pero una de las jóvenes se había asomado al balcón por casualidad y le vio destruir la mochila. Aquello no representó de momento su sentencia

de muerte. En vez de eso se organizó un plan de inteligencia y se la indujo a realizar algunas acciones tontas que habrían de colocarla en una posición odiosa… pero llegaron demasiado lejos. Me avisaron a mí, y yo les aconsejé que dieran parte a la policía. La joven perdió la cabeza y confesó… es decir… confesó las cosas que ella había hecho, pero creo que fue a ver a Nigel apremiándole para que confesara lo de la mochila y el haber vertido la tinta sobre los apuntes de otro compañero estudiante. Ni el joven Nigel ni su cómplice deseaban que se fijara la atención en la mochila… ya que su plan de campaña quedaría arruinado. Además, Celia, la muchacha en cuestión, tenía otros conocimientos peligrosos que reveló la noche que yo cené allí. Ella sabía quién era Nigel Chapman en realidad.

—Pero seguramente… —el señor Endicott frunció el entrecejo.

—Nigel se había trasladado de un mundo a otro. Los antiguos amigos que encontrase podrían saber que ahora se hacía llamar Chapman, pero ignoraban sus actividades. En la residencia nadie sabía que su verdadero nombre era Stanley… pero de pronto Celia reveló que le conocía bajo sus dos aspectos. Sabía también que Valerie Hobhouse había marchado al extranjero con pasaporte falso, por lo menos en una ocasión. En resumen: sabía demasiado. La noche siguiente salió para reunirse con él fuera de la Residencia, y Nigel le hizo beber un café en el que había morfina. Celia murió mientras dormía, y él lo arregló todo para que pareciese suicidio.

El señor Endicott se removió inquieto; una expresión de profundo pesar iba apareciendo en su rostro en tanto murmuraba algo entre dientes.

—Pero ése no fue el final —siguió diciendo Poirot—. La mujer que era propietaria de la cadena de residencias y clubes para estudiantes falleció poco después en circunstancias sospechosas y luego, finalmente, se cometió el crimen más cruel e inhumano. Patricia Lane, una joven que adoraba a Nigel y a quien él apreciaba realmente, quiso entrometerse en sus asuntos, y además insistió en que debía reconciliarse con su padre antes de que éste muriese. Nigel le contó una sarta de mentiras, pero comprendió que su obstinación podía impulsarla a escribir una segunda carta, a pesar de haber destruido la primera. Y yo creo, amigo mío, que usted

podrá decirme por qué, desde su punto de vista, aquello hubiera sido algo fatal.

El señor Endicott se puso en pie, y atravesando la habitación, se dirigió a la caja fuerte, y después de abrirla extrajo de su interior un sobre largo cuyo sello de lacre rojo habla sido ya roto. Contenía dos documentos que puso ante Poirot.

Apreciado Endicott:

Usted abrirá esta carta después de mi muerte. Deseo que busque a mi hijo Nigel y averigüe si ha sido culpable de algún acto delictivo.

Los hechos que voy a contarle sólo yo los conozco. Nigel siempre ha tenido un carácter indomable, y en dos ocasiones falsificó mi firma en un cheque. Las dos veces yo reconocí la firma como mía, pero advirtiéndole que no volviera a hacerlo. En la tercera ocasión fue el nombre de su madre el que falsificó, y le acusó de ello. Yo le supliqué que guardara silencio y se negó. Estuvimos discutiendo y ella se mostró dispuesta a denunciarle. Fue entonces cuando al administrarle el somnífero Nigel te dio una dosis excesiva. Sin embargo, antes de que produjera efecto, ella estuvo en mi habitación y me contó lo que ocurría. Cuando a la mañana siguiente la encontraron muerta, supe quién habla sido.

Yo le acusé, diciéndole que estaba dispuesto a contárselo todo a la policía y estuvo suplicándome con desesperación. ¿Qué podía hacer, Endicott? No puedo hacerme ilusiones con mi hijo, sé cómo es, un ser peligroso, sin conciencia ni piedad. No había razón para salvarle, pero fue el pensar en mi adorada esposa lo que me contuvo. ¿Hubiera querido que se hiciera justicia? Creí conocer la respuesta… ella hubiera querido salvar a su hijo de la horca. Había protestado, como yo, de que falsificara nuestra firma, pero aquello era otra cosa. Siempre he creído que el que mata una vez, será siempre un asesino, y era probable que hubiese nuevas víctimas. Hice un trato con mi hijo; ignoro si actué bien o mal, eso no lo sé. Él escribió la confesión de su crimen, y la guardé. Le obligué a abandonar mi casa y a crearse

una vida nueva por sus propios medios. Iba a darle una segunda oportunidad. El dinero que perteneció a su madre pasaría a sus manos automáticamente, había recibido una buena educación y estaba en situación de hacer el bien.

Pero… si quedaba convicto de cualquier actividad criminal entregaría a la policía su confesión, y me salvaguardé explicándole que mi propia muerte no solucionaría el problema.

Usted es mi mejor amigo y sobre sus hombros coloco esta carta, y se lo pido en nombre de una muerta que también fue amiga suya. Busque a Nigel. Si sus informes son buenos destruya esta carta y la confesión que va incluida en ella. Si no… que se haga justicia.

Su afectísimo amigo,

ARTHUR STANLEY

—¡Ah! —Poirot exhaló un profundo suspiro.
Y desdobló el otro papel.

Por la presente confieso que yo asesiné a mi madre administrándole una dosis excesiva de veronal el dieciocho de noviembre de mil novecientos cincuenta…

NIGEL STANLEY

Capítulo XXII

—Usted comprende perfectamente su posición, señorita Hobhouse. Ya la he advertido…

Valerie Hobhouse le atajó.

—Sé lo que hago. Usted ya me ha advertido que lo que diga puede ser utilizado en contra mía. Estoy preparada para ello. Ustedes me han detenido acusada de contrabandista. No tengo la menor esperanza. Eso representa muchos años de cárcel. Pero eso otro significa que seré acusada como cómplice de un asesinato.

—Si se presta a declarar, eso puede ayudarla, pero yo no puedo prometerle nada.

—No creo que me importe. Igualmente terminaré languideciendo años y años en la cárcel. Deseo hacer mi declaración. Tal vez sea lo que usted llama cómplice, pero no una asesina. Nunca tuve intención de matar ni lo deseé siquiera. No soy tan tonta. Lo que quiero es que quede el caso bien claro contra Nigel.

»Celia sabía demasiado, pero yo hubiera podido arreglarlo de algún modo. Nigel no me dio tiempo. La citó y le dijo que iba a confesar lo de la mochila y la tinta, y aprovechó para echar la morfina en su taza de café. Se había apoderado de la carta que ella escribiera a la señora Hubbard y arrancó la frase que sirvió para simular el "suicidio". Luego puso el papel y el frasco de morfina vacío (que retuvo después de fingir que lo había tirado) junto a la cama. Ahora comprendo que había estado planeando el crimen durante algún tiempo. Luego vino a decirme que lo había hecho, y por mi propio bien tuve que ponerme a su lado.

»Lo mismo debió ocurrir con la señora Nick. Descubrió que bebía, que ya no era de fiar… y se las arregló para encontrarla fuera

de la casa y envenenarla. Él me lo negó… pero yo sé que eso es lo que hizo. Luego vino Pat. Nigel subió a mi habitación para contarme lo ocurrido y decirme lo que debía hacer… para que los dos tuviéramos una coartada perfecta. Yo entonces estaba ya atrapada en su red, sin escape posible… supongo que si ustedes no me hubieran cogido hubiese marchado al extranjero… a cualquier parte, para empezar una nueva vida, pero me detuvieron… y ahora sólo me importa una cosa… asegurarme que ese diablo cruel y sonriente sea ahorcado.

El inspector Sharpe exhaló un profundo suspiro. Todo aquello era muy satisfactorio y representaba una gran suerte, pero seguía interesado.

El agente que tomaba nota de todo humedeció el lápiz.

—Le aseguro que no lo entiendo del todo —empezó a decir Sharpe, pero ella le cortó enseguida.

—No es necesario que lo entienda. Tengo mis razones.

Hercules Poirot intervino con su cortesía habitual.

—¿La señora Nicoletis…? —preguntó—. Era su madre, ¿no es cierto?

—Si —dijo Valerie Hobhouse—. Era mi madre…

Capítulo XXIII

—No lo entiendo —decía Akibombo en tono de queja.

Y miró ansiosamente de una cabeza roja a la otra.

Sally Finch y Len Bateson sostenían una conversación que Akibombo, apenas podía seguir.

—¿Tú crees que Nigel quería que sospecharan de mí o de ti? —preguntó Sally.

—De cualquiera de los dos —replicó Len—. En realidad, creo que cogió los cabellos de mi cepillo.

—Yo no lo entiendo, por favor —dijo Akibombo—. ¿Entonces fue el señor Nigel quien saltó por el balcón?

—Nigel salta como un gato. Yo no hubiera podido saltar ese espacio. Peso demasiado.

—Quiero pedirle disculpas humildemente por mis injustificadas sospechas.

—No tiene importancia —replicó Len.

—En realidad nos ha ayudado mucho —dijo Sally. Con tanto pensar… sobre el ácido bórico.

El rostro de Akibombo se iluminó.

—Tendríamos que haber pensado desde el principio —dijo Len — que Nigel era un tipo desequilibrado y…

—Oh, por amor de Dios… hablas como Colin. Con franqueza, Nigel siempre me ponía nerviosa… y al fin sé por qué. ¿Te das cuenta, Len, que si el pobre sir Arthur Stanley no hubiera sido tan sentimental y hubiese entregado a Nigel a la policía, hoy en día habría tres personas más con vida? Es una cosa muy seria.

—No obstante, uno se hace cargo de sus sentimientos…

—Por favor, señorita Sally.

—Dime, Akibombo…

—Si encuentra a mi profesor en la fiesta universitaria de esta noche, ¿le dirá usted, por favor, que he demostrado saber pensar? Mi profesor dice siempre que tengo una mentalidad muy lenta.

—Se lo diré —prometió Sally.

Len Bateson era la imagen viva de la tristeza.

—Dentro de una semana estarás de regreso en América —dijo.

Hubo un silencio momentáneo.

—Volveré aquí —repuso Sally. O tú puedes ir a estudiar un curso allí.

Después se volvió hacia el otro muchacho.

—Akibombo —le dijo—, ¿te asustaría ser padrino de boda algún día?

—¿Qué es ser padrino de boda, por favor?

—Pues el novio, por ejemplo, te da un anillo para que se lo guardes, y os vais los dos a la iglesia muy elegantes, y en el momento preciso te pide que se lo devuelvas y tú se lo das para que me lo ponga a mí en el dedo mientras el órgano toca la marcha nupcial y todo el mundo llora. Eso es ser padrino.

—¿Quiere decir que usted y el señor Len van a casarse?

—Eso mismo. A menos que a Len no le agrade la idea.

—¡Sally! Pero tú no sabes que mi padre…

—¿Y eso qué más da? Claro que lo sé. Que tu padre está loco. Bueno, así son muchísimos padres.

—No es un tipo de manía hereditaria. Puedo asegurártelo, Sally… si tú supieras lo desesperado e infeliz que me he sentido por temor a que no me quisieras…

—Tenía una ligerísima sospecha.

—En África —dijo Akibombo— y en la Antigüedad, antes de que llegara la Era atómica y los descubrimientos científicos, las costumbres matrimoniales eran muy curiosas e interesantes. Les contaré…

—Será mejor que no lo hagas —replicó Sally—. Tengo idea de que nos harían enrojecer, y cuando se es pelirrojo como Len y como yo, se nota mucho.

* * *

Hercules Poirot firmó la última carta que la señorita Lemon había puesto ante él.

—*Très bien* —dijo en tono grave—. Ni una sola equivocación.

La señorita Lemon pareció ligeramente molesta.

—¿Observa usted con frecuencia equivocaciones?

—No, pero ha ocurrido una vez. A propósito, ¿cómo está su hermana?

—Está pensando realizar un crucero por las capitales del Norte, señor Poirot.

—¡Ah! —exclamó el detective.

Se preguntaba… ¿Tal vez? ¿Un crucero…? Pero él no se atrevía a emprender un viaje por mar… por nada de este mundo…

—¿Decía usted algo, señor Poirot? —preguntó su secretaria.

—Nada, señorita —contestó el detective.

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La*

ratonera ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Iniciales de «Young Women Christian Asociation», «Sociedad de Jóvenes Cristianas» <<